

LAS PARTES VITALES

Experiencias con jóvenes de las periferias

JUAN PABLO HUDSON



Hudson, Juan Pablo

Las partes vitales : experiencias con jóvenes de las periferias / Juan Pablo

Hudson. - 1a ed. - Buenos Aires : Tinta Limón, 2015.

208 p. ; 19,5x13,5 cm.

ISBN 978-987-3687-13-6

1. Ensayo Político. 2. Ensayo Sociológico. I. Título

CDD 320

Diseño de tapa | Joaquina Parma



Atribución-No Comercial-Sin Obras Derivadas

2.5 Argentina

© 2015, de la edición, Tinta Limón Ediciones

www.tintalimon.com.ar

© 2015, de los textos, Juan Pablo Hudson

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Introducción	9
Primera parte. Los años desde la Escuela	13
Segunda parte. El año después	99
Epílogo	201
Agradecimientos	205

a Patricia Ventrì

¿No ves que ya no somos chiquitos?

Luis Alberto Spinetta

Introducción

Las historias narradas en este libro ocurrieron en Rosario entre mayo de 2009 y diciembre de 2013.

Durante ese último mes del año se produjo una rebelión policial en las principales provincias de la Argentina. Los uniformados se acuartelaron en sus dependencias y liberaron las calles para exigir un fuerte reajuste salarial. Las instigaciones de la propia fuerza y grupos ligados al narcotráfico, provocaron masivos saqueos a comercios y graves incidentes.

Los autoacuartelamientos en Santa Fe resquebrajaron aún más el ya lesionado pacto existente entre la policía y el poder ejecutivo, aunque también revelaron una crisis al interior de la propia fuerza como consecuencia de la ruptura de la cadena de mandos. Desde entonces, la desregulación de la seguridad no se confinó únicamente a las periferias rosarinas sino que afectó el macro y microcentro de la ciudad. En marzo de 2014, un grupo de vecinos asesinaron, en un barrio de la periferia norte, de origen obrero, al joven David Moreira, después de que presuntamente robara en la calle a una mujer embarazada. Ese brutal linchamiento dejó en claro que la autonomía policial no derivaría en una pacífica regulación comunitaria del delito y abrió las puertas a una inminente intervención federal, después de años de recrudecimiento de los conflictos sociales. La evolución de la tasa de homicidios dolosos en el departamento Rosario refleja el tenor de las transformaciones en curso: según estadísticas publicadas por el Ministerio de Seguridad de la provincia de Santa Fe, en 2009 se produjeron 124

asesinatos, en el 2011 ascendió a 164 y en el 2013 se alcanzó el récord histórico con 264 casos.

A inicios de abril del 2014 llegó el acuerdo con el gobierno nacional y el estruendoso arribo de 2000 agentes federales para recuperar el control de una ciudad literalmente a la deriva. Sergio Berni, el Secretario de Seguridad de la Nación, horas después de haber realizado allanamientos menores a un puñado de búnkeres, sinceró el verdadero objetivo del arribo por tierra y aire: “No venimos a buscar narcos, venimos a ocupar el territorio”. Pero no se refería únicamente al control de zonas geográficas consideradas *calientes* sino de un territorio aún más inquietante para la sociedad y las fuerzas de seguridad: el cuerpo de los jóvenes que habitan los barrios populares. Se multiplicaron las detenciones, la aplicación de tormentos, la prohibición de que permanezcan en espacios públicos, y los ataques sistemáticos contra objetos estéticos significativos (gorras, zapatillas, aritos).

El consenso social y político frente a las acciones represivas fue mayoritario. La impotencia y la falta de recursos para enfrentar el temible avance de una violencia de nuevo tipo llevaron a aceptar esa intervención federal como una primera medida que supuestamente, en una segunda instancia, debía complementarse con planes sociales, culturales, educativos, deportivos y de infraestructura. Con el transcurso de los meses, sin embargo, lo único que se intensificó fueron los tormentos y un asfixiante control de todos los flujos cotidianos.

De acuerdo a cifras oficiales, luego de nueve meses de operaciones de los 2000 gendarmes y prefectos, el número de homicidios dolosos durante el 2014 ascendió a 250 casos, tan solo 14 menos que el año anterior, cuando únicamente controlaba el delito la policía de Santa Fe. Más de 20 asesinatos cada 100 mil habitantes, lo que multiplica al menos por dos el promedio nacional.

Pero este libro no se refiere únicamente a la violencia. El enfoque elegido se aleja de ese segmento del mercado editorial denominado *violencia o delito juvenil*. Aquí los pibes no son objeto de estudio académico ni tema mediático. El objetivo primordial es mostrar una compleja vitalidad encarnada por los jóvenes desde las periferias que cuestiona y, fundamentalmente, desborda las lógicas de funcionamiento de las instituciones estatales, las propuestas de las organizaciones comunitarias y los partidos, los lenguajes militantes, los modos de vida hegemónicos, y toda narrativa que intente cerrar los sentidos de sus actos. Situaciones amorosas, laborales, familiares, artísticas, pactos de amistad, la vida en banda por las calles, estrategias económicas, la construcción de saberes institucionales y a cielo abierto, el consumo, el tedio, el ocio, la monotonía, los miedos, el futuro y la soledad.

Tal como lo indica su nombre, se estructura a partir de partes, interrelacionadas entre sí. Cada una presenta un joven –entre 13 y 18 años– como protagonista. Algunos de ellos tenían vinculaciones frecuentes con el delito, otros ninguna. Aparecerá también, en primer plano, la vida de docentes, directivos, militantes sociales, funcionarios, médicos y vecinos. Por múltiples razones, entre las que se incluye un marcado interés personal, se trata de un universo eminentemente masculino.

La primera parte transcurre al interior de una escuela nocturna ubicada en el barrio Ludueña, en la periferia noroeste rosarina. La segunda se desarrolla ya por fuera de esa institución, a partir de trabajos y estrechos vínculos que mantuvimos con jóvenes y organizaciones sociales en ese mismo territorio.

No hay, sin embargo, pretensiones (ni posibilidades) de circunscribir las imágenes y los interrogantes de las próximas páginas a una geografía urbana única. Tampoco de agotarlos. Más bien de habitarlos, como si fueran senderos provisorios, en

medio de transformaciones estructurales. Los pibes –ese enigma contemporáneo– despliegan una energía desbordante, por momentos ingobernable, aún cuando no siempre logren construir opciones disruptivas respecto de los lugares que se les asigna socialmente. Pero, ¿en qué situaciones logran salirse de los roles y usos del tiempo predeterminados para quienes provienen de los sectores populares? ¿A través de qué operaciones puede surgir una adultez capaz de dejar en suspenso los mandatos históricos (institucionales, militantes, familiares) para encontrarse con esa potencia juvenil que muchas veces quema? ¿Qué consecuencias tiene haber desconocido con cinismo que los asesinatos y heridos no eran noticias puntuales de un mundo marginal sino los signos inapelables de un tipo de funcionamiento social que prontamente se convertiría en hegemónico?

Primera parte
Los Años desde la Escuela

La parte de los martes

Entraron, prendieron la luz, corrieron la cortina de la pequeña ventana que estaba ubicada bien alta, cerca del techo, sobre la pared que daba a Larrea, y se sentaron para empezar la reunión. Natalia sacó una carpeta de un mueble que estaba en la pared del fondo, lindera con la dirección, y les hizo firmar unas planillas del Ministerio. Después empezaron a charlar sobre lo ocurrido con Jonatan y José, dos adolescentes del segundo año de la Escuela de Educación Media para Adultos (EEMPA), que también asistían al taller de Electricidad. Natalia era la preceptora de esos dos niveles que funcionaban en el horario nocturno. “¿Y vos quién sos? Vos no sos nadie para mí. Todo el tiempo te dicen lo mismo”, rezongó Laura. La semana anterior había tenido que pedirle ayuda a Tony, el corpulento y carismático secretario de la institución, para que separara a Jonatan de un compañero llamado Brian, con el que se estaba agarrando a piñas. La secuencia terminó en una pelea entre las familias de los alumnos. Jonatan envió un mensaje de texto pidiendo ayuda a su papá, quien minutos más tarde llegó a la puerta de la escuela con unos primos. Lo mismo había hecho Brian con dos tíos que vivían cerca. El enfrentamiento incluyó algunos disparos pero afortunadamente ningún herido. Natalia hacía un mes que se había reunido con la madre de Jonatan. “Nunca es fácil con los padres. Esa vez lo terminé cagando a pedos y

casi le pega enfrente de nosotras. Después fue imposible volver a convocarlos porque José nos rogó que no los llamáramos más. Tiene miedo de que lo manden de nuevo al Chaco con los abuelos maternos. Lo que hablamos entonces en la reunión de los martes es que muchas veces, producto de la impotencia, el docente se acostumbra a pedir que les saquen a los alumnos barderos, pero ahí no se soluciona nada, al contrario, ahí es cuando empiezan los quilombos. Por eso, se los repito a ustedes, agotemos otras instancias previas para que la salida del curso no sea la primera medida que se toma”, les explicó Natalia.

Cuando Luisina estaba por responderle, escucharon un golpe seco en la pequeña ventana ubicada justo encima de sus cabezas y, al instante, un impacto en la pared contraria y, de inmediato, otro golpe seco, más débil, contra los mapas que estaban apoltronados sobre un perchero, junto a la puerta de hierro y vidrio que comunicaba con la oficina de la directora. Se miraron perplejas y se quedaron quietas. Recién después de unos segundos, Laura señaló una bala tirada en el piso.

Antes de entrar a la clase, Ebel se enteró de lo ocurrido el día anterior. Rodeada por sus compañeros, Natalia narró nuevamente el episodio señalando con precisión la trayectoria de esa bala perdida que había puesto en peligro su vida y la de sus compañeras. Lo relató con su habitual desparpajo aunque con el rostro pálido y ojeras muy marcadas, como si no hubiera dormido en toda la noche. Ebel intentó consolarla pero no supo bien qué decirle. “No te puedo consolar mucho porque hay que estar ahí para saber lo que se siente”, le dijo y se encogió de hombros. Cuando escuchó el penetrante sonido del timbre, pidió disculpas y se alejó en dirección a un aula en la planta alta. Allí se encontró con los alumnos mirando las pantallas de las computadoras. Extrañamente no

estaban gritando ni a los empujones. Los saludó con amabilidad aunque siempre formal y distante. “Hoy vamos a terminar de tipear la hoja que quedó pendiente de la clase pasada y después vamos a dibujar con el Paint. Así que empiecen, la tienen que terminar sí o sí esta noche”, les dijo mientras revisaba unas hojas. El grupo empezó lentamente a tipear mientras Ebel deambulaba de un lado a otro preguntando si necesitaban ayuda o deteniéndose durante algunos segundos por pantalla. El primero que terminó fue Rami. “Ya está profe, venga”. Ebel se acercó, contempló el monitor en silencio y sonrió satisfecho. No tenía dudas de que Rami era el más rápido a la hora de la escritura. “¿Cuánto me saqué? ¿Ta todo bien?”, se animó. El texto estaba perfecto. “Está muy bien. Guardalo en tu carpeta”, le respondió. “¿Ya está? ¿Puedo ir al baño?”. “No porque hace diez minutos que entramos del recreo”, le respondió y enfiló hacia su banco para revisar unas planillas. Rami lo miró con bronca y se puso de pie para acercarse a la computadora de sus compañeros. A Daniel le pegó en la cabeza y a Samantha le tiró el pelo y se burló por la lentitud con la que escribía. La mayoría lo ignoraba, tan solo Brenda y Yoana le gritaron su tradicional *violado* y amenazaron con pegarle.

“Bueno, muy bien, yo después lo voy a corregir para la próxima clase. Ahora vamos a hacer un ejercicio de dibujo. Abran el Paint, que está en el escritorio, y trabajen con el pincel. Hagan la figura que quieran, lo mismo si tienen ganas de combinar el dibujo con algo escrito”, les explicó y se quedó repentinamente en silencio a la espera de alguna pregunta. Nadie le consultó nada. Antes de sentarse, sin embargo, escuchó que lo llamaba Rami. “No entiendo nada, profe, ayudeme”. “¿Qué no entendés? Si ya lo usamos otras veces”. “Nada, no entiendo nada, no sé, bah, ¿usted qué dijo?”. “Es simple: tenés que usar el pincel y si querés el lápiz. Dibujá o escribí lo que se te ocurra”. “Pero no entiendo nada,

explíqueme de vuelta”. “No, basta, vos lo podés hacer tranquilamente, tomate tu tiempo”. “Bah, profe, se lo estoy pidiendo bien, ayude un poco, al final pa qué dice que le preguntemos”. Ebel no le respondió y se alejó hacia su silla. El resto se puso a trabajar en silencio. “Uh, loco, esta máquina es cualquier cosa, ni da pa usarla, son mejores las del ciber que está a la vuelta del rancho”, murmuró. Ebel permaneció en silencio con la mirada puesta en la planilla que estaba completando, aunque seguía de soslayo los movimientos de Rami, quien volvió ponerse de pie y caminó hacia la puerta: “¡No podés salir, ya lo hablamos, ponete a trabajar!”, le gritó cerrándole el paso.

Minutos más tarde sonó el timbre. A Ebel lo invadió esa mezcla de bronca y alivio de cada noche, cuando por fin terminaba la clase. Antes de que salieran corriendo, les pidió que guardaran lo hecho en la misma carpeta en donde habían guardado la hoja escrita. Los alumnos acomodaron sus útiles y salieron a paso rápido. Rami fue el único que caminó muy lento, riéndose mientras charlaba con un compañero.

Ebel se quedó de pie en el umbral de la puerta, con el cuerpo rígido y la mirada perdida en el suelo. Cuando finalmente salió el último alumno, se fue acercando a cada máquina para cerrar los programas que habían quedado abiertos. Una vez que llegó a la máquina que había usado Rami, se encontró con un cartel hecho con el Paint y puesto como fondo de pantalla en el escritorio:

Estas maquinas son una reverenda mierda

La parte de Ulises

Los pibes entraron con una energía arrolladora. Algunos tenían los celulares en altavoz, otros arrastraban los bancos mientras amagaban pegarse. Aun cuando ya había transcurrido un mes desde el comienzo de año, no terminábamos de acostumbrarnos a ese caos inicial. Una vez que se sentaron, les propusimos leer fragmentos de un libro de Ítalo Calvino y otro de Eduardo Galeano. Ninguno dijo nada. Patricia empezó a leer un texto corto de *El libro de los Abrazos*. Me sorprendió el silencio que mantuvieron a medida que ella avanzaba con la lectura. Apenas terminó, leí un extracto de *Las ciudades invisibles* y tampoco apareció una sola queja.

“¿Qué les pareció? ¿Cómo la vieron?”, preguntó Patricia apenas terminé de leer. La mayoría respondió que le había gustado. Francisco sonrió y después dijo algo que no alcanzamos a oír. “No te escuchamos, repetinos”, le pedí pero bajó la mirada y ya no respondió. “Bueno, así como estos autores hablan de sus ciudades, la propuesta ahora es que ustedes puedan escribir sobre el barrio en el que viven. La idea es que cada uno pueda armar un texto breve a partir de una primera oración que vamos a darles para que la continúen libremente”, indicó Patricia y nos pusimos de pie para repartir unas hojas en blanco.

Me acerqué a Carlitos y le escribí: “A veces mi barrio se parece a...”. Patricia se acercó a David: “Cuando camino por las calles de mi barrio...”. A Enzo le anoté: “Lo más loco que me pasó en mi barrio...”. Patricia le escribió a Ariel I: “Lo mejor de mi barrio es...”

Pasaron cerca de diez minutos y Francisco le pidió a Patricia que se acercara. “¿Está bien, profe?”, le preguntó con la hoja en alto. Patricia leyó en silencio: “Lo más loco que me pasó fue una vez que derrumbaron el bunker de mi barrio a mazazos y a tiros y les robaron toda la droga, el faso, y a los soldaditos los llevaron presos y, bueno,

los dueños de ahí se fueron”. “Está muy bien, acá te anoto otra frase así lo seguís: “*Los días de lluvia en mi barrio...*”. Franco levantó la mano. Me acerqué a su pupitre. Franco era inteligente, con una facilidad marcada para el dibujo, pero no solía implicarse en las clases, más bien se lo veía disperso y por momentos ajeno a las propuestas. “No sé qué escribir, ya fue”, me dijo cuando estuve a su lado. “Pero si escribiste bastante, ¿puedo leerlo?”, le respondí y le señalé los dos párrafos que había escrito con birome negra. Franco levantó la hoja y me la pasó:

A veces mi barrio se parece a un penal, muchos problemas, muchas peleas. Los pibes, algunos enfierrados o con cualquier cosa en la mano, siempre están perseguidos de cualquier loco que aparece o por la gana. Algunos días están a los tiros por bronca entre ellos o porque se ponen a escabiar y de tan locos que están pelean entre ellos. Siempre tenés que estar alerta por cualquier cosa, solamente tenés que cuidarte en cualquier lugar y cada vez que salís siempre con algo en la mano, siempre que salgas tenés que cuidarte de que alguien no te apunte con algo en la cabeza.

Siempre pienso que mi barrio parece un penal porque cada día hay un problema y estoy pensando en eso, día a día.

“Está muy bien, pero habría que seguirlo un poco más”, le dije y agregué la siguiente frase: *Lo mejor de mi barrio es...* Franco lo leyó y sonrió ladeando la cabeza. A mi espalda escuché que Patricia leía en voz alta el texto de Gastón: *Lo más loco que me pasó en mi barrio fue una vez que me quisieron pegar y hacerme drogar delante de mi mamá. A la noche me emborraché y me mandaron a mi casa y choqué el portón. Después me di cuenta que estaba vomitando. Por el barrio todo tranqui, a veces hay quilombo. Son unos cuantos, son malos y están drogados.* Patricia se mostró conforme y le anotó una nueva frase: *A veces mi barrio se parece a...* “Lea, profe, mandé fruta nomás”, me dijo David cuando levanté la hoja de su pupitre: *Lo*

mejor de mi barrio es que todos te respetan, no son como los demás que te roban. Aunque estén drogados, te saludan y no te roban porque te reconocen, porque te toman confianza. Por ahí, incluso, te defienden. Cuando camino por las calles de mi barrio veo golpes, tiroteos, robos, pibes de 10, 12 años drogándose todos amanecidos y arruinados. A veces mi barrio se parece a un lugar de muerte porque siempre hay peleas. Le dije que me gustaba y escribí la siguiente frase: Los días de lluvia en mi barrio...

Patricia estaba sentada junto a Enzo, que había llegado tarde como todos los miércoles porque practicaba en Argentinos, el equipo de fútbol que integraba desde chico. Estaba leyendo su texto con una sonrisa que delataba satisfacción:

Lo más loco que me pasó en mi barrio fue una vez cuando era chico. Tenía cuatro años y unos meses. Siempre me escapaba o la seguía a mi mamá cuando se iba a trabajar. Me iba a jugar con las pelotas que estaban en un comercio que está a siete cuadras de mi casa. Tengo muchas historias buenas con esa familia. En realidad, vendría a ser mi segunda familia. Siempre aprendo cosas buenas. Siempre me acuerdo cuando era chico y ellos se iban a un camping y yo me cruzaba el tejido y me metía a la pileta. Me acuerdo también cuando todos los pibes jugábamos en la arena a saltar la rueda. Yo saltaba y me tiraba una mortal. O cuando jugábamos a las escondidas y me escondía arriba de los árboles o me pegaba la vuelta manzana. Desde ahí me pusieron un apodo: locura.

Todavía sonriendo, le agregó una nueva frase para que siguiera el texto. Mientras tanto, yo me acerqué a un pibe silencioso, que siempre tenía los auriculares puestos, usaba ropa holgada y gorras raperas. Según nos habían dicho, cantaba hip hop y escribía sus propias canciones. “Recordame tu nombre porque no me acuerdo”, le pedí. “Ulises López”, me respondió con tono bajo y me pasó la hoja. “Me dijeron que escribís canciones con otro pibe”, le mencioné. “Sí, con el Ariel Macedo. Hoy ni vino el bobo”.

Como había dos Ariel –Altolaquirre y Macedo–, le aclaré que a Macedo le diríamos Ariel II. Ulises se rió apenas y empezó a dibujar algo en un cuaderno mientras yo leía lo que había escrito:

*A veces mi barrio se parece a la
teoría barata, hay gente que se piensa
que se la sabe toda, intentando destacar,
pero acá no hay horario, teniendo en cuenta
lo que es el barrio, tranquilo aparentando ser
lo que quiere ke sea, con sus fisuras.*

*Porque esto ya no tiene arreglo,
y miren que todavía no ha llegado
a su verdadero techo.*

*A veces mi barrio se parece a mierda de la sociedad,
me doy cuenta a mi corto paso y a mi poca edad
sin razón alguna, conozco sus fisuras
y si me pusiera a nombrar perdería el tiempo
por eso simplifico dejándote la duda.*

*Los días de lluvia en mi barrio, salto salto
mientras mis zapas embarro, tentando a los demás a seguir
al tarado, sabiendo que detrás de todo la Vieja me pegara muy alto.*

*Lo mejor de mi barrio es el saber ganar la confianza de los
demás, arrebatándoles algo especial llamado amistad
el saber que puedes tranki caminar sin mirar hacia atrás
sabiendo que siempre te acompañarán.
¿Contando con muchos?
tan solo los de verdad se quedarán.*

La canción tenía algunas imágenes y un uso del lenguaje que se distinguía de lo que había escrito el resto. “Está muy bueno, me gusta. ¿Lo querés seguir o ya está? Habría que ajustar un poco las rimas”, le dije. “No, para mí ya estaría”, me respondió y me preguntó si podía ponerse los auriculares. Le respondí que sí y le pedí permiso para mostrarle el texto a Patricia, que estaba junto a Carlitos en el fondo del aula.

La parte de los martes

Ludueña Norte es un barrio popular de casas bajas que se fue construyendo en el noroeste rosarino. Se estima una población actual cercana a las 40 mil personas. Allí se asentaron personas y familias que, por razones económicas, no tenían posibilidades de aspirar a un terreno y a una vivienda propia en otra zona de la ciudad. La cercanía con barrios obreros que contaban con una gran cantidad de talleres y fábricas, como el hecho de estar atravesado en diferentes sectores por las vías del ferrocarril y a una distancia media con la vieja zona portuaria, promovió el arribo de inmigrantes a inicios del siglo XX y también, en la década del 60, de migrantes provenientes de Chaco, Formosa, Corrientes y del norte de la provincia de Santa Fe. Estas migraciones internas se intensificaron en los últimos veinte años como consecuencia de la masiva expulsión de poblaciones rurales ante el avance de los agronegocios, la consecuente destrucción de históricas economías regionales, como el cultivo del algodón en Chaco, y la tecnificación de los campos. Las políticas neoliberales que desindustrializaron la región y el país en la década del noventa y los primeros dos años del nuevo siglo fueron devastadoras: la desocupación, la pobreza y la indigencia arreciaron los barrios populares. En el

caso de Ludueña, las principales resistencias fueron protagonizadas por comunidades eclesiales de base en articulación con otros movimientos sociales, muchos de ellos juveniles, y la Central de Trabajadores Argentinos.

En la última década, sin embargo, el exponencial crecimiento del mercado de la construcción permitió la incorporación –mayormente precaria– de los otrora desocupados de los noventa a empresas contratistas, o la creación de minúsculos emprendimientos familiares para insertarse en obras de diferente envergadura que comenzaron a multiplicarse a partir del 2004 en múltiples zonas de la ciudad y en localidades como Funes y Roldán para construir barrios privados. Se sumaron los crecientes subsidios estatales implementados por el gobierno nacional y cierto despunte industrial en la región. Este nuevo paradigma económico-productivo, basado en el neoextractivismo en los campos y las montañas y en una mayor intervención del estado en materia social, así como mejoró la situación económica de buena parte de la población, mantuvo bajo la línea de la pobreza a vastos sectores en el propio barrio. Hoy Ludueña contiene territorios muy disímiles entre sí: grandes sectores con calles asfaltadas y casas bajas, modestas, con pequeños jardines al frente y patio, típicas de la clase obrera, combinadas con asentamientos y villas mayormente levantadas en las inmediaciones de las vías del ex ferrocarril Mitre y Belgrano, que recorren, en el primer caso, Rafaela y Tupac Amaru y, en el segundo, Felipe Moré y Patagones.

La escuela está justamente ubicada a la vera de las vías del ex ferrocarril Mitre, en donde viven los sectores más empobrecidos de la zona.

Ese lunes Stella llegó y estacionó el auto en la puerta como todos los días. Hacía veinticinco años que daba clases allí. Por su

compromiso y carisma se había ganado el respeto y el cariño de los vecinos de ese sector de Ludueña. Era una de las pocas docentes que podía recorrer con tranquilidad los pasillos de los asentamientos. Como llegaba tarde, corrió hasta la preceptoría para darle un beso a sus compañeros. Solo encontró a Tony –el secretario– que estaba completando unos biblioratos del ministerio. “Ta todo bien pero agachate un poco, no vaya a ser que entre otra bala”, le respondió y bajó la cabeza con exageración. “Ay, no seas pelotudo que todavía no lo puedo creer, pobrecitas las chicas”, le respondió y caminó rápido hacia el aula.

La clase empezó con tranquilidad. Se encontraban presentes treinta y cinco alumnos del primer año de la EEMPA. Stella escribía en el pizarrón mientras explicaba algunas dudas que estaban pendientes de la última clase. A continuación le pidió a Brisa que leyera lo que les había dictado la semana anterior. Brisa leyó la mitad del texto y después le dijo que no quería seguir porque Alex la estaba cargando. “Callate, puto de mierda”, le gritó a su compañero que se reía en el fondo. Stella suspiró haciendo un gesto ampuloso y le pidió a Leonardo que terminara de leer el texto con su cálida tonada chaqueña.

Algunos pibes ranchaban en la vereda, debajo de la ventana de esa aula que miraba a Humberto Primo. Stella los saludó antes de empezar la clase. Uno de ellos había sido su alumno el año anterior. Se llamaba Lionel, aunque le decían el Cabito. Era bajo, flaco y muy morocho, Su familia había venido de Formosa hacía pocos años. Cada tanto, Stella se acercaba a la ventana y les pedía que bajaran el volumen de la música que escuchaban a través del altavoz del celular. Ya cerca del horario del recreo, un nítido olor a porro invadió el aula. Stella intentó hacerse la desentendida pero a esa altura era inocultable. Los alumnos se reían y sacudían las manos delante de las narices. Cuando el olor se tornó aún más

fuerte, se acercó y les gritó que se alejaran de la ventana. Los pibes no le respondieron y pusieron la música más fuerte. “Ya estoy medio loco, profe”, gritó Hugo mientras entrecerraba los ojos de manera grotesca.

Stella les pidió disculpas y salió a paso firme del aula y después del colegio a través de la puerta principal. “Che, che, qué pasa acá, no escucharon lo que les dije, si quieren fumarse un porro se van a la esquina porque adentro no podemos ni respirar, a ver si dejan de romper las pelotas que estamos dando clase”, les gritó a unos metros de distancia. “No se enoje, profe, ahora nos vamos, ta todo bien, fue un cigarrito nada más”, le respondió uno de ellos. Cabito se bajó la visera y se acurrucó contra el cuerpo que estaba a su lado.

Ya en el recreo, se acercó a Natalia (la preceptora) y a César (coordinador de los talleres de oficio y docente de la EEMPA) para saludarlos y comentarles lo ocurrido. “No puede ser, estoy mareada del olor que entraba”. “¡Má que mareada, estás re drogada, vos, mirá cómo tenés los ojos!”, le respondió César. Cuando volvió a tocar el timbre, les gritó a los alumnos que fueran para el aula. En ese momento escuchó que la llamaba a los gritos la portera Beatriz desde el portón de ingreso. Se preocupó cuando reconoció la vehemencia del llamado. Beatriz no solía levantar el tono de voz. Una vez en la calle, se encontró con un grupo de vecinos reunido alrededor de su auto. Una ex alumna le dio la noticia: “Te rompieron la ventanilla. ¿Tenías algo de valor? Porque el estéreo te lo dejaron”. Stella se golpeó la frente con la palma de la mano izquierda. En el apuro se había olvidado de bajar el portafolio en el que llevaba unos papeles importantes de su marido. “¡La puta que lo parió! Tenía un portafolio con papeles de Ernesto. ¿Pero quién fue? ¿Vos viste algo Sandrita?”. “No, si yo estaba en lo de mi comadre, recién vuelvo”. Stella pensó –sin decirlo– en Cabito

y en el resto de los pibes que estaban sentados al pie de la ventana durante la clase. Pero Roberto, el vecino de enfrente, le aclaró que había sido Piqui con Gastón, ambos ex alumnos de la escuela. El dato la sorprendió porque los dos sabían que era su auto. Hacía unas semanas, incluso, ante un problema con unos policías que lo estaban persiguiendo por el asalto a un remisero, Piqui había recurrido a la escuela para esconderse durante algunas horas. Furiosa ante la situación, salió disparada para el lado de las vías.

A medida que se iba internando en los pasillos se le sumaban ahijados y conocidos. Recién después de unos minutos lo divisó a Gastón, uno de los supuestos responsables, que se mostraba tranquilo en la puerta de una vivienda. Stella se le acercó y le preguntó qué había pasado con el auto. El pibe la miró indiferente y le dijo que no sabía nada porque no se había movido de ese lugar. Ella volvió a preguntarle levantando aún más el tono pero Gastón se metió en la casa. “Pendejo de mierda”, pensó y retomó la marcha con el resto de los vecinos. Unos pasillos más adelante se cruzó con Piqui. Cuando llegó a su lado, le gritó: “¡Decime dónde está el portafolio porque te voy a matar!”. Piqui tampoco le dijo nada, aunque se mostró apesadumbrado. Unas mujeres le pidieron que hablara porque se habían perdido papeles importantes. “Mirá, la cortamos acá, pero esto no va a quedar así, ya nos vamos a encontrar nosotros dos y esto lo vamos a aclarar porque parece que tenés poca memoria con los que te ayudan”, le dijo y empezó a caminar hacia la escuela. En el trayecto se le acercó una vecina y le dijo que su marido había visto unos papeles en el volquete de la basura. Stella aceleró el paso hacia la esquina. Una vez en el capacho, no lo dudó: se arremangó la camisa acuatillada que llevaba puesta, se sacó unas pulseras color plata y junto a una vecina joven se metieron a buscar los papeles dispersos entre la basura. Ni el olor nauseabundo ni el riesgo de cortarse con las chapas y

los vidrios rotos le impidieron revisar entre las bolsas y los restos de comida mientras las personas le señalaban los sectores en los que iban reconociendo papeles.

La parte de Ariel II

La semana siguiente llevamos un reproductor de mp3, dos parlantes y propusimos escuchar cuatro canciones: “Vencedores Vencidos” de Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota, “Mañana en el Abasto” de Sumo, “Calma Pueblo” de Calle 13, y, finalmente, “Ejército Despierta” de Alike. “Trajo Alita, profe, reparta nomás”, dijo Ariel I en referencia a un corte supuestamente más puro de la cocaína.

Desde la última clase nos habíamos quedado con muchos interrogantes sobre la coincidencia general en la caracterización del sector de Ludueña en el que vivía cada alumno. Había un realismo duro que coincidía con los graves conflictos que estaban ocurriendo en los últimos años, aunque utilizando, en muchos casos, un tono de tinte mediático, por momentos amarillista, que si lo hubiéramos leído en un diario tal vez lo consideraríamos como estigmatizante.

“Hoy vamos a seguir con la escritura. La propuesta es la siguiente: primero vamos a escuchar las canciones y después les anotamos de nuevo una primera oración para que ustedes la continúen”, dijo Patricia mientras yo lidiaba con los cables de los parlantes y el endeble enchufe del aula.

Cuando sonaron los primeros acordes de “Vencedores Vencidos”, los pibes bajaron las cabezas para seguir la letra impresa que les habíamos repartido y empezaron a moverse al compás de la pedregosa voz del Indio Solari; algunos simulaban que

le estaban pegando a la batería con los dedos índices y otros cantaban el estribillo o movían de manera frenética las piernas.

Después de escuchar el resto de las canciones, me acerqué al banco de David y escribí la primera oración: *Cuando escucho mi música favorita me cuelgo pensando en...* Patricia se acercó a Enzo y le escribió la primera línea.

Cinco minutos después de que se pusieran a escribir, Francisco me hizo señas para que me acercara y me pasó la hoja: *Cuando escucho mi música favorita me cuelgo pensando en todo lo que me pasa y lo que me pasó. También cuando escucho música me quedo dormido, jaja.* “Me gusta, pero seguilo más, no seas vago”, le dije y le anoté lo siguiente: *Para mí la música es...* “No, ya fue, profe, no quiero escribir más, estoy re podrido, la próxima traigan cumbia, hoy fue cualquiera lo que pusieron”. Con la excepción de las primeras dos clases, en la que les habíamos pedidos que apagaran los teléfonos, les permitíamos que los usaran libremente. Solíamos optar por uno solo para escuchar música con el altavoz a un tono medio. La iniciativa salió bien pero solían desatarse algunos conflictos entre los cumbieros y los hipoperos.

Después me acerqué a Patricia que estaba con Ariel I. Leímos lo que había escrito: *Cuando escucho mi música favorita me cuelgo pensando en la injusticia que hay en distintos lados del mundo y en las personas que la sufren por los políticos que piensan en sí mismos, no en las personas que sufren las consecuencias, como las guerras. Cuando estoy triste y pongo música me pasa de pensar que a veces no solo yo estoy triste sino muchas personas que pasan lo mismo que yo.* “Parece que te gustó la canción de Calle 13”, le dijo Patricia. Ariel I afirmó con la cabeza y nos aclaró que era una de sus bandas favoritas porque hablaban de las injusticias del mundo. A continuación escuché que me llamaba Ariel II. “¿Está bien así?”, me preguntó y me acercó la hoja para que la leyera: *Cuando escucho mi música*

favorita me cuelgo pensando en que yo estoy arriba de un escenario cantando junto a mi cantante favorito. Para mí escuchar música es como si fuera que estoy escuchando todo lo que pasa en mi vida, en el mundo entero. “Está perfecto. Pero ya que faltaste la clase pasada, te voy a anotar varias oraciones sobre el barrio”, le dije y Ariel II mostró entusiasmo. “Te las anoto en formato canción”, agregué y escuché que me llamaba Patricia, que estaba junto a Enzo. “Está muy lindo”, le dijo y me pasó la hoja sonriendo:

Cuando escucho mi música favorita me cuelgo pensando en muchas cosas. Por ejemplo, en las cosas que hacemos con los pibes del club cuando viajamos en colectivo. Las cosas graciosas y me mato de risa de esas cosas que hacíamos. También pienso qué voy a hacer en mi futuro, cuando sea grande: si voy a ser futbolista o estudiar una carrera, porque me gustan muchas profesiones. O por ahí pienso que cuando juegue en primera me gustaría jugar en Central y pisar el Gigante de Arroyito y que el estadio esté lleno, con la gente cantando y alentando y ovacionando al equipo. También con la música pienso en la chica que todos los días me mira y sonríe en el colectivo. También pienso que me gustaría conocer a mis cantantes favoritos como persona y cantar con ellos un par de temas re copados. Para mí escuchar música es como el fútbol que yo llevo en la sangre. Es una pasión, como por ejemplo la cumbia. Es algo que cuando las escuchás te ponés a cantar y relajás. Te ponés a pensar cosas que recordás.

Levanté la cabeza y lo felicité. “Me encanta lo que escribe”, me dijo Patricia al oído y seguimos la recorrida con Tomás, uno de los alumnos con lo que más se nos complicaba vincularnos. Venía poco a clase y las veces que estaba se la pasaba bardeando con Carlitos, otro que hasta el momento nos resultaba insoporable. Yo me quedé con Tomás y Patricia se acercó al banco de Sergio. Como no había escrito nada, le insistí con que escribiera algo; después caminé hasta el banco de Iván para preguntarle

si había podido avanzar. “Creo que bien, profe, corrija nomás”, me respondió. Empecé a leer en voz alta pero rápidamente me pidió que bajara el tono. *Cuando escucho mi música favorita me cuelgo pensando en mi amigos, en cómo sería ser grande, si voy a ser un jugador de primera o si puedo ser otra cosa, como profesor de matemática. También pienso en ir a ver a mi abuelo al Chaco. La canción El Wachón me hace acordar al Chaco cuando estaba con mi abuelo y mis primos y amigos. Ver a mi tío y hacerme reír. Ir a otros barrios de Saenz Peña.* Le pregunté cuánto hacía que había venido a Rosario. “Hace como cinco años más o menos, pero extraño mucho a mi abuelo”, me dijo y se le humedecieron los ojos. Antes de seguir la recorrida, le anoté otro inicio de oración: “*La música me pone feliz porque...*”.

Cuando me acerqué al pupitre de Ulises, vi que había escrito nuevamente una canción:

*Cuando escucho mi música favorita
me cuelgo pensando en cómo hacer
para encajar rimas exactas
es decir, sin hacerte confundir
solo pensando en buenas metáforas.*

*Cuando escucho mi música favorita
me cuelgo pensando en perderme por ahí,
perderme en cada historia, en cada relato
para no estar por un rato
y volver y volver
con la cabeza siempre en alto.*

*La canción pese a todo me hace recordar
a las situaciones en que no me echo atrás*

*dejándolo todo, pensando que los errores no se aceptan
pero te dije: pese a todo sigo firme y de frente mar
pechando los problemas, sin dejar que sigan pasando
ni dejarlos atrás.*

“Está muy bueno, Uli, ajustá mejor las rimas”, le dije y le insistí con que nos trajera las canciones que tenía escritas. “Está bien”, me respondió sin mucho convencimiento. En ese momento se me acercó Patricia y me contó que Sergio había escrito dos líneas. Nos alegró la noticia porque la semana anterior no había escrito una sola palabra. Ariel II me llamó mostrando impaciencia y con la hoja en alto: “Venga rápido, profe, está bueno escribir en clase, me la re volé”.

*Lo mejor de mi barrio es
cuando nos reunimos para
jugar. Cuando nos juntamos
entre todos y nos tomamos una Coca
y estamos con los amigos.*

*A veces mi barrio se parece a un campo de guerra
rin de pelea, un boliche,
pero otro día vuelve a estar tranquilo.*

*Los días de lluvia en mi barrio nadie quiere salir
aunque algunos andan con paraguas,
todo es tranqui, es más: algunos miran la lluvia por las
ventanas de sus casas.*

*Cuando salgo por las calles de mi barrio veo a gente
charlando, veo gente corriendo por las calles, también*

veo personas jugando a la pelota y también veo muchas parejas caminando de la mano.

“Está lindo”, le dije y le pregunté si él también escuchaba a Porta como Ulises. “Más vale, Porta es muy importante en mi vida. Sus letras hablan de lo que me pasa a mí y a mis amigos cercanos”, me dijo y abrió un cuaderno en el que sobresalían dibujos con una estética grafitera.

La parte de Tuqui

El grupo que coordinaba solo tenía otras características. Eran pibes más grandes y estaban más curtidos en la calle. Un miércoles me fui encontrando en el patio con cada uno de ellos. Se acercó Ángel, después Kiki I, Lisandro, Santi, Kiki II y Tuqui. Entramos al aula, prendí la luz y sentí esa frialdad inicial de un lugar en el que no había ni carteles, ni cuadros, ni colores, tan solo el pizarrón verde y los pupitres. Al igual que el primer grupo eran todos varones. Tenían entre dieciséis y veintiocho años. Tuqui ya no usaba la gorrita blanca que solía ponerse en los primeros encuentros. Tenía el pelo bien negro, crespo, un rostro macizo, con una mirada dura, por momentos intimidante, que solo se alivianaba cuando sonreía o le daba vergüenza algo que decía. Las primeras clases no habían sido fáciles: no me saludaba, tampoco respondía a mis preguntas y demostraba una parquedad extrema mientras me miraba fijo a los ojos. Lentamente, a medida que fueron pasando las semanas, fue mostrando otra actitud hacia mí y hacia el resto de sus compañeros, quienes, en ciertos casos, parecían temerle o al menos respetarlo mucho. Pero esa noche Tuqui se mostraba ausente. Tenía la mirada perdida en la carpeta y apretaba con intensidad las

teclas del celular. Me preocupó verlo así porque era él, de alguna manera, quien marcaba el pulso del grupo. Sus estados de ánimo mejoraban o empeoraban la siempre frágil armonía de la clase.

A modo de introducción leímos un texto humorístico sobre las conquistas sexuales a través de Facebook. Desde la segunda clase había detectado, como si se tratara de un resabio infantil, que les gustaba mucho que les leyera textos en voz alta. Cuando terminé, Santi –un seductor nato– contó que en ese momento estaba tranquilo porque se había puesto de novio con una piba que vivía cerca de su casa. Los otros le gritaron: “Te estás poniendo las pilas, guacho, estás re enamorado, dejate de joder, te re casaste al toque”. A partir de ahí relataron sus recorridas nocturnas los fines de semana. “Con el feibuk está todo bien pero a mí me gusta la caravana. El tema es que pa salir hay que tener billetera, si no, no pasa nada, vas pa atrás con las guachas”, dijo Ángel y todos aplaudieron. “Igual me la tomo toda yo, mirá si le voy a pagar a las pibas, estás re loco, vos”, agregó levantando los brazos. “¡Este gato paga otras cosas!”, dijo Kiki II y el resto festejó. “No, qué le voy a pagar, pero... bueno... vos andás con el traguito y es otra cosa, ¿o no es así, guacho?”, insistió Ángel. Kiki II afirmó que se gastaba cerca de cuatrocientos pesos por noche y que no había mejor plan que salir con sus amigos los fines de semana. “Tampoco se gasta tanto este gil, yo me patino mucho más cuando se arma la caravana”, dijo Kiki I. “En Fisherton hay altos boliches, se re ponen, toda la onda tienen”, dijo Santi aunque volvió a aclarar que desde que estaba de novio prácticamente no salía. También surgieron relatos sobre conflictos por celos, o por miradas que se cruzaban y se sentían amenazantes, peleas entre diferentes barrios y agresiones de los patovicas. “Pero el tema de las piñas ya fue, ahora es a los tiros o a los puntazos”, dijo Kiki I y narró una pelea reciente que había tenido su primo con un vecino que le había robado la moto.

Mientras hablábamos noté que Lisandro y Gabriel, los más chicos de la clase, estaban en silencio, mirando con desgano la pantalla de los celulares. Les pregunté si salían a la noche. “Puede ser pero por ahí no voy a los boliches, cuanto mucho me junto en la casa de algún amigo”, me respondió Lisandro en un tono muy bajo. “Callate, Yagüi, no digás boludeces, pedazo de virgo”, le gritó Santi. Lisandro era tímido y silencioso. Tenía pelitos que le sobresalían en el mentón y era alto, flaco y desgarbado como el personaje de Scooby Doo. Solía ser el centro de las verdugueadas aunque sabía defenderse bien. La única vez que intenté protegerlo, se molestó mucho conmigo y no me contestó ninguna pregunta ni volvió a mirarme durante el resto de la clase. “Che, Yagüi, contactate algo de tus mujeres”, le gritó Santi mientras el resto seguía hablando de las salidas nocturnas. Lisandro bajó nuevamente la mirada y negó con la cabeza. Gabriel tenía quince años. Era bajo, macizo, con ojos muy negros y labios carnosos. Usaba camperas deportivas que le llegaban hasta las rodillas y zapatillas caras. Había empezado el año en el curso que coordinaban Patricia y Violeta pero un mes más tarde decidimos pasarlo porque ya eran insostenibles los bardos que armaban con otros tres amigos. En esta clase había perdido claramente el liderazgo al quedar en un segundo plano respecto al resto de los pibes que tenía más experiencia en la calle. Para incluirlo en la conversación le pregunté si había boliches en Ludueña. “No, por acá no hay anda. Yo no salgo a la noche”, me respondió con la voz apagada. Tuve intenciones de repreguntarle pero rápidamente tomó la palabra Tuqui, quien hasta el momento se había mantenido ausente. “Yo voy a La Posta, salvo cuando se organiza algún baile en un club. Se re ponen esas fiestas. Por ahí tengo quilombos con algunos pibes pero está todo bien, muevo la cintura y siempre algo pinta”, dijo mostrando un súbito entusiasmo. Siguió Kiki I: “Yo la otra vuelta fui con mi chica

al baile y cuando ella se fue pa el baño, me puse a bailanchar con una pibita. ¡Casi se armó un alto quilombo cuando volvió mi chica! No sé por qué se puso así si yo había ido con ella. Era pa bailar un rato, nada más”. “¿Y si era al revés, guacho? No te la bancabas ni ahí, chamuyero”, lo acorraló Santi. “Pero más vale, ahí nomás le meto un arrebato, mirá si va a andar bailando con otro guacho”.

“Profe, yo le quería preguntar algo que por ahí nada que ver con todo esto que estamos hablando, bah... no sé si da pa hacerla”, me dijo Tuqui antes de que terminara la clase. Le pedí que me contara y me quedé en silencio, intrigado por el corte abrupto en la conversación. “¿Usted sabe si se puede cobrar un cheque de otro?”, me preguntó mostrándose preocupado. Lo miré sin entender por qué me hacía esa pregunta aunque intenté disimular el impacto. “Lo que pasa es que me encontré un cheque de diez mil pesos del Banco de Santander y quiero ver si lo puedo ir a cobrar. Unos pibes me dijeron que capaz que se podía”. Tuqui me escrutó para estudiar mi reacción, tal como solía hacerlo desde que nos habíamos conocido. “Cuidado, loco, no te andés regalando”, le dijo Santi. “Es que me da una bronca, me quiero matar porque lo agarramos al tipo en la estación de servicio y andaba nada más que con un cheque y doscientos pesos en la billetera”, le respondió ladeando la cabeza y mordiéndose el labio inferior. Era la primera vez que explicitaba una situación así con el resto. Tan solo lo había hecho conmigo a través de una crónica que no había querido compartir con sus compañeros. “No vaya a ser que te agarre la gorra, rescátate, guacho”, le dijo Kiki II muy serio. De la euforia por los relatos de sus salidas nocturnas se pasó a un clima tenso. “Cuidate, mirá si vas a ir al Banco, ahora ya fue, perdiste”, le insistió Santi. Todavía con esperanzas de cobrar los diez mil pesos, Tuqui compartió una compleja y extraña teoría sobre cómo manipular la oblea que llevan impresos los cheques. “Me parece que el dueño ya debe haber hecho la denuncia. Si vas al

Banco es probable que te detengan”, le dije todavía intentando disimular la incomodidad. Tuqui afirmó con fastidio y ya no insistió.

La parte de Ulises

El banco Francés pagaba treinta becas a alumnos y alumnas de los talleres de oficio (electricidad, herrería, carpintería y artesanías); también financiaba parte de nuestro sueldo como maestros de un taller extracurricular sobre cooperativismo y autogestión que se había iniciado ese año. Para la presentación de las becas en Rosario, las autoridades del banco le habían pedido a Ariana, la directora, que los beneficiarios se filmaran hablando sobre su experiencia en la escuela.

Al otro día, después de la clase, nos acercamos a Ulises y le propusimos que escribiera una canción y le consultamos si podíamos filmarlo. “Podría ser, sí, yo capaz que me animaría a eso”, nos respondió con los auriculares colgados en el cuello. Le sugerimos que lo hiciera junto a Ariel II pero prefirió escribirla solo. Coordinamos vernos el lunes siguiente a las 18 horas para empezar con los ensayos.

Como Patricia no podía asistir los lunes, la primera semana estuve únicamente con Violeta, otra docente del taller. Cuando nos sentamos en unos pupitres, Ulises nos pasó una hoja con la letra escrita con birome y nos pidió que la corrigiéramos. Al terminar de revisarla lo felicitamos y le consultamos si tenía ganas de leerla en voz alta. Se negó pero de inmediato bajó la cabeza hasta prácticamente rozar la frente contra la hoja y empezó a leerla en un tono tan leve que apenas podíamos escucharlo. Cada vez que se trababa, levantaba la mirada y decía ruborizado: “Qué bobo, voy de nuevo”. “No importa, son las primeras veces, mirá

el pedazo de canción que escribiste”, le repetía Violeta y él volvía a la carga pero manteniendo el tono prácticamente inaudible. Me impresionó la distancia irreconciliable entre ese hilo de voz tan débil y quebradizo y la furia poética de la letra:

*Salgo a la calle y esperan que falle, el barrio está callado como un pueblo fantasma,
sostengo la mirada hacia el cielo, escuchando cómo los pájaros cantan*

*Saliendo pa la escuela para reunirme con los pibes
somos sencillos, ellos son la segunda familia y hacemos lo posible
para no ser como la sociedad nos pide, que seamos mentirosos
como ellos, que lo hacen siempre con nosotros
nuestro comportamiento es errático, simplemente
nos comportamos como tenemos que ser, sinceramente.*

*Seré decentemente, no dejaré que manipules mi mente, con fines dementes
hacemos arte, me dedico a mostrarte que se aprecia el tiempo, te lo explico en este momento, es la pura verdad, lo siento.*

*Salgo a la calle y esperan que falle, el barrio está callado como un pueblo fantasma,
sostengo la mirada hacia el cielo, escuchando cómo los pájaros cantan*

Empezamos nuevamente, ya me he quedado sin ideas, y es que he intentado narrar contar de alguna manera, es que he escrito tanto que ya no sé lo que la canción finalmente plantea.

*Algo suave, algo realista, seré sincero, estamos llenos de gente egoísta,
tratando de entender se complica*

*no te gastes a frenar, a preguntar, acá nadie te lo va a explicar
¿lo que pasa? Que ya esto, todo, escracha...*

*Somos pibes de barrio, algo tranquis, no nos gusta buscar bronca sin motivo,
por eso somos conscientes de lo que hacemos, pensamos, decimos
y escribimos.*

*Salgo a la calle y esperan que falle, el barrio está callado como
un pueblo fantasma, sostengo la mirada hacia el cielo, escuchando cómo los pájaros cantan*

*Cuando arrancamos no nos damos cuenta, lo mismo cuando terminamos
y es que buscar trabajo se te hace complicado si el secundario no
has terminado, te lo hacen simple, no te aceptan en ningún lado.*

*¿Estás agobiado? ¿Cansado? Levantate, ponte firme, estudia,
pero mejor tirate al arte y de ese modo tienes un futuro asegurado.*

Cada vez que terminaba de pasar la letra, volvíamos a felicitarlo. “Pero no va a ser tan fácil cantarla, si no la puedo ni leer, re bobo soy”, nos decía y empezaba nuevamente. La leyó no menos de quince veces aunque sin variaciones en el tono y la actitud. Parecía más atento por evitar los furcios que por imprimirle fuerza a la interpretación. Antes de salir del salón le propusimos fijar el lunes en ese horario como día de ensayo. “Sí, está bien, pero voy a practicar en mi casa porque hoy estuve...”, nos dijo y se interrumpió para ponerse de pie y salir a paso lento.

La parte de Francisco

La escena era ya cotidiana: los alumnos revisando los celulares, comiendo *semillitas*, riéndose entre sí, todos con las camperas y las mochilas puestas. “Che, bueno, a ver si desensillamos y nos sacamos aunque sea las mochilas”, les dijimos después de saludarlos y volvimos a repetirles que podían usar los celulares pero en modo *silencioso*. Si algo aprendimos rápidamente era que para la mayoría resultaba indispensable mirar fotos, responder mensajes o chatear en Facebook. En ningún caso el uso de los teléfonos les impedía –más allá de pequeñas distracciones, similares a tantas otras en una escuela– hacer los ejercicios o seguir el ritmo de la clase.

Presentamos la consigna que nos habían dado para conmemorar el día del trabajador y abrimos el afiche amarillo sobre un pupitre. Se trataba de dos preguntas: *¿Qué era trabajar para ellos? ¿Cómo había sido –o cómo se imaginaban– su ingreso en el mundo del trabajo?* Francisco aportó una primera mirada: “Para mí el trabajo es la posibilidad de llevarle comida a mi familia. Yo no trabajo porque soy chico pero me gustaría un trabajo para comprarme mis cosas también. No sé... comprarme ropa de alguna marca copada o unas zapatillas, un celular, una campera piola”. Leonardo se había sumado tarde a las clases. Era chaqueño, bien morocho, de pelo lacio azabache, gordito, muy simpático. “El trabajo es lo que te da dignidad y te permite tener tu familia”, dijo y el resto afirmó con la cabeza. Sergio era alto, grandote, extremadamente tímido, pero esta vez aportó una imagen: “El trabajo es lo que te permite salir de la pobreza, no andar en cosas raras, poder llevar el alimento a tu casa, es dignidad. Yo quiero ser gendarme”. Con Patricia cruzamos una mirada rápida y tratamos de mantenernos imperturbables. “¿Cómo surgió esa idea? ¿Tenés algún familiar en la gendarmería o en la policía?”, le pregunté pero Sergio ya no volvió a abrir

la boca. Gonzalo era parco, silencioso, muy inteligente: “Para mí el trabajo es la posibilidad de comprar tu comida y tener un techo digno para tu familia. Yo no trabajo pero me gustaría entrar a una fábrica copada y tener un buen sueldo para llevar a mi casa”.

Durante cerca de media hora, los pibes fueron repitiendo los mismos valores a la hora de calificar los empleos: sacrificio, dignidad, orgullo y honestidad. La mayor parte de ellos no había tenido experiencias laborales o solo lo había hecho en forma mínima, ya sea colaborando en un comercio familiar, sumándose durante las vacaciones a hacer changas en la construcción, o, en los casos más precarios, cirujeando con el carro de amigos o familiares. El promedio de pago en la construcción era entre ocho y diez pesos la hora. El trabajo aparecía como una salvaguarda moral respecto a esas situaciones (búnkeres de drogas, asesinatos, robos, enfrentamientos entre vecinos, circulación de armas de fuego) que abundaron en las crónicas que habían escrito la semana anterior. Aquello que no encontramos en sus múltiples intervenciones eran marcas generacionales contundentes. Lejos del desapego juvenil, el rechazo al encierro y la rutina, o la prescindencia del trabajo como eje central de su identidad, nos topamos con imágenes tradicionales, que seguramente coincidían con los de un obrero o una empleada con una dilatada trayectoria fabril. Estaba claro que tener un laburo, aun cuando no lo habían hecho más que mínimamente, o quizás justamente por ese mismo motivo, mantenía una impronta imaginaria.

Con la narración de sus barrios había ocurrido el proceso inverso. Allí sí habían surgido rasgos generacionales evidentes. Los escenarios vitales que describieron, determinados por graves conflictos violentos, no aparecían como el derrumbe de esas tramas comunitarias autogestivas, de base cristiana, que habían resistido el neoliberalismo en los noventa y primeros años del nuevo siglo,

tal como sí ocurría en el relato de los maestros y en los militantes de la zona. Para los pibes no había ninguna ruptura ni sensación de melancolía, simplemente era el punto de partida a partir del cual construían sus vidas. El trabajo, según afirmaban, aparecía como una estrategia principal para vivir dignamente al interior de esos escenarios, pero también surgían vínculos de amistad, el propio tránsito por la escuela, y finalmente, como veremos a continuación, la posibilidad siempre latente de ingreso transitorio a los mercados ilegales, visibilizando una frontera difusa entre un mundo y otro.

Hacia el final de ese acto por el día del trabajador, les preguntamos si conocían otras formas de empleo. Los pibes empezaron a murmurar entre sí y se verdugueaban. “Ser soldadito, profe, ahí sí que se gana linda plata, ¿o no, Ale? ¡A tu viejo no le falta moneda, eh!”, gritó desde el fondo Francisco y los demás aplaudieron. “Profe, se pueden hacer las dos cosas, ¿o no se puede?”, dijo Carlitos dejando entrever los dientes blancos. Kevin, un pibe alto, siempre vestido muy pulcro con ropa deportiva de marca, dijo: “A mí no me gusta trabajar. Ni a palos”. “Vos porque sos choro”, le gritó Tomás. El resto aplaudió, pero Kevin insistió: “Mirá si voy a querer laburar todo el día para un viejo”. “Yo creo que ser re choro o traficante no es lo mismo que otros trabajos, no es lo mismo, no tenés dignidad”, arremetió Francisco. “Pero no tenés que laburar tanto, papá”, le respondió Ariel I. “Hasta que caés en cana, pedazo de gil”, aportó Tomás.

A continuación les preguntamos quiénes habían trabajado o estaban en actividad. Carlitos levantó la mano: “Yo trabajé con un tipo en la construcción. Cargaba y transportaba arena en un corralón de por acá cerca, en Provincias Unidas. Una vuelta llevamos una banda de arena a una obra y ahí nomás un tipo que estaba encargado de la obra me preguntó si quería laburar con él. Le dije

que sí y empecé al otro día. Tenía los dos laburos, pero después me cansé y me quedé con la construcción nada más. Trabajaba como como diez horas y ganaba bien: diez pesos la hora. Me compré ropa, un teléfono, y otras giladas”. Cuando ya estaba por tocar el timbre, les consultamos si escribir, hacer música o cantar eran trabajos. “Pero si no te pagan un peso por eso, te morís de hambre, profe, qué dice, cualquier cosa”, dijo Francisco levantando los brazos con fastidio. “Mirá si voy a trabajar gratis, ni en pedo, sabés qué”, respondió Carlitos y contó que había abandonado su trabajo porque el patrón no había querido pagarle una semana. “Este porque es un bobo, a mí si no me da lo mío, cuando se da vuelta, ahí nomás se la re doy al viejo”, dijo Francisco y provocó la risa del resto. “Para mí se puede trabajar con la música. Yo quiero ser mánager de una banda”, irrumpió la voz calma de Ulises, quien se había mantenido al margen de la discusión. “De qué te la das, pavo, si ni sabés ni cantar vos, te hacés el hiphopero y no te da para nada”, le gritó Tomás, quien integraba el bando de los cumbieros. “Los cantantes famosos hacen alta guita. Mirá los cantantes de la tele, se llevan linda platita”, dijo Francisco. “¡Y altas mujeres! ¡Yo quiero ser cumbiero, por dios! De eso quiero trabajar”, se exaltó Francisco y le pedimos que no gritara.

La parte de Ulises y Ariel II

Ariel II enchufó los parlantes y los conectó en el reproductor de MP3. Me alegré cuando los vi juntos en la puerta del aula. Ulises tenía una gorra rapera, con una visera muy grande y achatada, roja y verde; él llevaba puesta una similar pero amarilla y roja. Antes de poner play, Ulises le pasó una copia de la canción y yo me quedé con una tercera. Ariel II la repasó moviendo los labios

en silencio; al levantar la cabeza se le iluminaron los ojos y acercó el puño cerrado de la mano derecha al brazo izquierdo de Ulises. “Zarpada, amigo, gracias por la invitación”, le dijo y finalmente puso play. Estuvimos prácticamente media hora probando diferentes bases mientras ellos anotaban las que iban seleccionando. “A mí me gusta la de Mario Bross y la quinta y la octava. Están alucinantes”, dijo Ariel II y le pidió que leyeran juntos en voz alta la letra así se dividían las partes que cantaría cada uno. Ulises se aferró con nervios a la hoja y empezó a leer el primer párrafo en un tono más alto que la semana anterior:

*Salgo a la calle y esperan que falle, el barrio está callado como un pueblo fantasma,
sostengo la mirada hacia el cielo, escuchando cómo los pájaros cantan.*

Casi pisando la última palabra, Ariel II siguió con el segundo párrafo levantando aún más el tono y con una buena interpretación:

*Saliendo pa la escuela para reunirme con los pibes
somos sencillos, ellos son la segunda familia y hacemos lo posible
para no ser como la sociedad nos pide, que seamos mentirosos
como ellos, que lo hacen siempre con nosotros
nuestro comportamiento es errático, simplemente
nos comportamos como tenemos que ser sinceramente.*

Siguió Ulises con mayor entusiasmo pero sin mejorar la interpretación:

Seré decentemente, no dejaré que manipules mi mente, con fines dementes

hacemos arte, me dedico a mostrarte que se aprecia el tiempo, te lo explico en este momento, es la pura verdad, lo siento.

Antes de continuar, Ariel II levantó la mano y propuso que el estribillo lo cantaran juntos.

“Ahora dale vos”, se apuró a decirle Ulises pero Ariel II se enredó con las primeras palabras y pidió empezar toda la canción nuevamente.

Así hicieron durante las diez o quince veces que pasaron la letra en esa aula cubierta de pupitres vacíos. Ya en las últimas oportunidades se mostraron más seguros, disimulando los furcios sin detenerse o cambiando palabras para sentirse más cómodos con la pronunciación. En esos casos hacían una breve pausa y me pedían que anotara los arreglos para armar otra versión impresa. Como nos los conformaba el final, improvisaron distintos remates. La última versión también me pidieron que la incluyera en el texto:

Te lo decimos rimando, aunque no se note, es lo mejor que encontramos. Pero seguiremos intentando. Bueno, loko, acá estamos el Ari y el Uli tirándonos para el arte de la música. Aunque implica fracasos y constante lucha. Muchas gracias por la escucha y besos ¡mamá!. Ey, ya terminamos, corta, te he dicho que cortes, tío, está bien, ahora dejala que siga.

La parte de Lautaro

Lautaro era un alumno alto, robusto, de pelo lacio, color castaño. Se lo notaba algo tenso durante las clases y no hablaba mucho. Las veces que lo hacía, me contestaba mal y mostraba poca predisposición para los trabajos. “Ya terminé, tome”, me dijo y

me extendió la hoja sin mirarme. Después de conversar sobre el significado del trabajo con el segundo grupo, les propuse que escribieran una crónica. “¿Querés que lo lea ahora?”, le pregunté. “Y sí, si no pa qué lo llamo”. “Bueno, tranquilo, te pregunté nada más”, le dije pero no logré que se aflojara. Leí el texto:

En este momento de mi vida sueño con terminar la escuela secundaria, conocer otro lugar del país y recibirme de lo que estoy estudiando. Ojalá pronto pueda conseguir un trabajo digno y bien pago. A mí me gustaría trabajar de chef en un restaurante famoso. Me imagino un restaurante donde se cocina pizza, empanadas, tartas, pollo, papas, carlitos, ravioles, ñoquis, espagueti, asado, choripanes, pizanasas y hamburguesas.

Levanté la vista y le pregunté si se refería a algún restaurante en particular. “Qué sé yo... si yo no salgo a ningún lado a comer. Pero me hace bien cocinar, me re tranquiliza, flasheo mucho cuando cocino”, me dijo y se encogió de hombros. Después de anotarle una nueva oración, escuché que Tuqui me llamaba ansioso. “Fíjese cómo quedó, no se me ocurre nada más”, me dijo cuando me acerqué a su pupitre. Tras una lectura rápida le dije que era un texto similar al que había leído en una clase anterior, cuando habían escrito sobre la vida en el barrio. “No, qué dice, cualquiera, hoy le agregué una par de giladas más, lea bien”. Volví a revisar el texto con mayor detenimiento:

Yo por ahí tengo que salir a rastrillar para tener para mi droga. Porque ni da para que me de plata mi mamá, si yo sé que me la gasto en porquería, y para ir a trabajar soy muy pendejo. Desearía trabajar para no salir más a rastrillar. En este momento de mi vida desearía terminar la secundaria para tener un trabajo fijo cuando sea mayor. Así no saldría más a rastrillar porque hay gente que se rompe el lomo trabajando y ni da para robarle lo que se gana con su sudor. Me gustaría trabajar de lo que sea pero pasarla bien. Otro sueño que tengo en

mi vida es estar con mi familia, con los pibes, y ayudar a la gente de la calle. También tener un trabajo de herrero.

Digamos que mi mejor día con mi familia fue cuando me regalaron una Honda 125 negra.

La cumbia de Damas Gratis me gusta porque habla de lo que me está pasando en este mundo. Los temas cuentan de los pibes perdidos en la droga, en la delincuencia. La canción “Poli en Acción” me hace acordar una vez que me corrieron por los pasillos y no me agarraron de pedo.

Al terminar le admití que el texto era diferente y le pregunté si tenía la canción en el celular. “¿Poli en acción? Más vale. ¿La va a escuchar?”, me propuso y, tras tocar varias teclas, me pasó los auriculares. Escuché los primeros acordes pegadizos y el inicio de la letra: *Con un tiro en el tobillo/ Voy corriendo hasta el pasillo/ Con un tiro en el tobillo/ Voy corriendo hasta el pasillo/ La parca y la gorra me quieren llevar/ La parca y la gorra me quieren matar/ Voy llegando a la casilla/ Rescato mis zapatillas/ Rescato mi guacho el 38/ que martilla y brilla.* Mientras escuchaba, Tuqui me miraba y movía las caderas como si también hubiera estado escuchando la canción. Le devolví el auricular y me alejé porque me llamaba Maxi, un pibe de veintiocho años que se había negado a escribir en las clases anteriores. “Ni da, profe, no quiero escribir nada”, me había vuelto a decir esta vez. “Mirá, no hay posibilidades de no hacerlo, tenés que escribir, escribí lo que quieras pero escribí. Acá tenemos confianza, está todo bien, pero vamos a laburar”, le dije. Recién hacia el final de esa noche me mostró su texto:

Hola, me llamo Maxi, en realidad no sé qué podría contar, solo que estoy sin trabajo y no le veo mucho sentido a eso, porque en realidad estoy un poco desesperado. Es por el solo hecho de tener una hija y saber que tengo responsabilidades y tratar de darle todo lo mejor que pueda o lo que esté en mis manos. Aunque a veces no pueda, me tengo que esforzar de la mejor manera.

Lo felicité por la crónica y le pregunté si había surgido alguna posibilidad laboral. “No, nada, anduve hablando con un montón de gente pero todavía no pintó nada, estoy re podrido”, me dijo y me aclaró que estaba viviendo de unos ahorros. Tuve que interrumpir la charla porque me llamaba insistentemente Kiki I en el fondo. “Ya lo corregí, profe, fijese qué onda”, me dijo sonriendo y dejando entrever la fila de dientes blancos que le había hecho ganar el apodo de conejo.

Yo en estos días voy a ser papá. Trabajo vendiendo trapos de piso y es muy difícil andar vendiendo en la calle. Camino como cincuenta calles por día. Por ejemplo, el otro día le fui a ofrecer a un kiosco cuando le ofrecía a una señora si quería comprar un trapo de piso me dijo ‘no, gracias’. Pero yo la veía a la señora que temblaba mucho. Un tipo que estaba ahí me dijo: ‘Quedate quieto y metete atrás que esto es un robo’. Y ahí nomás le dijo a una señora que baje la cortina que él se iba a ir y que si alguien tocaba algo, él volvía y todo mal.

Le pedí que continuara el texto pero me aclaró que estaba extenuado después de caminar todo el día.

Santi era morocho, simpático, con una estética *wachiturra* marcada. Siempre se mostraba predispuerto a leer y escribir textos en clases. Cada vez que había mirado hacia su pupitre, lo había visto escribiendo sin levantar la vista de la hoja. Me acerqué y le pregunté si le faltaba mucho para terminar el libro. “Escribí lo que le había dicho la otra vez de mi laburo. El viejo ortiva de las encomiendas me anduvo verdugueando demasiado. Yo porque no soy más sabandija, que si no era para chorearle todo, me tuvo siempre en negro y ahora no me quería pagar”, me respondió y me pasó la hoja:

Yo trabajaba en una empresa de encomienda. El dueño me re verdugueaba, ya me estaba re pudriendo. Nunca le dije nada. Me aguantaba la bronca hasta que llegaba a mi casa y le agitaba cualquiera a

mis viejos y a mis hermanitos. Andaba re loco, ya me estaba cansando y a la guita ni la veía. El salame se estaba llenando los bolsillos gracias a mí. Mis amigos me decían que yo era un gil trabajador. Tenían razón. Le estaba llenando los bolsillos a mi jefe. Fui acumulando todo eso, mucha bronca, no aguantaba más todo eso. Un día le caí re loco al trabajo y empecé de nuevo con el verdugueo. Yo ya había agarrado pa el lado de los camotes. El loco no sabía dónde meterse. Me re calenté, le patié un par de cajas, de maldito y de bronca, y me re tomé el bondi. Mi miedo era volver a ser un vago como antes: caravanas, mala junta, la calle y volver a llevarme mal con mis viejos. Pero no. Conocí a una pibita del barrio y me re cambió. Me enganché y gracias a ella hoy en día ando bien. Ahora la ayudo en el negocio a mi vieja. También ayudo en la casa y cuando tengo un tiempito libre se lo dedico a mi novia. El fin de semana quise volver a juntarme con los pibes para no perder la costumbre, pero ya no era lo mismo. Me sentía raro. Los pibes me miraban distinto. Fue una sensación re fea. Desde ese día dije basta, si como estoy, estoy bien. Ahora me dedico a mi familia, a mi chica y a la escuela. En este momento de mi vida sueño con terminar el secundario, conseguirme un laburo mejor, ganar más plata, ayudar a mi familia y comprarme un lindo autito. Con mi novia tengo ganas de seguir,irme a vivir con ella, casarnos, tener hijos y que sea mi compañera toda la vida. Con ella me siento re bien, no tenemos ni problemas, nada, y creo que piba mejor que ella no hay.

El texto hacía clara referencia a una crónica que habíamos leído en la revista de cultura villera *¿Todo Piola?*, pero Santi había podido narrar los tensos momentos padecidos en la empresa de encomiendas en donde trabajaba. Le resalté que no paraba de hablar de la novia. “Es que estoy bien, profe, viene en serio la cosa. Me encanta”, me respondió con una sonrisa que le destacaba una paleta recubierta con metal; antes que me alejara para ver el trabajo de Ángel, agregó: “Se llama Sabrina y vive cerca de mi casa.

Ya hace como un mes que estamos saliendo. Si fuera por mí me caso ahora, al toque, porque me encanta la pibita”.

La parte de los martes

“La semana pasada nos pasó algo increíble con Natalia. Estábamos en la puerta de la cocina y por ahí vemos que dos pibes se estaban empujando en la pared que da a la calle Camilo Aldao. Estaban cara a cara y movían los brazos ya casi a punto de pegarse. Salimos corriendo para separarlos pero cuando estábamos llegando nos dimos cuenta que estaban cantando y tirando pasos de hip hop. ¡Re pelotudos!”, dijo César y provocó una risa general. Después hablamos sobre lo ocurrido con Federico, un pibe al que le habían pegado un balazo en una pierna. “Lo loco es que en muy poco tiempo entraron dos balas: una por la ventana y otra en la pierna de Federico”, aportó Juan Manuel. “Pero lo de Federico es habitual, en este último tiempo no es la primera vez que entra un chico con una bala en el cuerpo. Lo otro es más siniestro, nunca había pasado algo semejante, yo todavía no me recupero, me angustia la situación, a veces me cuesta dormirme”, dijo Natalia y levantó la cabeza para mirar la ventana que todavía tenía el pequeño orificio por el que había entrado la bala. “La bala perdida nos sacudió porque aparecieron las nuevas lógicas del barrio y nos sentimos indefensos, lo mismo que la sorpresa por el robo a Stella”, agregó Juan Manuel. “Yo me pregunto cómo tramitar estos episodios sin que nos tome el discurso mediático de la mano dura. Ya escuché a maestros que proponían medidas de seguridad, como que se cierre más la escuela y que se ponga un guardia”, reflexionó Ariana y vimos que llegaba Ebel. “Pero que tampoco nos agarre un discurso progre que nos haga perder de vista el cagazo y la parálisis

que generan este tipo de situaciones”, sumé yo. “Es que aparte la violencia se te mete justamente por la ventana. La otra vez hablábamos de la película *Entre los Muros*, la francesa, ¿se acuerdan?, pero acá es medio lo contrario, por momentos no tenemos muros y quedamos tan expuestos como cualquiera. O por ahí están los muros pero ya no tenemos ni la vereda ni el techo, está todo muy cerca”, dijo Natalia y no pudo seguir hablando. “Yo no diría que es una caída permanente, son sacudidas muy fuertes, peligrosas, pero la escuela todavía está presente en el barrio”, relativizó Juan Manuel. Al ver a Ebel cabizbajo y abstraído, Ariana le preguntó cómo había seguido la situación con Rami. “Ustedes ya saben lo que pasó con el cartel que hizo con el Paint, ¿no?”, empezó a relatar y algunos se rieron al recordarlo. “Fue gracioso pero yo no doy más. Entiendo lo de las balas pero este tipo de situaciones también saturan. Si atiendo a un pibe se me dispersa el resto, si atiendo a la mayoría se me dispersan los más bravos. No puede ser que no se pueda seguir nada de lo proyectado. Yo dejo que en los últimos diez o quince minutos jueguen en las máquinas pero ellos quieren que les ponga juegos de guerra y no quiero porque me parece que no corresponde para una escuela, aunque tampoco se podría porque las máquinas son viejas y tienen poca capacidad”, dijo sin levantar la mirada y con la voz apagada. “Al final tenía razón Rami: son unas máquinas de mierda”, dijo César y largó una carcajada que contagió a Tony. Natalia les hizo seña para que pararan y aportó: “No sientas que es con vos particularmente. A todos se nos complica. ¿Se acuerdan de Mario?”. Nadie lo recordaba, con excepción de César, quien volvió a reírse: “¡Cómo olvidarse de Marito! Era un pibe que no acumulaba las hojas de la carpeta. Llegaba todos los días a la casa y tiraba las hojas. Una vez la maestra le pidió la carpeta para revisarle un ejercicio y no encontró nada, eran todas hojas en blanco. Le preguntó por qué no había llevado

la carpeta ese día y él le dijo que esa era la única carpeta que tenía. ¡Ahí nos enteramos que tiraba las hojas!”. “Yo me reunía con él y le insistía con que tenía que acumular las hojas porque de esa carpeta iba a tener que estudiar a fin de año para rendir, pero me decía que no le importaba. De hecho terminó repitiendo y al otro año se volvió a inscribir e hizo lo mismo”, explicó Natalia. “El tema también es cuando a los currículum de pibes como Mario o Federico los convertimos en prontuarios. Para mí hay que aprender a hacernos los boludos con la historia de los chicos. ¡Y miren que soy psicoanalista! Pero les soy sincera, yo cuando vengo caminando desde la parada del colectivo para acá suelo encontrarme con una alumna consumiendo en la puerta de un pasillo y sinceramente me hago la estúpida, como si no la hubiera visto”, agregó Natalia. Juan Manuel tomó la palabra: “El tema es quién narra la historia de esos pibes y qué rasgos se destacan por encima de otros y por qué se rigidizan esos prontuarios”. “Los pibes también arman sus propios prontuarios para mostrar berretines, para destacarse”, agregó César. “A mí me importa más la historia del barrio, porque acá cambiaron muchas las cosas. Desde la muerte de Pocho (Lepratti) cambió todo lo que son las comunidades de base y el tema de los códigos. Antes, por el 2001, vos tenías grupos juveniles y pre juveniles que aglutinaban a unos ciento cincuenta pibes. Con Pocho había otros códigos, había un ida y vuelta, pero ahora tenés al cura Edgardo que sigue laburando muchísimo pero ya está grande y se cansa, las comunidades tienen menos presencia, llegó gente nueva al barrio con sus códigos, hay pibes que entonces no pasaron por esta escuela, no son exalumnos y no tienen un sentimiento hacia la institución. Ser docente o vecino hoy es casi lo mismo, si te tienen que chorear, te chorean, como a cualquiera que vive por acá”, dijo Tony y se acomodó la colita que le sujetaba el pelo rubio y lacio. “Siempre es difícil hablar de los códigos y no

caer en la nostalgia o la idealización del pasado”, sumó César pero Tony lo interrumpió: “Más vale, ya sé, pero lo digo porque ahora hay muchos códigos: si pasás la vía es un tipo de código, hacés tres cuadras y ya es otro código, no es el mismo, cada vez que te encontrás con alguien nuevo, como todavía no lo conocés tanto, no sabés bien si da para saludarlo o no, porque muchos la van de pesados, están muy locos. Para mí es más importante conocer todos esos códigos y después los de la escuela”.

La parte de Ulises y Ariel II

Unos días antes del tercer día de ensayo, el Banco Francés le comunicó a Ariana que no haría falta grabar el video con los alumnos que recibían becas. Nos alivió el cambio de planes pero nos preocupó que Ulises y Ariel II se desmotivaran con la noticia.

El lunes siguiente hablé con ellos y les propuse que siguieran practicando la canción. “Más vale”, me respondieron mientras enchufaban el televisor, el reproductor de dvd, el parlante, los micrófonos y el mp3. Aquella tarde les dejé un documental sobre bandas de hip hop de la zona oeste y les avisé que estaría en la preceptoría. Al ver el televisor prendido, cuatro alumnos que solían asomarse para mirar los ensayos me pidieron autorización para entrar. “Vayan a preguntarles a ellos”, les respondí en la mitad del patio y vi que caminaban rápido hacia el aula.

Desde esa tarde opté por permanecer unos breves instantes en los ensayos. Prefería que trabajaran solos. A veces me quedaba conversando con Jorgelina y Vicente mientras cocinaban las raciones para entregar a los alumnos; otras me sentaba en la preceptoría, en donde solía encontrar mujeres con bebés en brazos que pedían información para inscribir a sus hijos, pibes que esperaban que le

dieran un borrador y tizas, profesores que pasaban unos instantes a tomar mate y a firmar planillas, representantes de la institución salesiana a la que pertenecía la escuela, exalumnos con invitaciones para bautismos y casamientos. Uno de esos lunes, mientras charlaba con un pibe que habían sacado del curso, se me acercó Ebel, el profesor de informática. “Están a full con los ensayos los chicos, ¿no? Me alegra. Pero quería preguntarte algo: ¿Qué elementos electrónicos les estamos prestando?”. Le enumeré los aparatos y di un paso adelante simulando que me estaba esperando alguien en otra oficina. A Ebel se le desdibujó la sonrisa y retomó su tradicional tono distante: “Vos hace poco que trabajás con los chicos pero me imagino que tenés en claro cómo se financió esa compra, ¿no cierto?”. Me alarmó la insistencia. Permanecí en silencio. “Te lo digo porque fue todo un esfuerzo para la escuela esas compras. No hay problemas con que se los prestemos, desde ya, pero vos como adulto responsable te pido que le recomiendes que tengan cuidado porque son aparatos muy costosos”, me dijo y se despidió porque ya empezaba su clase.

Cerca de las 20 horas me acerqué al aula de ensayo y escuché risas. Esperé unos segundos temiendo interrumpir y toqué la puerta. Cuando Ulises abrió se escuchaba una canción de Porta al palo: Ariel II estaba bailando frente al televisor visiblemente transpirado. Los dos me miraron eufóricos, pero yo todavía seguía pensando en lo que me había advertido Ebel. “Hoy la ensayamos a full, después nos pusimos a bailar porque ya estábamos re aburridos de repetirla”, me contó Ulises y me pasaron una copia de la canción con arreglos en birome para que reescribiera el segundo párrafo.

La parte de Francisco

Bajamos y abrimos rápido los paraguas para guarecernos los pocos metros que nos separaban de la puerta de ingreso, en donde nos esperaba el resto del equipo. Dejamos los documentos y entramos al sector de las oficinas administrativas del Penal N° 11 de Piñero, una localidad vecina a Rosario. Se trata de una cárcel imponente, con grandes extensiones de alambrados que circundan las diferentes secciones (A, B, C, D). Atravesamos un pasillo corto y llegamos a un hall intermedio entre las oficinas administrativas y el comedor. A través de una puerta observamos a unos diez penitenciarios que parecían haber terminado de almorzar. Uno de ellos se puso de pie y se acercó para preguntarnos si necesitábamos algo. Gabriel Ganón, Defensor General de la Provincia de Santa Fe, le explicó las razones de la visita. Después de escucharlo, el empleado empalideció y le dijo que lo acompañara hasta la oficina del Director.

Una vez que llegó la autorización, entramos a la Sección C custodiados por un penitenciario que medía cerca de dos metros. Nos internamos en un pasillo oscuro, desbordado por el agua y la humedad en las paredes. Cuando llegamos al pabellón N° 1, el celador pidió a través de la reja que llamaran a los delegados. La mayor parte de los internos nos miraban con curiosidad. Segundos más tarde, aparecieron dos jóvenes de 30 ó 35 años, vestidos con gorritas deportivas y camperas inflables. El penitenciario les dijo que formábamos parte de un equipo del Ministerio de Justicia y que queríamos entrar para conversar con ellos. Los dos muchachos autorizaron el ingreso.

Cuando por fin abrieron la reja, los detenidos se acercaron rápidamente a preguntarnos si éramos de Derechos Humanos. “No exactamente”, le dijo uno de los abogados defensores. El pabellón olía a desinfectantes y a lavandina. Había mesas redondas

de cemento en las que algunos internos tomaban mate; otros rodeaban en cuclillas unos anafes en el piso a la espera de que se terminaran de asar unas tortas fritas. Hacia el final del pasillo conversé un largo rato con una persona de unos cincuenta y cinco años. Había estado en todas las cárceles de la provincia. “Algunos empleados están emputecidos con nosotros y te provocan para quitarte los puntos de la conducta. Son capaces de cualquier barbaridad”, me dijo con las manos en los bolsillos y mirándome a los ojos. Después de escucharlo, me alejé unos pasos y vi que me hacía señas uno de los dos delegados. “Quiero hablar de los celadores porque no puede ser lo que están haciendo, yo ya se lo dije al Director, se lo mandé por escrito”, me dijo y se presentó como Ricardo. Nos sentamos en un banco de cemento que rodeaba a una de las mesas y me relató lo ocurrido: “Me plantaron dos chuzas en una requisita, me la dejaron en el inodoro, y ahí nomás me sacaron un punto y ahora son tres meses que se me retrasa la salida. Si no hacían esa jugada yo ya estaba afuera, sabe lo que es esperar tres meses más acá adentro. La otra vez me habían sacado otro punto porque lo putié a un empleado que me cortó el teléfono cuando hablaba con mi familia”. Le pregunté si estaba dispuesto a completar la planilla de denuncia y afirmó con la cabeza. Después de ese registro, lo acompañé para que hablara sobre su causa con uno de los abogados. Patricia estaba junto a Gabriel Ganón, responsable del Servicio Público Provincial de la Defensa Penal, un área autárquica del Ministerio de Justicia en el que trabajábamos desde hacía unos meses para crear una base de datos con casos de torturas ocurridos en las cárceles de la provincia de Santa Fe. “Vamos a otro pabellón”, nos dijo y caminamos hacia la reja de salida.

En la nueva recorrida nos acompañó un penitenciario morocho, de pelo crespo y cara gorda. Cuando supo que teníamos in-

tenciones de visitar el pabellón 8, detuvo la marcha. “No sé si va a ser posible, es un pabellón problemático, el peor de esta unidad. Esta mañana hubo conflictos con un interno que quiso cortarse el cuello”, nos advirtió intentando disimular la incomodidad. “No importa, queremos entrar igual y hablar con ese interno”, le respondió el Defensor General. El penitenciario se puso lívido y nos señaló la puerta de ingreso al sector. Antes de llegar al final de un largo pasillo, sin embargo, vimos acercarse a tres guardias que nos informaron que no podían autorizar el ingreso. “Yo ya hablé con su compañero y quiero que nos lleven al pabellón de inmediato”, le insistió el Defensor General. Los penitenciaros se quedaron en silencio mirándose entre sí; finalmente, uno de ellos nos dijo: “Los vamos a llevar pero no le garantizamos su integridad física, de ahora en más pasa a ser su responsabilidad”.

Al ingresar nos topamos con una reja amplia y el pabellón prácticamente a oscuras. En cuestión de segundos fueron emergiendo desde la oscuridad los internos, quienes se agarraban de los barrotes e insultaban a los celadores, todos alineados detrás de nosotros apuntándolos con armas largas. El Defensor General se acercó a la reja y les comunicó que queríamos entrar para conocer su situación. Un muchacho joven, que tenía un brazo cubierto con una venda manchada con sangre y parte del cráneo hundido, se rió y le respondió: “¿Y de qué tenemos que hablar? ¿A ustedes quién los conoce?”. “Queremos conocer cómo viven acá adentro, trabajamos en el Ministerio de Justicia”, le respondió. “Que pasen”, le dijo a un celador y se acarició el cráneo hundido.

Apenas pusimos un pie en el interior del pabellón, comprobamos que el lugar era una ruina: a la falta de luz se sumaba la basura esparcida en el piso y las mesas, los baños con las cloacas desbordadas, las ventanas con los vidrios rotos, los colchones destrozados

y apenas un hilito de agua que salía de una única canilla. El frío y el olor pestilente dificultaban la respiración. Patricia se quedó conversando con cuatro internos y yo caminé hacia el fondo con el muchacho del cráneo hundido, quien corrió restos de tomates, pan y papas que había sobre una mesa y me pidió que nos sentáramos. “Me la di en la moto. Casi me mato. Tengo una operación de cadera. El tema es que no me hacen las curaciones”, me aclaró y después se bajó un poco el pantalón de gimnasia para mostrarme una impresionante cicatriz en la cintura. “Hace como un mes que ni salgo porque te agarran los empleados y te cagan a palo. La última vez que salí para tratarme con la terapeuta me engrillaron a un caño del techo y me cagaron a piñas y a bastonazos una hora seguida. No, no salgo más, prefiero pudrirme todo por dentro”, continuó relatando mientras prendía un cigarrillo. “Preguntale a los demás, a nosotros nos quieren matar uno por uno, por eso no entra nadie, estamos aislados, hace como dos meses que no salimos al patio, nada”, agregó y llamó a otro interno, de tez y pelo colorado, para que se sumara. “No tenemos agua caliente, no nos dan instrumentos de cocina ni para limpiar, no nos llevan a la escuela, estamos todo el día acá adentro, no podemos más, nos estamos volviendo locos, yo apenas pueda inflo a un celador”, me dijo y largó una risita nerviosa. Les consulté si me autorizaban a registrar por escrito lo que me contaban. “Más vale, escribí todo, nosotros ya estamos jugados, se la queremos poner”, me respondieron al unísono.

Una hora después, decidimos retirarnos para seguir con el monitoreo de otros pabellones. Antes de cruzar la reja, se me acercó un pibe alto, grandote, de pelo lacio rubio, y me dijo: “Alto piloto, doctor, ¿no me lo deja un ratito? Yo después se lo devuelvo, se lo juro por mi vieja”.

La parte de Santi

Antes de empezar, les pregunté si conocían al pibe que habían matado el fin de semana, muy cerca de la escuela. “Sí, yo lo conocía, andaba en cosas pesadas ese pibito, se la andaba buscando y se la dieron”, dijo Santi. “Le gatillaron como veinte veces”, aclaró Kiki II y enumeró la secuencia de asesinatos que había ocurrido en el último tiempo en esa zona. “Hay bronca entre los pibes y se pudre todo al re toque. Encima con la cana está todo mal, se re abusan y discriman mal. El otro día se quisieron meter en mi casa sin ninguna orden. Como mi pieza da a un pasillo y para pasar por ahí tenés que entrar a la casa, apareció un gordo gil que se hacía el malo. Lo saqué de vuelo. Le dije que si no me traía una orden de un juez a mi casa no entraba. Ahí nomás saltó otro cana y le dije que yo tenía razón”, contó Tuqui moviendo la mano izquierda en forma amenazante. “Yo la otra vuelta fui al shopping y la re cagué a puteadas a dos guachas, re cheta eran, me miraban feo, haciéndose las desconfiadas, parecían dos rati”, contó Kiki I. “Los canas por ahí te re verduguean, la van de malos, ellos se creen que porque somos de la villa somos todos choros”, dijo Maxi. Santi estaba pidiendo la palabra desde hacía unos minutos: “Últimamente no podés ni estar en la puerta de tu casa porque capaz que te meten un tiro. La otra vuelta estaba con mi novia tomando unos mates y nos tuvimos que meter adentro porque unos pibitos empezaron a los corchazos”.

Kiki II, que se había mantenido en silencio, habló de unos grupos de jóvenes de diferentes barrios que se estaban organizando desde hacía un tiempo: “Se llaman *Grandes Barrios Unidos* pero se los conoce como los GBU. Yo anduve un tiempo con ellos pero ahora ya pateo solo. Son un montón de pibitos que se conocieron en el Facebook o en algún blog. A veces son como cien o ciento cincuenta que se encuentran en alguna esquina y van pa

el Monumento o el Parque España. Está muy buena esa movida”. Santi afirmó con la cabeza dando muestras de que conocía a los grupos. Le pregunté si esos eran los pibes que se habían peleado hacía poco tiempo en el Parque de España. “Sí, profe, eran de dos GBU. Esa vuelta rompieron todo, eran una re banda. Ahora se la quieren dar a los Skaters. Pero también organizan partidos, salidas al centro, escabiar en alguna esquina, toda la onda, son re amigos”, me respondió excitado Santi. “Yo estaba ese día que se dieron en el parque”, agregó Lisandro pero rápidamente aclaró que no andaba con ellos. “Hay muchos pibitos de acá de Ludueña. Cuando iba a una escuela en el centro, nos hacíamos la chupina y nos íbamos pa el lado del Monumento y nos poníamos a escuchar música y a tomar una coca al solcito”, dijo Santi y le avisó a Kiki II que a un tal Mono el día del amigo le habían roto la cabeza con un caño. “Lo vi bajar la escalinata del Parque España y tenía toda la cabeza sangrando, estaba hecho mierda, boludo, me dio re asco”, describió y Kiki II largó una carcajada y aplaudió. “Vi por la televisión que habían saqueado un par de kioscos y que los había corrido la policía por la peatonal”, dijo Maxi divertido. “Esa es la parte más linda, cuando van por la peatonal todos juntos y se meten en los negocios de Nike o Sport78 para revisar todo cagándose de risa y por ahí algo se llevan, no lo voy a andar negando; y si pasan por un puesto de venta de praliné, le manotean lo que haya o se lo vuelcan a la mierda. Cuando pinta la policía salen corriendo, como cien pibitos metiéndose por las galerías, yendo pa todos lados, adentro de los negocios para esconderse, se les cagan de risa a los rati, es imposible agarrarlos porque se dividen en grupitos y corren por la peatonal, dan vueltas, se meten en alguna galería. Olvidate que si te cruzan y vos andás escuchando música, te manotean lo que tengas y si te hacés el loco, te cagan a palos o te meten un puntazo”, dijo Kiki II con la mirada encendida y

relató una pelea de la que había participado entre dos bandas de unos cincuenta pibes cada una. “Pero ojo que no es solo con los chetos del centro, con el que sea, si viene uno con gorrita también se pudre mal. Se la manotean y si se hace el malo, se la dan al toque, le pegan entre todos”, aclaró Santi. “Yo conocía a un pibito que le dieron el puntazo en el pecho. Era conocido mío, vive cerca de mi casa. El guacho se hizo el malo porque le habían robado la gorra”, sumó Kiki II. “El tema es hacerse respetar. Tampoco podés quedar como un gil. Tenés que poner el pecho, si no te la pone cualquiera. Ahí te tenés que pelear para que sepan que vos tenés huevo, es así, no te queda otra”, dijo Kiki I y le tiró una manotazo a Tuqui que se le reía en la cara. “Lo que pasa que cuando estás con todo el grupo te re transformás, andás re contento, tenés ganas de hacer de todo a full. Son los mejores momentos, ¿o no es así? Yo no me llevo nada que no sea mío, no ando en esa, pero me peleé un montón de veces”, explicó Kiki II. “El tema es que después la bronca sigue, se re mantiene, si vos me la das, te vas a tener que cuidar porque el día que te encuentre te voy a encarar pa arreglar lo que pasó. Más pasa el tiempo y es peor la bronca”, dijo Kiki I. “Más vale, no podés retroceder porque ahí nomás quedaste re afuera. Ahora hay bronca con unos locos de San Francisquito y cuando se crucen se va a re pudrir, eso es lo último que supe”, agregó Kiki II que seguía con la cara roja de excitación. “En el feisbuk se re picantean. Hay varios GBU. Fíjense que se baten cualquiera en los muros. Es un cago de risa. Mire este sitio con la foto de una banda de pibitos caminando por el Parque España y un fierro re grande arriba de la imagen. Escuchen esta: *La banda es como la marihuana, se planta y te pega*”, contó Santi y nos acercamos para mirar la pantalla del teléfono.

La parte de Francisco

“Mi viejo estuvo más o menos en todas las cárceles. Se conoce la mayoría. Pasó por mil lados. A mí me contó un montón de cuestiones de cómo hay que manejarse allá adentro. Te re apuñalan si no sabés manejarte. Toda mi familia anduvo en cana. Falto yo nada más”, dijo Francisco de pie, muy serio, apoyado contra la pared, una vez que terminamos de ver un breve documental sobre una banda de música formada al interior de la cárcel de San Martín, en la provincia de Buenos Aires. Francisco era alto, flaco, fibroso, de cara angulosa. Apenas lo conocimos, nos desconcertaron sus movimientos frenéticos y la velocidad con la que hablaba; solía entrar al aula gritando, se movía de un lado a otro, se reía todo el tiempo, terminaba muy rápido los ejercicios y pedía ir al baño varias veces durante la clase. No había modo de hacerlo callar ni que estuviera mínimamente quieto en su banco. Recién con el correr de los meses pudimos reconocer una sensibilidad y una inteligencia distintiva. Con otros pibes, por el contrario, también bardenos e inquietos, se nos hacía imposible construir un mínimo vínculo y sencillamente nos íbamos alejando mutuamente.

Aquel miércoles, como ya era costumbre, Francisco no paraba de hablar: “El tema es que esos pibes de la banda no andan en el boludeo, se la toman en serio, quieren ser profesionales. El guacho del bongó la tiene muy clara. Yo tocaba el bongó en una banda de cumbia. Alta música hacíamos con unos amigos, pero éramos re vagos. Igual, hay que ver cómo los tratan los empleados del penal porque seguro que se la deben hacer re difícil”. “Más vale, qué no, se la deben dar”, dijo Leonardo. “Es verdad eso que dice uno de los pibes que la libertad no es solamente salir del penal sino saber que ya no tiene que salir a chorear, pero también estar adentro es re feo porque te verduguean todos

y no ves a tu familia, a mí dejame afuera, libre”, dijo Francisco mientras se subía y bajaba el cierre de la campera deportiva que llevaba puesta. “Nosotros dos trabajamos en cárceles”, le dije y el resto de los pibes se rió y aplaudió incrédulo. “Deje de mentir, profe, mirá si van a trabajar de guardia cárceles ustedes dos, los re matan ahí adentro”, dijo Leonardo y se mordió los labios. Patricia les explicó el tipo de trabajo que hacíamos. “¿Torturas entre los presos o las cagadas a palo que le dan los empleados?”, preguntó Francisco. “No, no, torturas de los guardias a los presos. Estamos haciendo un banco de datos con casos de torturas”, le explicó Patricia. “¿Qué cárcel conocen, profe? Yo conozco Piñero. Fui hace poquito a visitar a mi hermano”, volvió a preguntarnos Francisco. Le dijimos que hacías dos semanas habíamos estado en ese penal para un monitoreo. “¿Pero ustedes les muestran lo que dicen los presos a los guardias o al director?”, insistió y le aclaramos que no. “Entonces les quiero preguntar si conocieron a mi hermano. Se llama Ricardo Graciano”. Apenas escuché el nombre y apellido sentí que se me calentaba la cara. Tenía la plena certeza que había registrado una denuncia de un interno con ese nombre. “Es bastante conocido allá”, agregó Francisco y se quedó a la espera de una respuesta. Con Patricia nos miramos temiendo que Ricardo fuera uno de los internos del temible pabellón 8. Allí habíamos tomado una importante cantidad de denuncias por tormentos sistemáticos. “No me acuerdo ese nombre, en todo caso después revisamos unas planillas y te avisamos si lo encontramos”, le respondí todavía con la cara caliente.

La parte de Ulises y Ariel II

Mi permanencia en el aula de ensayo era cada vez menor, aun cuando realmente me divertía con ellos y me interesaban sus avances. Tan solo escuchaba las primeras pasadas de la letra y me iba a la cocina o a la secretaría. La decisión de no estar presente surgió en una de las reuniones que manteníamos con Patricia y Violeta para preparar las clases. A medida que iban pasando los meses pudimos reconocer que mi función principal debía concentrarse en garantizar que ellos pudieran contar con ese espacio en soledad respecto al mundo adulto, a menos que los adultos se comportaran de una manera radicalmente diferente a la tradicional. Eran Ulises y Ariel II quienes debían organizar ese espacio íntimo y nosotros quienes aseguráramos, fundamentalmente, que tendrían el aula y los equipos cada lunes a las 18 horas. En lo personal, incluso, me atraía que ese mundo propio estuviera protegido respecto a cualquier intento de injerencia que, aún con buenas intenciones, tratara de enmarcar la experiencia a partir de lineamientos y valores institucionales. Nuestra propuesta pasaba por recorrer un desafío: ser testigos del avance de ese proceso de investigación pero sin fijar más que reglas mínimas –como el lugar, el día y los horarios de ingreso y salida– para después registrar los caminos que ellos dos fueran trazando cada semana.

Recién con el paso de los años entendí que esa opacidad preventiva era necesaria para los jóvenes pero también para los adultos como nosotros. Incluso más: el aspecto determinante estaba menos en la edad que en las operaciones creativas y en la generación de nuevos vínculos indispensables para habitarlo. Esa experiencia, entonces, no debía incluir únicamente a pibes aburridos de actuar de alumnos barderos o permanentemente asistidos, sino abrirse también a adultos hartos de comportarse

mecánicamente como profesores angustiados por la desconexión con los pibes y con su propia potencia.

La circulación de otros alumnos y alumnas se renovaba cada semana. Ulises y Ariel II solían permitir que entraran, al menos durante los recreos, que era cuando se acercaban con curiosidad convocados por la música que se filtraba más allá del aula. Lisandro era un amigo entrañable de los dos. Solía aparecer con su hermano, quien cursaba el tercer año de la EEMPA, y dar sus opiniones sobre los avances del grupo. Al menos eso me contó durante un recreo: “Todavía falta pa que les quede posta. Van bien pero yo se los dije de una: tienen que practicar mucho más”. Esa tarde me pidió si podía quedarse en el ensayo y no entrar al taller de Electricidad. Cuando le respondí que no podía autorizarlo, se encogió de hombros y abrió los brazos mostrando fastidio.

Ulises y Ariel II podían ensayar la canción durante horas. Se los veía muy sueltos y cada vez con mayor ímpetu en las interpretaciones. Ulises mantenía siempre algo de su habitual timidez, al menos cuando yo estaba presente, pero el desparpajo de su compañero parecía contagiarlo. En los primeros ensayos leían la letra con la base de fondo, después empezaron a cantarla aunque todavía sentados, algo rígidos, hasta que en un momento empezaron a hacerlo de pie y utilizando los micrófonos. Aún recuerdo el escozor que transmitieron sus caras cuando escucharon las voces amplificadas a través de los parlantes. La memorización de la letra fue una etapa compleja. A la salida de un ensayo se comprometieron a estudiarla durante toda la semana, pero el proceso fue más lento, con momentos en los que salían corriendo hasta la mesa en donde tenían apoyado el papel o me pedían con desesperación mi copia para no interrumpir el avance de la canción. Recién con el correr de los meses fueron sumando también, en simultáneo, los movimientos corporales, aunque yo ya no los pude ver más que

en los breves lapsos que compartía con ellos: sacudían los brazos, hacían movimientos con las cabezas, a los que acompañaban con miradas desafiantes o incluso sensuales, y giraban y caminaban el aula hasta donde les permitía el cable de los micrófonos como si transitaran un escenario.

En la preceptoría, mientras ellos retiraban o devolvían los equipos, solían preguntarles por las canciones y les pedían que cantaran en un próximo acto escolar. Los dos se reían y asentían con la cabeza pero no les prometían nada. “Pónganse las pilas, guachos, porque necesitamos plata. A ver si llenamos algún estadio el año que viene”, les solía repetir Tony mientras los abrazaba con fuerza. Esa confianza general que había depositada en ellos me hizo tomar una decisión que ya venía cotejando con Patricia y Violeta: garantizar que la portera les abriera el aula, retirar los equipos de la preceptoría, compartir con ellos un rato del ensayo y después irme de la escuela y dejar que se ocuparan de devolver los equipos. Ariana y el resto del equipo estuvieron de acuerdo con mi decisión. “Lo importante es que no dejen el aula sola con los equipos adentro porque por ahí alguno entra y se lleva algo, viste cómo son esas cosas. Eso es lo único. Lo importante es que puedan seguir ensayando”, me dijo Ariana mientras Ebel nos observaba muy serio, de pie junto a la puerta, con una carpeta abierta entre las manos.

La parte de Santi

Había declaraciones de amor, fotos de parejas besándose, canciones dedicadas con inocente barroquismo a las personas amadas, extractos de canciones, fotografías grupales en la explanada del Monumento a la Bandera, otras en las inmediaciones del Parque de España o en la puerta del centro cultural que está debajo de

las escalinatas; también imágenes de grupos de amigos y amigas en una esquina de San Francisquito, Villa Banana, Ludueña, La Lagunita, Santa Lucía, La Flores, todas acompañadas con frases expresando la felicidad de estar juntos (“Con los pibes gastando la suela”, “La bandaaaa”, “Los pibes del Monu”, “Con mi amiga en el verano”, “De fiesta con los cumpas”, “Con Géorgíná BÉLÉN NOB y Jazmin Kanalla”), otras con pibes mostrando armas mientras posaban sensuales o amenazantes, otras arriba de motos en la puerta de una casa o circulando por las calles de Tablada, mostrando felices las bolsas con los productos que habían adquirido en Sport78, en Topper, en Nike o en algún *outlet* del centro, suplicantes pedidos de diálogo (“alguien para hablar toy aburrido”, “con kien pinta pa hablar”, “kien wasap?”), solemnes declaraciones de tristeza existencial (“existe una angustia en mi qe no tiene explicacion pero ay qe seguir auqe no qede fuerza ay qe seguir!”), amenazas a otros pibes o pibas, felicitaciones por un robo exitoso, pibes mostrando un ladrillo de billetes de 100 pesos, anuncios de salidas nocturnas el fin de semana, fumando un porro muy cerca de la cámara, algunos quejándose del cansancio después de una jornada laboral, pibas ansiosas por un recital en el teatro Broadway, otras fotografiadas de perfil mostrando sus curvas, o mostrándose felices en la puerta de un bar o en un aula.

Cada fotografía en los dos sitios de Facebook de Grandes Barrios Unidos se complementaba con infinitas cadenas de comentarios sobre lo que habían hecho en las excusiones al centro de la ciudad: compartir una birra, fumar un porro, sacar corriendo a una banda de otro barrio, enfrentarse con la guardia urbana en la peatonal, propuestas grandilocuentes de ataques masivos con revólveres y cuchillos a los Skaters y Bikers que se juntaban en el playón del Parque de España, anécdotas de los viajes de vuelta en el colectivo, partidos de fútbol, enamoramientos furtivos.

Las imágenes y los escritos sacaban a la luz una intensidad arrolladora a la hora de narrar sus vidas cotidianas, distantes respecto a aquellas lecturas que solo encuentran en los jóvenes de los sectores populares generaciones pasivas, perdidas, producto de una supuesta decadencia educativa y cultural; aunque también lejanas de aquellos que suelen visualizarlos (seguramente desearlos) como sujetos dóciles y meramente sufrientes, víctimas pasivas de un sistema que los oprime. Si algo no admitían era una idealización voluntarista de vidas que transcurren entre trabajos precarios y agobiantes, el consumo, el delito, los amores, las caravanas nocturnas, el tedio, las marcas transnacionales, vinculaciones intermitentes y conflictivas con las instituciones del Estado y las organizaciones sociales. Resaltar que los pibes saltan de manera recurrente, tal vez estratégicamente, de un rol a otro (estudiante, soldadito de un búnker, obrero de la construcción, cartonero, asaltante esporádico, empleado, por mencionar algunos habituales) es indispensable para evitar diagnósticos que suelen inmovilizarlos en identidades fijas (la versiones más reduccionistas serían aquellas que los nombran como NI-NI: ni trabajan ni estudian), pero termina siendo una lectura limitada si no se explora con ellos preguntas decisivas: ¿En qué situaciones, al interior de esas búsquedas vitales, logran salirse de los roles y usos del tiempo que se les asignan porque provienen de los sectores populares? ¿A través de qué operaciones puede surgir una adultez capaz de correrse de los mandatos institucionales, militantes, mercantiles para encontrarse con esa potencia aún cuando muchas veces quemamos?

Los interrogantes se tornan acuciantes a medida que los mercados avanzan cada vez más subsumiendo la vida social en general y particularmente en las periferias, después de más de diez años de crecimiento económico, fomento del consumo y recrudecimiento de la violencia. Hablar de esa trama indiscernible entre

lo legal e ilegal implica el desafío de no limitarla a una perspectiva economicista sino a la producción y control de los sujetos y sus modos de vida. Han surgido diagnósticos minoritarios, en muchos aspectos valerosos, que entienden, por ejemplo, las incursiones en el delito como modos posibles de resistencias a esos trabajos precarios y sacrificados que se enarbolan como única vía de acceso a los bienes de consumo que imponen las imágenes mediáticas; pero lo que pierde de vista ese análisis no moral del delito es que en esos ingresos temporales o permanentes lo que está en riesgo es la libertad y la propia vida; al tiempo que desconoce que esas alternativas también ya están prefabricadas socialmente como destinos posibles. El problema se agudiza aún más cuando las respuestas institucionales o comunitarias se recuestan en el conservadurismo del mal menor: su subordinación a los imperativos de los mercados legales como única alternativa posible para evitar esas inserciones en el delito.

Si la vida en los barrios populares se diagnostica únicamente en términos negativos, es decir, a partir de la violencia, el consumo de drogas y el narcotráfico, se pierde de vista que la combinación entre legalidad e ilegalidad es fuente de un importante dinamismo social e individual en el plano económico pero también a nivel de las expectativas y las imágenes de futuro. En todo caso, la pregunta que insiste es cuándo los pibes logran transformar ese dinamismo en construcción de una subjetividad más autónoma, capaz de sustraerse de los imperativos a los que se los conmina. Esto no implica, por cierto, perder de vista el despliegue de esa potencia que barre con lo que se encuentra pero no logra construir experiencias diferentes de lo que se espera de ellos. Más bien lo contrario: ¿Cómo reconocer en esas fuerzas ambiguas, destituyentes (incluso de la propia adultez), una fuerza desde la cual pensar nuevos escenarios vitales? A partir de esa predisposición,

tal vez sea posible componer alianzas insólitas, impredecibles, soportando la incertidumbre de hacernos de nuevo cada vez.

Santi entró con el rostro muy pálido y los ojos llorosos. Me resultó extraño porque solía estar de buen ánimo y con mucha energía. Esperé unos instantes hasta que le pregunté si había pasado algo. “No, nada, vengo de un velorio, profe, mataron a un amigo que vivía en San Francisquito. Estoy re mal porque era re buen loco”, me respondió con la voz quebrada y sin levantar la vista. “¿Quién? ¿Vos lo conocías al Marcelito? Era rebuen guacho pero también se estaba zarpando en el último tiempo”, le dijo Kiki II. Los demás alumnos parecían no conocerlo. “Más vale, lo re conocía al Lito, había banda de pibes en el velorio, no solamente de San Francisquito, también de otros barrios, porque lo querían todos. Varios de nosotros entramos a Grandes Barrios Unidos por él, fue el Lito el que invitó a los pibes de Ludueña”, explicó Santi. “No sé en la que andaba pero también la iba de jefe”, le respondió Kiki II. “Qué jefe, cualquiera, lo que pasa que no le perdonaron que enfrentaba a los transas del barrio. Lo hizo cagar un gil que también vive ahí. Ya venía desde hace tiempo la bronca pero no lo podían agarrar porque era repillo; él solo, con un par de amigos, los sacaba de vuelo a los transas que le querían vender a los pibitos”, explicó Santi con lágrimas en los ojos. “Yo fui un par de veces a la esquina en donde se juntaban los de ese GBU”, aclaró Kiki II al verlo de esa manera. “Yo también, más vale, pero cuando aparecían los transeros Marcelito los enfrentaba con lo que sea, a los piedrazos, a los tiros, con lo que tenía, porque no quería que le vendieran a los guachos. Por eso se la tenían re jurada, porque les ganaba, si la policía también se la quería dar. Ya se había salvado hacía re poco pero el Lito no retrocedía con nada, así nomás, defendía el barrio como nadie, hasta las doñas lo respetaban”, explicó Santi

mientras se frotaba la cara y se sonaba la nariz con un pañuelo descartable. “Ah, ya sé quién es, los familiares fueron y rompieron todo en el hospital, un quilombo bárbaro se armó. Lo vi en la tele hoy al mediodía”, dijo Lautaro y revisó la pantalla del celular.

Al verlo de esa manera, le ofrecí a Santi que se fuera a su casa. “No, todo bien, me quedo. El Lito nos invitó a muchos pibes de Ludueña a que estemos en el GBU de su barrio. Hicimos varias salidas juntos, todo, organizamos partidos, varias chupinas al centro, por eso lloramos, porque no pueden matar a un pibe así”, volvió a decirnos y le pidió un sorbo de gaseosa a Lisandro. “Parece que se la pusieron mientras compraba cigarros en un kiosco cerca de su casa. Pero ya se había salvado una banda de veces”, aportó Kiki I. Santi hizo un gesto confuso, se encogió de hombros y le respondió con la voz quebrada: “Los traficantes y la cana se la tenían jurada. Ellos querían la zona libre para vender a los guachos pero no podían con el Lito. Los cagones le tuvieron que tirar de atrás pa poder bajarlo”.

La parte de Francisco

Esa misma noche revisamos las planillas acumuladas en una carpeta que contenía todos los informes del penal de Piñero. La tercera correspondía a una denuncia hecha por Ricardo Graciano, el hermano de Francisco. Leímos rápido si se trataba de uno de los internos del Pabellón 8 pero afortunadamente no lo era: se trataba de un interno del pabellón 1 que había denunciado una requisa fraudulenta.

La semana siguiente, apenas entramos al patio del colegio, Francisco nos preguntó si sabíamos algo. Le dijimos que lo habíamos conocido en el pabellón de conducta y que era uno de los

delegados. “¿En serio? ¿Lo conocieron? ¡Qué grande el Ricardo! Sí, más vale, ese es mi hermano, es un maestro. ¿Está bien allá?”, nos preguntó mientras se sacaba y ponía una gorrita amarilla. “Sí, quedate tranquilo, lo vimos bien”, le respondí y miré a Patricia.

Durante esa clase Francisco se enojaba, se reía, se ponía de pie, cargaba a los compañeros, nos hacía consultas, se mostraba insatisfecho con nuestras respuestas pero de repente, sin solución de continuidad, se emocionaba por una lectura. Se lo notaba feliz, enérgico, relatando viejas historias de su hermano y su papá en diferentes cárceles ante la mirada fascinada del resto. Desde que lo habíamos conocido, admirábamos esa energía incontenible que lo caracterizaba, capaz de levantar o tirar abajo, en cuestión de segundos, las dinámicas que proponíamos en las clases. Solo una tarde lo vimos entrar cabizbajo y extrañamente en silencio. Patricia le preguntó si le pasaba algo pero él no le contestó. El resto tampoco dijo nada, ni siquiera un mínimo chiste, por lo que entendimos que había ocurrido algo que ellos ya conocían. La propuesta en aquella oportunidad era completar una encuesta sobre qué pensaban en relación al trabajo.

Mientras repartíamos las hojas, lo miré y seguía abstraído. Media hora más tarde empezamos a pedir las respuestas. Francisco tenía la hoja en blanco sobre el pupitre. Leonardo fue el primero en leer en voz alta: “Manejar una máquina en una fábrica es un trabajo, escribir un libro no, atender la caja de un super sí, cirujear sí, cuidar a los hijos o hermanitos no, limpiar la casa no, tocar un instrumento en una banda sí, colaborar en un centro comunitario no”. Apenas terminó con el primer punto, el resto empezó a discutir las respuestas. “Mirá si escribir un libro no va a ser un trabajo, este porque es un bobo”, le dijo Iván a Ariel I. Patricia pidió silencio para que Leonardo pudiera seguir. “Los lugares que me imagino trabajando son una empresa, como cocinero y como

músico. Y las tres palabras que asocio al trabajo son cansancio, diversión y aburrido”, terminó de decir y miró tímido hacia adelante. “Muy bien, Leo, después lo charlamos, ahora seguimos con Alejo”, dije y le hice señas para que empezara. “Manejar una máquina en una fábrica sí es un trabajo, escribir un libro también, atender la caja de un super sí, cirujear no, cuidar a los hijos o hermanitos sí, limpiar la casa sí, tocar un instrumento en una banda no, colaborar en un centro comunitario tampoco. Me imagino trabajando como cocinero y en la televisión”. “Callate, gato, dejá de hacerte la estrella, quién te va a contratar a vos, feo”, le gritó Ariel I. “Seguí Alejo, dale”, le indicó Patricia. “Las tres palabras que relaciono con el trabajo son: ser famoso, te conocen, tener plata”. “Bueno, ahora vamos con Iván”, le indicó Patricia. “Manejar una máquina en una fábrica sí, escribir un libro maso”, empezó a leer pero lo interrumpí. “¿Cómo sería maso? Sí o no”. “Lo que pasa que es un trabajo más o menos, no es un trabajo posta posta”, me respondió abriendo los brazos y sonriendo. “A ver, seguí”, le indiqué. “Atender la caja del super sí, cirujear maso, cuidar a los hijos sí, limpiar la casa sí, tocar un instrumento en una banda maso, colaborar en un centro comunitario sí. Me imagino trabajando en una empresa, no como maestro, no como cocinero, no en un supermercado, no en un hospital, no cirujeando, en un boliche maso, haciendo tareas en el hogar sí, en un taller también, como músico no, en la construcción sí, en la televisión sí, en una fábrica sí y en un medio de transporte sí. Las tres palabras que elegí son: compañerismo, diversión y conocés todos lados”.

En ese momento vimos que Francisco se reía mirando el pupitre, pero no le dijimos nada. El próximo que leyó fue Ulises, siempre con su tono bajo y ajeno a las disputas entre sus compañeros: “Manejar una máquina sí, escribir un libro sí, atender la caja en un super sí, cirujear sí, cuidar a los hijos o hermanitos

no, limpiar la casa no, tocar un instrumento en una banda sí, colaborar en un centro comunitario sí. Me imagino trabajando en una empresa y en un taller. Las tres palabras que asocio al trabajo: alegría, tranquilidad y paz”. “Qué pasa con vos, guacho, la vas de rapero y no elegiste ser músico”, le gritó Carlitos. Ulises lo miró desencajado, intentó ensayar una respuesta, pero finalmente se quedó en silencio.

Así fuimos pidiéndole las respuestas a cada uno. Únicamente nos restaba Francisco pero no quisimos presionarlo. “Bueno, qué les pareció la actividad, qué parte fue más complicada para responder porqué”, empezó a decir Patricia pero Francisco la interrumpió: “Pare, profe, qué onda, tampoco me deje sin hablar”. “Sí, es verdad, perdón, no me di cuenta”, le respondió ella. Francisco hizo un paneo general, se rió mordiéndose el labio inferior y recién después compartió las respuestas: “Manejar una máquina sí, escribir un libro sí, atender la caja en un super sí, cirujear no, cuidar a los hijos o hermanitos no, limpiar la casa no, tocar un instrumento en una banda no, colaborar en un centro comunitario no. Me imagino trabajando en una empresa, en un boliche y en una fábrica. Las tres palabras que asocio al trabajo son esfuerzo, dignidad y ejemplo”. “¿Pero vos no tocabas en una banda de cumbia?”, le pregunté contento por su intervención. “Sí, pero gratis no es trabajo, a mí dame la platita, si no, no trabajo”, dijo como si hubiera recuperado súbitamente su tradicional energía.

La parte de los martes

Primero conversaron con el maestro, quien colaboró en hablar con los alumnos más próximos a la puerta de ingreso para que fueran saliendo del lugar. Después se enfocaron en Cristian, que

trabajaba muy concentrado en un box en el fondo. Llevaba puesto un camperón deportivo largo y bien suelto. Cuando sonó el timbre del recreo, Ariana le pidió al maestro que saliera junto al resto de los chicos. A continuación se acercaron a Cristian que ya los miraba de pie junto al box. “Hola Cristian, ¿cómo va el trabajo?”, le dijo Ariana utilizando un tono bajo, amable, pero que no hizo más que alertarlo. Cristian preguntó rápidamente qué estaba pasando y por qué no podía salir como sus compañeros. “Tranquilo, loco, no pasa nada, no te persigás, venimos a charlar con respeto”, le dijo Tony y le dio la mano. “Si vinimos a hablar es porque no queremos que te pase nada a vos y tampoco al resto de tus compañeros”, le aclaró Ariana y se acomodó los lentes como cada vez que se ponía nerviosa. “Sabemos que por ahí anduvieron haciendo algunas cosas pero queremos que nos digas si es verdad porque tampoco queremos andar acusando a nadie”, le dijo Tony que tenía la mirada puesta en el camperón. “Acá no venimos a poner sanciones ni nada, queremos charlar con vos sobre lo que pasó”, agregó César. Cristian retrocedió unos pasos y se llevó la mano a la cintura. Ariana se inquietó de tal modo que intentó estirar el brazo para acariciarle el hombro izquierdo. “Yo no hice nada, si alguien boqueó no me voy a andar haciendo cargo, ya fue, me quiero ir a mi casa, qué onda”, dijo apoyando la espalda contra la pared del fondo. Mientras él hablaba, César y Tony iban sacando con sutileza las piezas cortantes que había dispersas sobre la mesa de trabajo y se las metían en los bolsillos. “¿Me dejan que yo me quede con el Cristian? Entre tarados nos entendemos mejor”, propuso Tony y Ariana y César afirmaron con la cabeza.

“Che, guacho, aflojate y contá, yo siempre quise armar una de esas. La otra vuelta vi una pero nadie me supo decir cómo se hacía”, le dijo y logró sacarle una sonrisa. “Yo no hice nada, no sé qué andan diciendo, está todo bien pero me quiero ir con los

pibes”. “Dale, no seas así, loco, tampoco seas tan cerrado, mostrá la creación”. Cristian dudó unos instantes pero después se animó y empezó a relatarle cómo la había construido durante las clases de Herrería. “¡No me digas que vos también hiciste la que usó el pibito de la mañana en la clase de gimnasia!”. “Más vale, esa la armé yo con mi primo y se la presté a Marcos para que arregle el problema que tenía”. “Boludo, casi se pudre todo, decí que tiró al aire, que si no lo mata”. “No pasó nada”. “¿Y? ¿Qué onda? ¿La vas a mostrar? Al final yo estoy en inferioridad de condiciones”, le dijo Tony y abrió los brazos simulando que se encontraba desarmado. Cristian esta vez se quedó serio. Tras algunos segundos en los que lo miró a los ojos, le dijo: “Yo te la doy pero no quiero que le cuenten nada a mi mamá ni que me sancionen. Si se cumple eso, yo la entrego”. “Listo, te doy mi palabra y te aseguro que vamos a respetar lo que vos pedís pero mostrala, guacho”, le respondió y vio cómo Cristian lo escrutaba muy fijo como si necesitara terminar de confiar en él. “En serio, vos me conocés, tengo códigos, soy el Tony”, le repitió. Recién ahí se fue bajando lentamente el cierre del camperón y dejó entrever una tumbera reluciente, aunque todavía incompleta.

La parte de Ulises y Ariel II

Vicente, uno de los cocineros junto a Jorgelina, había sido un activista histórico de una comunidad eclesial de base llamada Mensajero de Jesús. Se trató de una organización que hacia finales de la década del noventa y especialmente en el 2001, logró un importante nivel de expansión territorial en Rosario. Mensajero de Jesús trabajaba en red junto al Grupo Obispo Angelelli (GOA) y al menos con otras diez comunidades eclesiales de base, incluidas

las de Ludueña, de origen salesiano. Si hacia finales de los noventa las actividades pasaban por brindar la copa de leche y raciones de comida, para el año 2000 empezaron a organizar multitudinarios cortes de calle en reclamo de planes, alimentos y vestimenta. Desde entonces la represión policial formó parte de la vida de los activistas y vecinos más comprometidos, como aquella vez en la que más de setecientas personas cortaron la esquina de 27 de Febrero y la avenida Presidente Perón, padeciendo golpes, aprietes y la destrucción de las carpas en las que se protegían del frío. Para diciembre del 2001 la red de comunidades eclesiales de base ya era desde hacía una década un actor protagónico en la resistencia a las peores consecuencias del neoliberalismo en la ciudad. Vicente era uno de los líderes en Villa Banana, el populoso asentamiento del oeste en el que vivía junto a su mujer y sus dos hijos. El 19 de diciembre se produjo el primer saqueo en el supermercado Azul, ubicado en 27 de Febrero entre Camilo Aldao y Matienzo, aunque ya habían ocurrido estallidos en otros barrios periféricos del oeste como Santa Lucía, Belgrano, Moderno, Triángulo, La Boca y Vía Honda. Ese día, Vicente estaba mirando la televisión con su mujer cuando escuchó estampidos y gritos cercanos. Salió rápido y caminó hacia el local de Mensajero, ubicado a unos metros de su vivienda. Allí comprobó que había compañeras completando planillas con los listados de futuros beneficiarios de planes a pedido del gobierno provincial. Cuando llegó a la esquina de 27 de Febrero, divisó que se acercaba un nutrido grupo de personas rodeado por policías a caballo. En la esquina de Lima y Perón, encontró a efectivos custodiando un comercio. Al reconocer que una abuela con su nieto salían de su casa ahogados por el gas lacrimógeno, se enfrentó a los empujones con los policías. El cura de la zona, con un pañuelo blanco en su mano y un gran crucifijo de madera sobre su pecho, pidió hablar con el jefe del operativo mientras los

integrantes de la Comunidad hacían un cordón para atajar a la gente que quería avanzar sobre un minimercado. En ese momento salió el dueño y se sinceró con el sacerdote y los activistas: “Permítanme sacar la computadora y las cajas registradoras y después organicéense ustedes para llevarse el resto”. Cuando finalmente salió con esos pocos objetos de valor, Vicente giró para chequear la situación de los vecinos que estaban cada vez más próximos a la policía y reconoció a un agente que se agachaba y disparaba hacia su posición. Al escuchar los estampidos, sintió una intensa vibración eléctrica en la parte izquierda de su corpulenta figura. Pudo avisarle a Sara, su mujer, que lo habían herido y se desplomó.

Lo trasladaron al Hospital de Emergencias Clemente Álvarez. Apenas lo revisaron en la guardia pidieron que lo afeitaran para operarlo de manera urgente: sesenta y tres esquirlas se le habían incrustado desde el tobillo hasta la cabeza. Mientras intentaba demorar la intervención hasta que llegara su mujer, Vicente vio pasar una camilla y escuchó la voz atronadora de un médico: “Paciente con disparo en la garganta en la zona sur”. Minutos más tarde reconoció a militantes de ATE y del grupo juvenil La vagancia, de Ludueña, con quienes solía compartir viajes y numerosas actividades comunitarias. Le pareció extraño que llegaran tan pronto para solidarizarse con lo que le había ocurrido. Cuando minutos después su mujer le comunicó que habían asesinado a su amigo y compañero Claudio “Pocho” Lepratti, entendió que había sido su cuerpo el que había pasado en la camilla hacía unos instantes. Quiso decir algo pero se le nubló la vista y se descompensó.

La historia me la relató Vicente durante una tarde de lunes que Ulises y Ariel II faltaron sin aviso al ensayos. La internación se extendió desde el miércoles 19 hasta el domingo 23 de diciembre de 2001. También me contó que había llegado de su Corrientes natal en 1994 y que había sido cartonero durante los primeros años hasta

que el municipio lo convocó para que colaborara, a cambio de un plan, en la elaboración de una cartografía de la basura en zonas que conocía como un baqueano. Tiempo más tarde, tras arduos reclamos junto a sus compañeros, tuvo un contrato y años después ingresó como empleado en planta permanente en el Programa de Reciclado de Residuos, en donde aún trabajaba durante la mañana.

Mensajero de Jesús intensificó su nivel de organización comunitaria y logró una masiva adhesión de vecinos hasta el 2003. Su principal objetivo fue crear una herramienta electoral para participar en los comicios de ese año. Pero el laborioso armado que se iba construyendo a base de multitudinarias asambleas se chocó con el Partido Socialista, que gobernaba la ciudad desde 1989, y con el ansia de poder de referentes de las comunidades eclesiales de base. El entonces intendente Hermes Binner dudaba de las posibilidades de triunfo del hasta entonces ignoto Miguel Lifchitz, en un marco general de rechazo de la política representativa de buena parte de una población que todavía vivía y se organizaba bajo los efectos de las revueltas populares de diciembre de 2001. Después de múltiples acercamientos y propuestas, el socialismo llegó un acuerdo con los líderes comunitarios para que se sumaran a sus listas a través de un sublema. El pacto incluyó también la creación futura de la Subsecretaría de Economía Solidaria que quedaría al mando de uno de los principales activistas del Grupo Obispo Angelelli. “Ni en pedo, ayer les estábamos quemando gomas en el Palacio Municipal y hoy voy a formar parte de un sublema del Partido Socialista, no, yo no me engancho”, le respondió Vicente a uno de los impulsores del acuerdo. “Pero mirá que las organizaciones vamos a entrar, es importante porque nos abren una puerta a la política”, le respondió remarcando el cambio de rumbo de las comunidades. “Nosotros ya hacemos política”, le respondió Vicente antes de irse.

La conversación en la cocina se extendió durante más de dos horas. Hacia el final se sumó Jorgelina y Tony, quien contó situaciones vividas en su paso por los grupos juveniles.

El miércoles siguiente encontré a Ulises y a Ariel II en el patio. Me acerqué y les pregunté por qué no habían asistido al ensayo. “Yo me re colgué, se me pasó, estaba con unos pibes”, me dijo Ariel II y se rió nervioso. Ulises se rascó el pómulo derecho y me dijo con la voz apagada: “Yo tuve que cuidar a mis hermanitos, por eso no vine”. “¿Y por qué no me mandaron un mensaje de texto? Tuve que hacer un quilombo bárbaro para venir y ustedes me dejan clavado y no me avisan. ¿Quién se creen que son?”, les dije levantando el tono. Los dos se encogieron de hombros y se quedaron en silencio. “Esto no es lo que acordamos. A mí no me sobra el tiempo. El lunes que viene no hay ensayo. Después hablamos para ver si seguimos el otro o si terminamos acá”, les dije y me metí en el aula para empezar la clase junto a Patricia.

La parte de los martes

“Cristian es re vivo, nosotros teníamos que sacarle la verdad sin tener la verdad, porque suponíamos pero no estábamos seguros de que tuviera la tumbera. Entonces le decíamos que ya sabíamos todo pero sin mencionar nunca el tema, como para ver si él se daba por aludido. Al principio no decía nada porque es un gran actor, es re pillo el guacho”, relató Tony. Mientras él hablaba, nosotros pasábamos la tumbera de mano en mano con fascinación y algo de espanto. “Lo importante después de ese episodio fue contenerlo. Nunca se pensó en sancionarlo ni mucho menos en echarlo como sí pasó en otras escuelas”, aclaró Ariana. “Che, está buenísima, un día más y la dejaba lista. Toda la habilidad el

pendejo. ¿Y si la sumamos como tarea en el taller? ¡Así renovamos la propuesta pedagógica!”, dijo César y todos nos reímos. “Fue muy loco lo que pasó porque no podíamos dejar que volviera al curso y”, empezó a decir Natalia pero la interrumpió Juan Manuel: “¿Por qué no podía volver?”. “Porque el resto de los compañeros no quiso. El maestro también pidió lo mismo. Parece que le tienen un miedo bárbaro, Cristian es bastante pesado”. “Es que a este pibe lo están preparando como futuro líder de una banda. El tío lo está llevando de a poco, preparándolo para que sea el sucesor”, explicó Tony quien conocía algunas dinámicas delictivas de la zona. “Justo me interrumpieron pero lo que quería decir es que Cristian estuvo todos estos días en Preceptoría y en Dirección, porque lo que no queríamos era que dejara de asistir a la escuela. Y fue muy loco porque en esa convivencia empezó a contar toda su historia. Tiene una capacidad para relatar las cosas que vivió que te asombra”, dijo Natalia. “Este pibe es un capo, cuenta re bien, tendría que escribir un libro con las cosas que te relata. Igual hay que estar atento porque te da muchas vueltas, te va enredando, confundiendo. A Cristian le tenés que descifrar todo, es muy hábil, no por nada el tío ya lo eligió como el futuro líder de la banda”, insistió Tony. “En esos momentos ni se te ocurre sancionarlo porque una vez que te abriste a escucharlo, después de alguna manera te conmueve y es como que asumís un lugar medio paternal. A mí el pendejo me cae bárbaro”, dijo César. “Pero aparte el pibe puso condiciones pa entregarla”, recordó Tony. “Algo que me impresionó es que Cristian habló de un gimnasio en el que los coordinadores arman peleas entre los pibes que se llevan mal o a los que ellos deliberadamente presionan para generar rivalidades. Parece que la tumbera la armó para defenderse porque le habían baleado la casa dos veces y para prestársela a un primo al que se la tenían

jurada en boxeo”, contó Ariana. “Es terrible porque te re conmueve cuando te habla. El pibe da rodeos, deja entre líneas, se nota que calla ciertas cuestiones, pero por ahí te cuenta cosas re zarpadas”, recalcó Tony. “Cuando escuché el relato me hizo acordar a las intervenciones en los secuestros extorsivos, que los tipos piden las cámaras y ponen condiciones para entregarse. Se plantó fuerte, ¿no?”, dijo Juan Manuel. “Pero después se calmó y todos le dedicamos un poco de tiempo. Estaba un rato conmigo, después con Tony, con Natalia, con Ariana”, explicó César. “Hablamos mucho con él, le dimos algunos trabajitos para que no se aburriera, era otro chico, andaba siempre acá, por las oficinas, se lo veía bien”, sumó Natalia. “El tema fue que pasaron los días y bueno... la institución tiene que seguir funcionando... cada uno está en mil cosas, con un montón de responsabilidades, haciendo malabares con los tiempos”, explicó Ariana. “Como que era difícil estar con él toda la jornada, se nos complicó su presencia a medida que fueron pasando los días”, completó Natalia. “Concretamente lo que se le propuso fue que llamara a un adulto responsable que no fuera su mamá. Desde entonces no volvió a la escuela”, dijo Ariana acomodándose los lentes. En ese momento se generó un silencio general que solo se cortó unos minutos más tarde cuando César tomó la palabra: “Yo no puedo dejar de pensar en lo que pasó. Es una cagada que se haya ido y que no le hayamos dado otra alternativa. Sinceramente yo creo que terminó siendo un alivio para todos que se fuera”. “Es que no sé si la escuela es capaz de albergar a pibes como estos”, dijo Tony. “Para mí cuando uno lo trata bien, con afecto, escuchándolo, hace que después él pueda ver en la escuela un espacio posible de retorno. Tengamos paciencia”, dijo Natalia. “Estuvo bueno lo que se fue armando con él pero después se rompió el acuerdo pidiéndole que convocara un adulto. Me parece lógico que no

haya vuelto”, dije yo. “Hicimos lo que pudimos, lo tramitamos de un modo no represivo pero tal vez nos quedamos a mitad de camino”, dijo Ariana.

La parte de Tuqui

Kiki I me miraba divertido y me preguntaba continuamente si estaba todo bien. “Eh, profe, da para hacer alguna, ¿o no?, ta todo bien, toda la onda, eh, ¿o no?”. “Sentate que vamos a leer un texto”, le respondí después de pedirle silencio en varias oportunidades. “Todo bien, ya me siento, no es pa tanto, está con mucho apuro, profe, hay que ir más despacio, saberla zafar, prenderse un fueguito”, me respondió nuevamente de pie mientras simulaba que fumaba un porro. El resto lo miraba entretenido. Para tratar de disuadirlo, volví a proponerles la lectura de una crónica periodística sobre el movimiento campesino en Santiago del Estero; pero Kiki I se puso a aplaudir y empezó a ensayar unos torpes pasos de cumbia. La situación era cómica aunque también excesiva. Los compañeros le pidieron que volviera a sentarse. “Vino re loco, este, profe, sáque-lo”, dijo Santi. “Qué fumaste guacho, te pegó re mal”, le gritó Santi.

De repente Kiki I dejó de bailar, levantó una silla, la ubicó junto a mi banco y empezó a hablarme a centímetros de mi cara. “Qué onda, profe, todo bien, eh, qué onda ese texto, todo bien allá en Tucumán con los campesinos, ¿no habrá un puestito pa mí?”, me decía con la voz pastosa, como si se le trabara la lengua. La extrema cercanía de su cuerpo empezó a incomodarme. Lo tenía prácticamente encima. Con Kiki I habíamos tenido fuertes encontronazos a inicios de año. Con él fue la primera vez que necesité levantar la voz a un alumno y que amenacé con echarlo del aula. Recuerdo que la segunda clase había cinco pibes que solían

ranchar con Kiki en el patio, apoyados en una de las ventanas del aula. Como hablaban fuerte y bardeaban a los alumnos, les pedí que bajaran el volumen del celular y que se alejaran. “Por las giladas que dicen estos gatos”, me respondió Poli, un pibe flaco, muy rubio, aunque con algunos mechones negros. Kiki aplaudió la respuesta. Era mi segunda clase en la escuela después de cuatro años de participar en el taller de los martes. Cuando la situación se tornó insostenible, corté de golpe lo que estaba diciendo, me acerqué a la ventana y les dije: “Amigos, ya lo hablamos, salgan de la ventana porque no se puede dar la clase”. “¿Amigo quién?”, me respondió levantando el tono un pibe que no alcancé a reconocer en la oscuridad del patio. Me quedé paralizado y en silencio a unos pasos de la ventana.

La pasé realmente mal esa noche. Recién semanas más tarde supe que Kiki I tenía dieciséis años y que acababa de dejar embarazada a su novia de quince. Era extremadamente flaco, alto, tenía cara chica, pelo lacio y dientes muy grandes. Los choques durante las clases se reiteraron en dos nuevas oportunidades. Por momentos deseaba que desertara para no tener que padecerlo semana tras semana. Un miércoles me acerqué durante el recreo y le pedí que me acompañara al aula. “¿Qué pasa, profe? ¿Me va a retar de nuevo? No se preocupe que hoy no lo jodo, no pasa nada”, me respondió sonriendo aunque visiblemente desorientado con la propuesta. Cuando entramos, cerré la puerta, y le dije: “Quería hablar con vos para saber cómo va el embarazo de tu novia, si está todo bien”. Kiki I se acomodó la gorra blanca, disimuló como pudo la sorpresa, y me dijo que iba muy bien. “Me alegro. ¿Ya saben el sexo?”. “Una nena, profe, pero todavía no sabemos el nombre, a mí me gustaría Yamila pero mi novia quiere Malena”. Después me contó que no vivía con ella porque no quería convivir con su suegro, quien presuntamente estaba ligado a la venta de

drogas. Tras esa charla la situación cambió por completo. Cada vez que lo cruzaba, se acercaba para contarme las novedades del embarazo y sobre su situación laboral. En ese momento vendía escobillones en la calle y decía involucrarse esporádicamente en delitos menores. Yo también le tomé cariño y me reía con sus ocurrencias y relatos grandilocuentes, inverosímiles, de peleas y asaltos en los que supuestamente participaba. A comienzos de noviembre, meses después del nacimiento de su hija, me contó que se había separado en duros términos de su joven novia.

Aquel miércoles le apoyé una mano en el hombro y le pedí que volviera junto al resto. “Pero por qué, profe, si no estoy haciendo nada, quiero escuchar de cerca, ta todo bien, vamos a divertirnos un toque, qué onda, prendamos algo pa seguirla”, me dijo mientras se ponía de pie y llevaba su banco junto al de Tuqui. Leí menos de dos párrafos y volvió a ponerse de pie para bailar y tararear una cumbia. Le reiteré que parara pero lejos de calmarse se puso a contar los pormenores de la compra reciente de un 38 largo: “Vendí el celu y me lo compré al toque nomás. Está re nuevito, una joyita”. Recién ahí Tuqui levantó la mirada del piso, escupió como era su costumbre a un costado del pupitre, y lo miró a los ojos. Si algo distinguía a Tuqui era su sobriedad. Me atraía su estilo parco, minimalista, que se completaba con una postura física recia pero nunca exhibicionista. La única vez que había compartido en clase una experiencia delictiva había sido cuando robaron con un compañero aquel cheque del Banco de Santander. “Así que tenés ganas de salir de caño, vos, mirá qué bien”, le dijo muy serio. “Sí, más vale, estoy contento, ahora voy a poder salir a hacer algunos laburitos y si un gil se arrebata, que se pudra todo”. “Mirá qué loco que sos”, le respondió Tuqui mientras el resto notaba la incomodidad que empezaba a reflejar el rostro de Kiki I. “Qué no, si yo pongo el pecho”, dijo ya con menos entusiasmo. Tuqui le

mantuvo la mirada sin pestañear. Kiki I sonrió tenso y agregó: “Yo ya me cansé de mi barrio... me quiero venir para acá... sí... quiero vivir en una villa... en una casita acá a la vuelta...”. Kiki I vivía en el 7 de Septiembre, un barrio popular que se formó al interior de Fisherton, una histórica zona habitada por la clase media acomodada de Rosario. “¿Vos acá? ¿En la villa de Ludueña?”, le preguntó Tuqui escrutándolo sin mover un solo músculo de la cara. Kiki I había empalidecido y ya no se movía. “¿Vos te querés venir a vivir a la villa?”, insistió Tuqui. “Más vale, si yo ando todo el día por acá, hago mis cosas, me mando mis manejes”, le respondió ya sin convicción, cada vez más pálido. “Uf... más vale... todos sabemos que hacés un montón de manejes. Vos sos re malo y a mí me da una banda de miedo”, le respondió y me miró para que continuara con la clase.

La parte de Ulises y Ariel II

Fueron dos semanas sin ensayos. A la suspensión por haberme dejado plantado y no avisarme, se sumó otro lunes en el que la escuela organizó una actividad y levantó las clases. Durante esa interrupción empezamos a averiguar sobre cursos de hip hop. En el Centro de la Juventud nos respondieron que ese último trimestre del año se podían sumar a un taller de breakdance que se dictaba en los galpones del centro, a metros de las escalinatas del Parque de España. Cuando se lo propusimos, a los dos se les iluminaron los ojos y chocaron los puños.

Al otro día llegué puntual al Centro de la Juventud y encontré a Ulises, Ariel II y a otros dos pibes que se presentaron como Daniel y Alan. “Ellos también bailan”, me aclaró Ulises después de saludarnos. En el box de atención al público nos dijeron que

ya estaba por llegar Zeta, el profesor de breakdance. Los cuatro miraban atentos a un grupo de adolescentes que ensayaba pasos en un rincón de ese voluminoso galpón municipal. Después de completar unas planillas y presentar sus documentos, vimos entrar a un muchacho de baja estatura, con el cuerpo torneado y el pelo corto. Le expliqué la situación y me respondió que podían sumarse desde ese mismo día. Los cuatro aplaudieron al unísono y empezaron a caminar nerviosos.

Esa tarde esperé sentado en unos sillones mientras transcurría la clase. Cada tanto me asomaba tratando de reconocer los ejercicios que estaban haciendo detrás de unas columnas de hierro que dificultaban la visión. Cuando concluyó esa primera jornada, vi que los cerca de treinta jóvenes que habían participado del taller se dispersaban como hormigas. Ulises y Daniel estaban charlando con el profesor, mientras que Ariel II y Alan lo hacían con dos chicas y un pibe bajito que no paraba de mover los brazos y la cabeza.

Cuando enfilamos hacia la parada de colectivos, los cuatro hicieron hincapié en las recomendaciones que les había hecho Zeta sobre la necesidad de mantener un buen descanso antes y después del taller, tanto como la importancia de ensayar en sus casas. Las clases se dictaban dos días por semana. “Yo estoy re gordo, no podía ni moverme, casi me acalambro al final de todo”, dijo Ulises hablando más rápido de lo habitual. “Estuvo re buenísimo, hay pibas que la rompen”, dijo Ariel II que todavía tenía la cara transpirada y no paraba de aplaudir.

La parte de Francisco

Los pibes nos mostraban los colchones desvencijados y las frazadas rotas. Desde abajo se escuchaban gritos que se entremezclaban

con el sonido estridente de la música que salía de un pequeño audio. Eran otros internos que les reclamaban agua a los celadores. Solamente ellos podían habilitar el agua de las duchas y entregarles botellas porque las canillas estaban inutilizadas. Se trataba de una moneda de extorsión habitual en el Instituto para la Recuperación del Adolescente de Rosario (IRAR). A mi espalda escuché que Patricia me pedía que me acercara para presentarme a un joven de Ludueña. El pibe me aclaró que su casa estaba cerca de la escuela y nos pidió que le mandáramos saludos a Tony y a Ariana. Cuando le preguntamos si sabía el tiempo que le restaba adentro, nos dijo que estaba acusado de homicidio pero que no había testigos. “Capaz que me voy pronto”, nos dijo sonriendo. Traté de recordar los últimos casos de asesinatos en el barrio pero se me mezclaban las fechas y las situaciones. Desde la puerta de ingreso, un abogado del equipo nos propuso que fuéramos para otro pabellón.

Salimos acompañados por el mismo celador que nos había abierto la reja de ingreso. Después de bajar y subir unas escaleras angostas, ingresamos a un nuevo pabellón prácticamente a oscuras, en el que nos recibieron cinco pibes envueltos en unas camperas gruesas. “No se puede vivir más acá dentro, nos están matando, somos menores nosotros, no merecemos esto”, me dijo Mauro, que llevaba unos jeans anchos y una gorrita negra. Como los celadores estaban muy cerca, me propusieron ir a la celda en la que dormían tres de ellos. Tampoco tenían agua y el lugar era una verdadera ruina. Nos sentamos en la cama. Los tres eran del FONAVI de Segui y Rouillón. Mauro hablaba rápido pero era lúcido y detallista a la hora de narrar los tormentos diarios. Me mostró las muñecas y me describió cómo se las retorcían cuando les ponían las esposas para sacarlos al patio. “Encima, si les haces frente te quieren mandar a otros pabellones para que te apuñalen pibes de otros barrios con los que hay bronca”. Finalmente, me contó que

estuvo un mes en la celda de Disciplina porque había reaccionado cuando un celador le arrancó el tubo del teléfono mientras hablaba con la mamá. “Le tiré un pan mojado en la cabeza al cara de verga ese. No me importó nada, si todavía tenía tiempo”, me dijo y el resto festejó la reacción.

Después de registrar las denuncias, nos dirigimos hacia el sector de ingreso. Se trataba de un espacio pequeño, muy angosto, con celdas con puertas macizas. Apenas entramos nos sacudió el humo y el olor dulce que despedía una botella de plástico que estaba quemando un interno. Alguien pateaba una puerta y gritaba que lo dejaran ver a su familia. Patricia se acercó a una celda y se puso a conversar con un joven a través de una pequeña rendija abierta. Yo caminé hacia el fondo para ver si la última estaba ocupada. La oscuridad y el vapor dificultaban la vista. Cuando estaba a unos centímetros de la rendija, se asomó un pibe de cara redonda y pelo lacio caído sobre la frente, con un diente de metal que le brilla en medio de la boca. Nos miramos unos segundos pero tardé en reconocerlo. “Ey, profe, ¿qué anda haciendo por acá?”, me dijo eufórico y sacó la mano para saludarme. Me quedé rígido al ver a Lucas, un alumno con el que nos habíamos encariñado pero que hacía tiempo que no asistía a las clases. Lo saludé mientras me decía que había caído por sustracción de un automotor. Se lo notaba de buen humor a pesar del encierro y el humo que emanaba de la botella ardiendo en la celda contigua. “No pude ir más, profe, pero mi mamá ya me anotó en otra escuela por todo el tema del juez. Me parece que me voy mañana porque no me reconocieron en la rueda. Tuve orto”, me dijo y largó una carcajada. Le pedí que hablara más bajo porque había un empleado cerca. “No pasa nada, ya fue, estoy de diez acá, mire el lugarcito que tengo”, me dijo y se corrió de la pequeña rendija para que pudiera mirar hacia adentro. Era

un lugar chico, ordenado, con una cama contra la pared. Mucho más no logré observar por la oscuridad del ambiente. Le pregunté si tenía abogado y si lo había visto su familia. “Más vale, ta todo bien, ya me voy. Tuve quilombo con el pibe de al lado, le tuve que dar un par de ropas, ahora anda quemando botellas porque no viene la vieja, está re loco. Profe, una cosa, si lo ve al Francisco, mándele saludos y dígame que pronto paso por la casa para hacer alguna”, me dijo y empezó a gritar ahogado por la risa: “Che, guachín, pará un poco, aguantá con la botella que nos vamos a morir todos con el humo”.

La parte de Lautaro

Las encuestas funcionaban realmente bien en las clases. Los alumnos solían concentrarse y mostrar compromiso con las respuestas. Para nosotros era también un dispositivo eficaz para acotar un poco la verborragia que solía desatarse en muchos de ellos, que por momentos convertían el aula en una especie de ruidoso y abrumador set televisivo. Lo mismo ocurría con la escritura que, lejos del rechazo que temíamos a inicios de año, los entusiasmaba a la hora de narrar sus vidas.

A medida que fueron pasando los meses pudimos reconocer las oportunidades en las que efectivamente surgían testimonios más singulares, desde una voz propia, y otras en las que se evidenciaba que repetían discursos mayormente mediáticos. No se trataba de jerarquizar o descartar unos sobre otros. No había un problema de verosimilitud. Nosotros también hablábamos desde máquinas de enunciación cambiantes. En esa madeja discursiva abigarrada los (nos) encontrábamos. Pero distinguirlos nos permitía ajustar mejor los intercambios y las propuestas.

Si algo no contemplábamos era la posibilidad de dar algún tipo de tarea para que hicieran durante la semana. Las propuestas tenían que circunscribirse al estricto horario de clase. Eran mucho más que siete días los que transcurrían entre un miércoles y el siguiente. Una sola actividad organizábamos por fuera del horario del taller: las visitas a cooperativas de distinto tipo. Esos pequeños viajes a fábricas recuperadas por obreros o a huertas comunitarias eran vividos con alegría y excitación por todos, incluido por nosotros y algunos docentes que solían liberarse momentáneamente de sus pesadas identidades institucionales.

El taller se había convertido en un espacio de investigación sobre la vida cotidiana de los alumnos y la condición adulta a la hora de vincularse con ellos, al menos con los que fuimos logrando una implicación afectiva y una palpable confianza mutua que motorizaba –con altibajos y conflictos– las ganas de pensar juntos. La deserción fue permanente. Para el último trimestre quedaron la mitad de los alumnos iniciales. En principio nos inquietó pero luego entendimos que lo único importante era concentrarnos en aquellos que mantenían férreamente su presencia.

Cuando salimos al patio, divisé a Lautaro, un alumno del segundo grupo, sentado solo en el piso. Ya hacía varias semanas que lo notaba más silencioso de lo habitual y visiblemente caído. Me acerqué a saludarlo y le pregunté si le pasaba algo. Lautaro hizo un gesto confuso con la cabeza y miró hacia el lado contrario de donde yo me encontraba. Cuando estaba a punto de alejarme para no incomodarlo, me dijo de manera enigmática: “Ando medio pa atrás, profe, bastante bajoneado, no sé, hay varias imágenes que me vuelven y que no me puedo sacar de la cabeza”. Me quedé en silencio a la espera de que continuara pero no volvió a hablar. Le dije que lo había visto muy callado en las últimas clases. “Si ando nervioso, me la paso llorando, tengo muchos recuerdos malos,

que no me dan ganas de nada”. Antes de que pudiera responderle, agregó: “Igual yo no sé cantar como el Ulises y el Ariel. ¿Para qué se reúnen los lunes?”. Le expliqué de qué se trataba y nos pusimos a hablar de música. A Lautaro le gustaba el hip hop pero prefería el rock y la cumbia. “A mí lo que me gusta es cocinar, me encantaría trabajar de cocinero. Es lo que más me gusta, aparte de ir a la cancha de Central”, agregó justo cuando tocaba el timbre para entrar al taller.

El lunes siguiente, después de armar los equipos con Ulises y Ariel II, noté un movimiento inusual en el patio. Tardé unos instantes en reparar que César pedía ayuda porque se había desmayado un alumno. Me acerqué rápido al aula desde donde se escuchaban los gritos y supe que se trataba de Lautaro. Ariana cruzó velozmente el patio y pidió que lo sacaran para que tomara aire. Lo sentamos en un banco y alguien trajo un vaso de agua y unos granitos de sal. Lautaro estaba pálido y muy transpirado. Cuando pudo hablar dijo que ya empezaba a sentirse mejor, aunque tenía los ojos llorosos. Minutos más tarde se acercó nuevamente Ariana con la llave del auto en la mano y nos pidió que lo ayudáramos a caminar porque iba a llevarlo a la casa.

Dos días más tarde, mientras estábamos con el primer grupo, tocaron la puerta. Al abrir me encontré con una mujer corpulenta, de unos cincuenta y cinco años, de pelo ondulado y ojos achinados. Se presentó como la madre de Lautaro y me preguntó si podíamos hablar unos instantes.

“Anda mal, no sé si será fin de año pero lo noto muy caído”, me dijo Amalia con una clara tonada chaqueña una vez que nos sentamos en una base de cemento en el patio. Después, sin que yo se lo preguntara, me contó parte de una oscura historia familiar. “Por suerte el padre está en la cárcel y ya estamos todos más tranquilos pero las secuelas a veces vuelven”, me aclaró

manteniendo un tono calmo. Lo único que atiné a decirle fue que Lautaro mostraba un marcado interés por la cocina. “Y no le ha mentido. En casa cuando puede y tenemos productos se pone y cocina empanadas, pastas, pizzas. Tiene una mano bárbara”. “Tal vez podamos conseguir algún espacio de capacitación en cocina, aunque habría que hablar con él para ver si tiene ganas”, le propuse y me comprometí a averiguar sobre posibles alternativas.

La parte de Ulises y Ariel II

Los acompañé a la segunda clase de breakdance y ya después iban ellos dos solos junto a Daniel y Alan. Los lunes solían contarme sobre los ejercicios que habían aprendido en la última clase y cuáles eran los pasos que debían practicar en sus casas. La canción la cantaban con mucha fluidez y, según me decían, le sumaban coreografías acrobáticas, algo arriesgadas, que improvisaban durante cada pasada. Era notable, en el caso de Ulises, lo desinhibido que se mostraba cada lunes en ese último tramo del año. También en las clases de los miércoles tenía otra postura corporal, mucho más suelta, y era capaz de compartir con mayor confianza sus impresiones. A Patricia solía contarle sobre los encuentros que solía tener con los compañeros de breakdance en el Parque de España los fines de semana. Un lunes me consultaron si era posible sumar a los ensayos a Alan y a Daniel porque querían armar una coreografía grupal. La idea me entusiasmó pero por motivos legales no hubo posibilidades de que ingresaran a la escuela.

Hacia finales de noviembre, Ariel II dejó de asistir intempestivamente a breakdance. Según me explicó, su verdadera pasión era el dibujo y el canto pero no tanto el baile. Intuí que su decisión había provocado algún roce con Ulises porque ese día los noté un

poco distantes entre sí. Mientras me explicaba las razones de su abandono, Ulises miraba para otro lado y bostezaba. Antes de irme y dejarlos trabajar, Ulises me aclaró, rojo de excitación, que el profesor de breakdance les había propuesto que participaran de la muestra de fin de año. Se trataría de un match de improvisación que simulaba un enfrentamiento callejero entre dos bandas enemigas.

El último miércoles de ese mes le pedimos una reunión a Ariana para conversar sobre nuestra situación. Había sido ella quien nos había consultado si teníamos previsto seguir en el taller el año siguiente. Con Patricia habíamos decidido no hacerlo. En principio porque la docencia no era la fuente económica principal en nuestras vidas sino un complemento mínimo; se sumaba que ninguno de los dos teníamos intenciones de transformarnos en maestros de escuela. La motivación principal había sido menos un deseo docente que construir una experiencia de investigación con los jóvenes del barrio.

Cuando salimos de la Dirección, Ebel se me acercó y me pidió si podíamos hablar. A su parquedad habitual, le sumó un tono de voz grave. Nos trasladamos a una pequeña oficina contigua a la preceptoría. Allí, de pie junto a un escritorio con dos computadoras, me dijo: “Ya me enteré que hace bastante que te estás yendo antes de que los chicos terminen de ensayar. Sinceramente no me parece correcto porque estás poniendo en juego la integridad de los aparatos electrónicos que se le prestan. Eso no puede seguir pasando”. Me quedé en silencio unos segundos sin saber qué responderle hasta que le dije: “Veo que estás insistente con el tema, pero si a vos te deja más tranquilo, hagamos esto: yo vengo al inicio como siempre, armo la sala con ellos dos, y vos los ayudás a desarmar y a traer las cosas a la salida”. Ebel se cruzó de brazos, frunció los labios y respondió con los ojos chispeantes de furia: “¡Ni en pedo, no voy a ayudarlos, vos te hacés el maestro progre y

después pretendés que yo trabaje de más, desde ya te digo que no! Y te aviso que ahora voy y hablo con Ariana para pedirle que no autorice más el uso de los equipos. Si vos no te hacés cargo, entonces que dejen de ensayar, porque así cualquiera se hace el progre y se ríe con ellos”. Súbitamente di un paso hacia su posición y le grité desde muy cerca: “Si vos no te vas a involucrar, entonces cerrá el orto y dejalos tranquilos. De los aparatos se hacen cargo ellos y yo. Te aseguro que no va a pasar nada como hasta ahora”. “Vos sos un irresponsable que no te hacés cargo de la cosas y ponés en juego el patrimonio de la institución”, me respondió dejando entrever la acumulación de saliva en la comisura de los labios.

La virulenta discusión se extendió durante unos segundos más hasta que Patricia me hizo señas para que nos fuéramos. Cuando salimos de la oficina, comprobamos que Tony había presenciado absorto la situación.

La parte de Santi

Tuqui dejó de venir a la escuela hacia finales de noviembre. Le consulté a los compañeros más cercanos pero nadie sabía nada. A mitad de año, en pleno invierno, habíamos convocado con Patricia y Violeta a los alumnos y alumnas para organizar un torneo de fútbol y unas jornadas lúdicas. Como Tuqui no apareció pero había asegurado su presencia, caminé hasta la vivienda en la que vivía con su familia junto a las vías del tren, detrás de la escuela. Cuando me vio en la puerta me hizo señas para que lo esperara. “Qué hace acá, me re cortó el mambo mal, cualquiera, a qué vino, usté está re loco”, me reprochó mientras caminábamos entre las vías. “Vos me dijiste que ibas a participar de la organización del torneo, ahora ponete las pilas, hacete cargo”, le respondí ya en la

entrada del colegio. “Cualquiera, estaba re tranquilo y me corta la onda mal”, me respondió fastidioso pero después se rió y me pegó con afecto en el brazo. Aquel fin de año, sin embargo, intuí que no era una buena idea pasar a buscarlo. Recién en diciembre sabría, a través de Tony, que él y su familia habían tenido que mudarse por serios conflictos con otra familia de la zona. Nadie conocía su nuevo paradero.

Patricia averiguó en la municipalidad sobre posibles cursos de cocina. Había alternativas pero recién empezarían en marzo del año entrante, tal como solía ocurrir con las propuestas para los jóvenes, insólitamente dependientes del calendario lectivo. Un posible conflicto era que Lautaro tenía diecisiete años y necesitaba ser mayor de edad. Antes de empezar la clase, le comentamos lo que habíamos podido averiguar. Lautaro estaba activo y de buen ánimo después de semanas complicadas. “No sé qué te parece la propuesta”, le consultó Patricia. “Me encantaría, sí, me mando de una. ¿En qué especialidad sería? A mí me gusta pastas”, nos dijo mientras escuchábamos los gritos de Beatriz, la portera, que le recriminaba algo a un alumno.

Ya en la primera semana de diciembre el calor no cesaba ni siquiera cuando caía el sol. En la última clase del año, mientras hacíamos un balance, se cortó la luz en toda la escuela. Un segundo después los alumnos empezaron a gritar y a reírse. Salimos al patio porque no se veía nada. César avisó desde la puerta de la sala de electricidad que iban a intentar hacer algo; después se metió en la sala junto a Enrique, el maestro de ese taller, portando una linterna cada uno. El cielo estaba descubierto y una luna grande y luminosa permitía que pudiéramos movernos sin chocarnos. Me senté en un banco y rápidamente se acercó Santi, quien nuevamente había llegado tarde. Mientras los pibes gritaban y corrían

por todos lados, le pregunté cómo iban las cosas con Sabrina. “Bien, con ella todo bien, pero hubo una noticia que me dejó medio”, me dijo y no cerró la idea. Lo miré en medio de la sombra que rodeaba el banco de madera en donde estábamos sentados. “Hicimos un test de embarazo y dio positivo, voy a ser papá”, me aclaró sonriendo pero con los ojos apagados. Le di la mano para felicitarlo y le pregunté cómo se sentía con la noticia. “Bastante bien pero cuando le conté a mi mamá se puso re mal y me dijo de todo a mí y a ella. Para mí no puede reaccionar así porque ella me tuvo a mí de re pendeja. Ayer le dijo a Sabrina que hasta que yo no cumpliera los dieciocho me tenía que quedar en mi casa. Encima el viejo no sabe todavía porque capaz que agarra para cualquier lado. Es medio ortiva, se pone re loco”, me explicó y volvió a reiterarme que amaba a Sabrina pero que hubiera preferido tener un hijo más adelante.

Justo en ese momento se escucharon unos petardos atronadores que explotaron atrás, sobre las vías, y después unos fuegos artificiales a la altura de la avenida Junín. Algunos pibes aplaudieron y otros gritaron “paren de tirar, se viene el allanamiento” mientras contemplaban todos juntos el cielo encendido. Con Santi nos quedamos en silencio, escuchando la continuidad de las explosiones que se repetían en esa noche de Ludueña, que empezaba a preparar las fiestas.

Segunda parte
El año después

La parte de Ulises

A los cinco minutos ya tenía la cara transpirada. Eran varias hileras imperfectas de gotas que caían desde la frente y se desparrramaban por las cejas bien morochas y tupidas, después por los párpados, el tabique, hasta llegar a los pómulos y finalmente, provocándole un sabor amargo, a la boca. Ulises se acarició con la mano derecha la cara y la reconoció completamente húmeda; todavía más excitado, se subió la capucha del buzo blanco con estrellas rojas en la espalda, se anudó los cordones a la altura del cuello, subió el volumen del audio en el que sonaba un mp3 cargado con hip hop, y cerró la ventana que miraba al pasillo lindero con la casa vecina. En pocos minutos el calor en su cuarto era tan asfixiante que rápidamente reconoció que la camiseta de mangas largas estaba empapada y que ciertos sectores del buzo, especialmente las axilas y la parte superior del pecho, también se mojaban a medida que el cuerpo despedía toxinas.

Primero empezó a saltar una soga imaginaria a modo de precalentamiento (así le habían recomendado que lo hiciera en breakdance), después ensayó los primeros pasos tímidos, poco exigentes, pero a medida que el sudor avanzaba y seguía absorbiendo la tela de la remera gris y del buzo blanco, se entusiasmó y desplegó los pasos más arriesgados, armando una especie de coreografía soft que recién en ese momento, luego de tres meses

de trabajo en el taller, empezaba a realizar con mayor soltura y confianza. Del otro lado su madre cocinaba pizzas para vender en la feria de la plaza Pocho Lepratti, mientras sus hermanos más chicos miraban un canal de dibujitos. El reloj marcaba que eran las 7 de la tarde de un miércoles caluroso de febrero. Al menos 36°, aunque en la habitación debía llegar a 40°. Al movimiento virtuoso de las piernas le sumó un electrizante ejercicio con los brazos y los hombros. Si lo hubiera estado viendo una persona que no conocía algo mínimo del hip hop, hubiera creído que estaba poseído o en medio de un irreversible brote psicótico. Mucho más cuando abrió los ojos, miró hacia adelante sin pestañear, desplegó los brazos muy firmes a ambos lados, a la altura de los hombros, como si fuera una cruz humana, y empezó a mover la cabeza apretando los labios con tanta fuerza que unas venitas le surcaron el cuello y la sien.

Repetía los pasos y volvía a recomenzarlos en orden, a partir de una memoria corporal que se consolidaba, posibilitando el recuerdo exacto, automático, de la rutina que le habían indicado para las vacaciones. A esa altura el buzo blanco estaba completamente húmedo desde el cuello hasta la cintura y la habitación olía a encierro. Mientras seguía ensayando, Griselda, su madre, le gritó desde la cocina que parara con la música y se fuera a bañar; pero Ulises no podía escucharla absorto como estaba en el meneo de su cuerpo al compás de Porta, Outkast, Dante, Snoop Dog, entre otros de la larga lista de cantantes y grupos que se reproducían en función *random*. Pasada una hora Griselda abrió la puerta decidida a apagarle la música, pero fue tal el impacto al verlo bailar que finalmente se quedó en silencio, expectante por conocer la continuidad de la coreografía. Recién después de unos largos minutos, cuando ya no aguantó el sopor de la pieza, le hizo señas para que terminara.

Ulises apagó la música y rápidamente, como si recién lo levantaran de dormir una siesta, se sacudió el pelo corto, enrulado, negrísimo, y se refregó los ojos desacomodando las cejas transpiradas. “Pero mirá cómo estás, querido, para qué tanto abrigo, vos sos loco”, le dijo su madre, que también tenía el rostro y el pelo cubierto de sudor después cocinar diez pizzas en el horno. Ulises sonrió con timidez, se sacó el buzo, la remera y se metió en el baño todavía con palpitaciones.

La parte de Ariel II

Su prima salió del baño cerca de la medianoche, pero él no tenía intenciones de ducharse. La abuela se le acercó y le dijo que lo hiciera porque si no le apagaba el televisor hasta el día siguiente. Ariel II bostezó y le aseguró que apenas terminara el video que estaba viendo en *Much Music* se metía en la ducha y salía limpísimo. “No te hagas el vivo, vos, no te lo vuelvo a repetir, ya es la tercera vez que te lo digo”, le advirtió antes de salir del comedor.

Una vez que terminó “Días Grises”, una de sus canciones preferidas de Porta, se levantó, agarró la toalla azul con rayas amarillas que la abuela le había dejado arriba de la mesa, y caminó sin muchas ganas hacia el baño. Abrió la ducha antes de desvestirse para darle tiempo al calefón eléctrico. Se sacó la ropa con parsimonia mientras disfrutaba las volutas de vapor que iban apoderándose del pequeño baño. Era mitad de febrero pero la jornada había estado fría, consecuencia de las lluvias del fin de semana. Como cada noche que se bañaba, Ariel II jugaba a encontrar la luna y ciertas constelaciones de estrellas a través de la pequeña ventana que miraba al patio. Ese día, sin embargo, la madrugada estaba tan nubosa y oscura que parecía no existir el cielo. A

continuación se sumergió con cautela en el chorro de agua caliente que caía desde el caño que hacía las veces de ducha. Los primos y la abuela seguramente ya estaban dormidos porque no se oían sus voces, sobre todo los gritos agudos de su pequeña prima cuando se peleaba con el hermano por la computadora. Una vez que se pasó el jabón por el cuerpo, escuchó un ruido en el patio. Se asomó y se inquietó al reconocer que algo se movía detrás de un árbol, entre la parrilla y una montaña de escombros. “¿Sos vos, abuela?”, balbuceó con un ojo puesto en la ventana y otro en la cortina de plástico que lo separaba de la puerta. Nadie respondió. Intentó cantar “Mi Cuento de Hadas” pero temió que lo escucharan una vez que detectó unas sombras que se movieron detrás del árbol. Tiró el jabón y sintió que el cuerpo se le empezaba a tensionar de tal forma que temió acalambrarse. Cuando los murmullos se tornaron aún más cercanos pensó que los intrusos ya habían entrado por la puerta del patio que su abuela solía olvidar abierta. Para evitar cualquier ruido, apagó el agua y se quedó quieto con la espalda contra la pared.

Transcurrió un largo rato a la espera de que alguien por fin ingresara y lo descubriera temblando detrás de la cortina. Al sentir un calambre en la pierna derecha, tuvo que sentarse para estirarla como los jugadores fútbol. El primer golpe en la puerta hizo que se agarrara de la cortina y cerrara los ojos. Ya el segundo fue una patada descomunal que lo obligó a pegar un grito ahogado.

La parte de Lautaro

Creí que era él pero no terminaba de confirmarlo porque me encandilaba la luz del sol que caía desde el norte. A esa hora de la siesta Empalme Graneros parecía sumido en un letargo pegajoso:

había mucha humedad, no se escuchaban ruidos y prácticamente no había personas ni autos circulando por la calle. Cuando ya estaba a unos pocos metros, comprobé que efectivamente era Lautaro el que me esperaba sentado sobre una base de cemento junto a las vías del ferrocarril Belgrano, muy próximo a la barrera de Juan José Paso.

“¿Qué haces, loco? ¿Cómo andás? ¿Cómo anduvo el verano?”, le pregunté todo de un tirón cuando lo tuve a unos pasos. “Bien, re bien, acá andamos”, me respondió mientras me extendía la mano para saludarme, pero yo incliné el cuerpo hacia adelante para darle un beso. Cuando volví a alejarme, noté que estaba ruborizado. Dudé si era por el beso o porque era la primera vez que nos encontrábamos fuera de la escuela.

Subimos un terraplén, caminamos sobre las vías, al bajar cruzamos los restos de un alambrado, y nos internamos en una cancha de fútbol completamente de tierra. A medida que avanzábamos por el campo de juego y levantábamos polvillo, me señalaba a unos amigos que estaban charlando detrás de uno de los arcos. Se los notaba divertidos, disfrutando del calor de esa tarde de finales de febrero. Entramos en el corazón de una de las dos comunidades Toba existentes en Empalme Graneros, más conocida como “El Piso”. Se trata de un populoso asentamiento poblado por integrantes de la comunidad Qom y también por criollos que fueron llegando mayoritariamente desde el Chaco en la década del sesenta y con mayor intensidad desde mitad de los noventa. El otro asentamiento Toba se encuentra a unas pocas cuadras hacia el norte y es conocido como “Los Pumitas”. Existe también una tercera comunidad Qom, ubicada en la zona oeste, cercana a la Avenida Circunvalación. Se estima que en Rosario viven cerca de 23 mil miembros de los pueblos originarios, conformando una de las comunidades más grandes del país. Lautaro y su familia

forman parte de los muchos criollos que llegaron desde Machagai, cabecera del departamento Veinticinco de Mayo en la provincia de Chaco, una vez que las áreas de cultivo de algodón empezaron a retroceder drásticamente frente a la expansión de la soja.

Mientras avanzábamos por los pequeños pasillos en los que se aglomeraban las viviendas de chapa, madera y material, le pregunté por el inicio de las clases. “Me estoy poniendo las pilas, tengo todo ordenado, la carpeta, todo, no quiero boludear este año”, me respondió sin levantar la mirada del piso. Lautaro medía alrededor de un metro setenta, era corpulento, con algunos kilos de más, aunque se desplazaba con vigor atlético.

Ya en su casa, me encontré con Amalia, la mamá, sentada con los codos apoyados sobre una mesa con un mantel azul. De inmediato apareció Pedrito, el hermano más chico, que tenía cara de dormido. Lautaro trajo una jarra con jugo de naranja y un hielo gigante flotando en el medio. Después de conversar durante unos minutos sobre el sofocante febrero que estaba por terminar, les conté sobre los trámites que habíamos hecho en la municipalidad para que empezara el curso de cocina. Había dos posibilidades: un curso de maestro pizzero en el Sindicato de Pasteleros o uno para elaborar pastas en Villa Banana. Lautaro miró con cautela a la madre. “A mí me parece peligroso que vaya solo para Villa Banana, no me parece que tenga que viajar todos los días, no vaya a ser que le pase algo y”, empezó a decir Amalia pero Lautaro la interrumpió para aclararle que él prefería el curso de elaboración de pizza en el centro: “Mejor así no tengo que salir antes de la escuela y conozco más toda esa zona”. “Para nosotros también es mejor que empiece por el de pizza”, agregué después de que Lautaro me mirara pidiendo colaboración. Amalia se mostró conforme pero le advirtió que aprovechara la oportunidad sin descuidar el rendimiento en la escuela. Él exageró cierto fastidio aunque

tranquilizó a su madre: “Si este año empecé con todas las pilas. A mí me gusta la cocina y vos lo sabés”.

Antes de salir de la casa, le pregunté si me acompañaba a la parada de Génova y Avenida Sabin. Mientras caminábamos por un pasillo, me señaló las casas nuevas que estaban a punto de ser inauguradas. “Son las que hacían las Madres de Plaza Mayo pero que después las agarró otra gente y las terminaron. Mi hermana ya se está por mudar, están re buenas. A nosotros nos toca en la próxima tanda, capaz que en dos años más o menos. Pero lo que no quiero es que nos trasladen pa otro barrio, la otra vuelta me pegó el bajón mal... miraba que está quedando relindo todo pero está cambiando una banda el barrio”. Al llegar a un pasillo un poco más ancho, nos encontramos con dos pibes de unos veinte años, de origen Qom, tomando una cerveza en la puerta de un maxikiosco. Se los notaba divertidos y algo excitados. Cuando uno de ellos giró hacia mi posición, me escrutó unos segundos y me pidió una colaboración para otra cerveza. Dudé unos instantes hasta que finalmente le dije que no y aceleré el paso. De reojo pude reconocer que se me venía encima y que Lautaro cambiaba de posición para interponerse.

La parte de Ulises

Pasaron dos o tres minutos hasta que se abrió la puerta y se encontró con la figura siempre flaca y desgarrada de Lisandro. Se dieron la mano y se golpearon con los puños a modo de cierre. “¿Hablaste con Ari II?”, le preguntó Ulises mientras caminaban hacia Junín por Larrea. “Lo mensajé en el feibuk pero nada”, le respondió Lisandro mientras revisaba el celular. “Qué pibe, hace cualquiera”, dijo Ulises y se mordió los labios. “¿No se fueron a

anotar a breakdance?”. “Sí dejó el año pasado, dice que él quiere cantar pero que no le gusta el baile, no entiendo a ese pibe, estaba re bien todo”. Lisandro ladeó la cabeza pero no le respondió. Luego de ese breve diálogo, al llegar a Junín y doblar en dirección a Provincias Unidas, como si cada uno se hubiera sumergido en pensamientos demasiado íntimos, avanzaron en silencio, indiferente uno del otro. Lisandro miraba el piso y Ulises observaba hacia adelante distrayéndose con los carteles publicitarios. El día estaba caluroso pero corría una brisa intensa desde el oeste trayendo el vaho nauseabundo de la soja mojada que caía de los trenes durante los traslados hacia los puertos. Por la avenida circulaban autos, carros, colectivos y una gran cantidad de ruidosas motos que dejaban su estela de humo. Doblaron por Magallanes hacia Tupac Amaru y retomaron la charla con naturalidad, como si recién se hubieran visto. “Estás re flaco, guacho, comé algo, sos puro hueso, no te hagas el re lindo tampoco”, lo acicateó Lisandro. “Es que estoy entrenando mucho para breakdance y acrobacia”. “¿Te anotaste también en acrobacia? Al final vas a todos lados, dejá de hacerte el importante”. “Callate, no seas bobo, todavía no empecé pero entreno en mi casa. Si no practico no llego con los ejercicios”. Mientras avanzaban por Magallanes saludaban a pibes que estaban charlando en la puerta de alguna casa o circulaban en moto o en bicicleta. “¿Por qué no empezás breakdance con nosotros?”, le preguntó a Lisandro. “Capaz que empiezo pero mi papá y mi mamá no quieren que me distraiga de la escuela, se re persiguen”. “Bueno... pero cuando tengamos el lugar podemos ir a bailar cuando queramos”. Ulises, Lisandro, Ariel II y otros amigos hacía meses que estaban tratando de reconvertir un terreno baldío para poder ensayar breakdance. Se ilusionaban con levantar una sala que les permitiera dictar allí mismo clases a los pibes de la zona. Una cuadra más adelante, Ulises visualizó a Pitu, un compañero

de la secundaria, en la puerta de un pasillo angosto. Llevaba puesto el mismo jean y la misma campera negra inflable que tenía a la mañana. Cerca de él se encontraban otros dos jóvenes mirando las pantallas de sus celulares. “Ahí anda el Pitu”, le avisó a Lisandro, que todavía no lo había visto porque estaba distraído leyendo un pasacalle. Cuando miró la entrada del pasillo, Lisandro bajó la vista y aceleró el paso. Ulises, por el contrario, se quedó quieto y levantó la mano para saludarlo. El Pitu no le devolvió el saludo a pesar de que estaba observándolo desde una corta distancia. Ulises insistió levantando aún más la mano y diciendo un leve “ey, careta, saludá”, pero Pitu se dio vuelta y se acercó a la puerta del pasillo. Ulises lo siguió mirando durante algunos segundos hasta que, ya resignado, caminó rápido hacia la casa de Ariel II en donde seguramente estaba Lisandro. “¿Qué le pasa a ese bobo? ¿De qué la va?”, le dijo apenas llegó. Lisandro no abrió la boca. Estaba lívido. Ulises siguió protestando por la actitud de Pitu, con quien había compartido buena parte de la mañana viendo unos videos de música en su teléfono. “Después viene y me pide la regla. Hoy se hacía el re vivo en el curso”, dijo una vez que tocaron el timbre. Lisandro seguía en silencio, muy pálido. Al verlo de esa manera, le preguntó: “¿A vos qué te pasa? Decí algo”. Lisandro levantó la cabeza, lo agarró del brazo y le dijo prácticamente al oído: “No seas bobo, no ves que capaz que no quiso saludarnos para no complicarnos, o no viste con quiénes estaba”.

La parte de Ariel II

Cuando finalmente se abrió la puerta reconoció la voz de su primo: “La concha tuya porque no te rescatás, guacho, sos sordo, pedazo de gil”. Tembló al escucharlo y empezó a secarse con apuro.

“Pajero de mierda, rajá del baño”, le gritó su primo desde el umbral. Todavía confundido, se puso rápido el calzoncillo y salió.

Caminó hasta la pieza de la computadora, enchufó los auriculares del celular a la CPU, y buscó el disco *No hay trucos* –de Porta– en YouTube. Los primeros acordes de “Lo que se avecina” los escuchó con palpitaciones y atento a los movimientos de la casa. Sólo a medida que transcurrieron las primeras canciones su rostro fue recuperando de a poco el color habitual. Recién cuando sonó *Tras mi luna de cristal* se le remarcaron nuevamente los dos hoyuelos en las mejillas y ese rubor tan típico que le surgía cuando se sentía feliz. Si algo admiraba de Porta era la capacidad que tenía de expresar sus enojos y frustraciones siempre a través de la poesía. Eso mismo buscaba él cuando escribía sus canciones: decir con furia rapera pero sin olvidar los recursos estilísticos. Cuando encontró la letra de “Nuestra historia de dos” tipeó el pasaje que más lo emocionaba y lo publicó en el muro de Facebook: *Todo es perfecto, yo pienso de día y de noche te sueño, esclavo de mis palabras dueño de mis pensamientos y miento cuando digo que quiero escapar sin ti, porque siento que si no estas falta un pedazo de mi.* Después agregó su paréntesis habitual (*esto es para los presos en soledad*) con una buena cantidad de puntos suspensivos a modo de cierre y, tal vez, como una invitación para que llegaran comentarios y algún *me gusta*. Samuu Cabj, Sáàmü Bìèèn, Piòlà Déèll Lüdüèèñàà le pusieron el pulgar arriba de inmediato. Se sorprendió porque ellos eran más bien cumbieros y bastantes despectivos con los amantes del hip hop. La foto de Sáàmü Bìèèn junto a su hermano luciendo un revólver 22 y un 38 hizo que largara una carcajada. “Están re locos los pibes”, pensó y les puso un *me gusta*. Al quitarse unos instantes los auriculares reconoció que la casa estaba en absoluto silencio. Eso lo tranquilizó.

Cuando terminó el disco eligió “Sigo con mi Obra” y buscó las letras de las canciones en YouTube. Lo escuchó dos veces y cambió a “La historia del niño”, uno de sus temas favoritos. Subió el volumen al máximo y empezó a tararearla mientras copiaba en el muro un extracto de la letra y un paréntesis: *“Está es la historia de aquel niño/de un niño atropellado/ ahogado entre llantos sus sueños/ un chaval desorientado/Fantasías pesadillas/entre avenidas y aceras/ despierta y deja a un lado/ya todas tus falsas penas (esto va para los chicos que se sienten solos e intentan buscar la amistad en un objeto que puede terminar acabando en la perdición)”*.

Apenas terminó, se acordó del disco “Reset”, cuya tapa estaba titilando desde hacía unos minutos en el margen derecho inferior del monitor. Escuchó la canción que da título al álbum tres veces seguidas y finalmente copió en el muro: *“Este es mi reset/porque necesito olvidar quien soy/y volver a sentir la ilusión que sentía al principio/Recordar de donde vengo/ sin saber a donde voy/Mi nuevo comienzo”*. No agregó ningún paréntesis y quedó a la espera de algún *me gusta* o un comentario; pero transcurrieron dos, tres minutos, sin que nadie le escribiera. Ya a punto de poner una nueva canción, un corte de luz lo dejó repentinamente en silencio y a oscuras. Se quedó quieto con la mirada fija en la pantalla muerta. Una vez que entendió lo que había ocurrido, desenchufó los auriculares y los conectó al teléfono Nokia para seguir escuchando *Reset* en la cama.

La parte de Lautaro

No llegaron a enfrentarse. Cuando Lautaro lo encaró, el pibe se detuvo en seco y sonrió confundido. Yo me quedé rígido a unos pocos pasos, temiendo acercarme y complicar las cosas. El pibe

finalmente le dio la mano y volvió junto a su amigo, quien le pasó la cerveza y le dijo algo al oído que no alcancé a escuchar.

“Yo no tenía idea de toda esa historia de mi familia”, me dijo con naturalidad una vez que retomamos la caminata hacia la parada. “¿Lo conocías?”, le pregunté todavía afectado por lo ocurrido. “Sí, no pasa nada, no se la aguanta ese gil, hace poco le metí un par de piñas porque se le hizo el malo a un amigo”, me respondió y volvió sobre el relato que había hecho recién su mamá y su hermano más grande: “No sabía que venían en el tren carguero. Mirá si les pasaba algo. Estaban re locos, yo ni a palos”. Amalia había compartido los pormenores de los recurrentes viajes en trenes cargueros a Machagai durante la temporada de cosecha en la década del noventa y en los primeros años de este siglo. Hacia el final de la charla se había sumado también Enrique, el mayor de los hermanos, el único que llegó a trabajar en los campos de algodón. Mientras repetía con un nivel de detalle asombroso los fragmentos que más lo habían conmovido, Lautaro parecía imaginar, una y otra vez, a su mamá, a su papá y a sus hermanos más grandes, subiendo clandestinamente a algún vagón para salir de Rosario o para retornar desde Chaco. Si algo parecía haberlo impactado fue saber que su mamá llevaba a su hermano Pedrito en brazos mientras subía apurada, en alguna estación recóndita, los escalones de hierro para ubicarse en la unión de los vagones y transcurrir en ese pequeño y riesgoso espacio días enteros –cuatro, cinco, a veces más– a la intemperie. Por ser uno de los más chicos, él ya no había vivido esas excursiones que realizaban para emplearse en las tierras de algún colono de la zona. “¿Sabés lo que debe haber sido aguantarse las lluvias y el frío ahí arriba?”, me repitió cuando ya estábamos próximos a la parada de colectivos de Génova y Sabín. Después se enfureció cuando recordó los dichos de su madre sobre la violencia policial que padecían cada vez que los descubrían

en estaciones del norte santafesino cercanas a los puertos con salida al Paraná. “Acá la mayoría migró en esos cargueros porque no había una moneda como para pagar los pasajes de un colectivo. Los cargueros tienen tres clases de vagones: el del petróleo, que es negro y redondo, el de la soja, que es cuadrado, y el del azúcar, que es redondo con unas bases. Cada vez que viajábamos, nosotros veníamos en esas bases, sobre todo en el de azúcar. Mi mamá estaba embarazada, los tenía allá y nos veníamos para acá. Así se fue armando el asentamiento y las villas en esta zona. Se usaba nylon, chapas de cartón, lo que se podía, pero venía todo el mundo desde Chaco con ese pensamiento de seguir adelante y progresar”, contó Enrique minutos antes de subirse nuevamente al carro y salir a recorrer la ciudad en busca de cartones.

Ya en la parada, Lautaro me insistió con que le parecía mejor no haber vivido esos viajes con ese padre atroz que imponía las vueltas periódicas para que la mamá tuviera a sus hermanos en su Chaco natal; aunque también le daba rabia –admitió– no haber tenido enfrente a esos colonos que pagaban poco y cobraban todo, hasta la mitad sana de un zapallo podrido una tarde de lluvia después de una jornada extenuante. Si habían dejado de viajar fue por lo que había hecho su padre pero también porque los dueños de la tierra empezaron a usar máquinas que levantaban hectáreas enteras de algodón en lapsos de tiempos muy cortos. “Un varón capaz que levanta en promedio entre 100 y 200 kilos por día, una mujer como mi mamá levantará 40 o 50 y los más chicos entre 20 y 25. Las cosechadoras te levantan no menos de 4 hectáreas en unas horas”, nos había explicado su hermano mayor. “Pero también vino todo el tema de la soja y no quedaron casi más campos de algodón. Ahora ni siquiera están quedando árboles para las madereras. Mis hermanos trabajan de eso y están mal”, sumó la mamá.

Por momentos parecía distraerse comentando el último partido de Central, pero rápidamente volvía al mismo punto de partida: su mamá con Pedrito en brazos y el resto de sus hermanos subiéndose en una estación para emprender viajes interminables soportando las inclemencias del tiempo hasta llegar al Chaco, viajar en una chata con otros trabajadores estacionales y empezar, a sol y sombra, la carpida de la planta o directamente a levantar el algodón hasta que las espaldas ardieran. “Acá la mayoría de los vecinos son de Machagai pero hay también de Colonia Aborigen, Quitilipi, Sáenz Peña, La Plaza. Los hijos ya nacieron acá y se criaron acá. Yo tengo cuatro rosarinos: la Rosa, el Lautaro, la Romi y el Santiago. Lo criamos con esfuerzo pero hemos salido adelante”, había dicho Amalia mientras tomaba tereré y aclaraba que ya no podría asumir los riesgos físicos de aquella época.

Cuando vi que se acercaba el colectivo 110, le aclaré que lo llamaría en las próximas semanas para avisarle la fecha de inicio del taller de maestro pizzero.

La parte de Ulises

Ulises nos estaba esperando junto Daniel, uno de sus compañeros de breakdance, en el medio de la plaza Pocho Lepratti. A medida que nos fuimos acercando descubrimos que estaba más flaco, con la cara chupada y los labios gruesos que le sobresalían más de lo habitual. “Cómo andás, nene, tanto tiempo, estás re flaco, qué te pasó”, le dijo Patricia mientras le daba un beso y lo abrazaba. Yo me acerqué para darle un beso pero Ulises me estiró la mano. “Ey, che, vos ya no sos alumno”, me quejé. Realmente se lo veía mucho más delgado. “Es que estoy ensayando todos los días y transpiro mucho. Bajé como diez kilos”. Mientras conversábamos

se fue armando una ronda a nuestra espalda. Ya estaba por comenzar la última reunión previa al inicio del carnaval-cumple de Pocho. “Bueno, te contamos rápido, se abre un concurso de poesía para adolescentes. Se nos ocurrió que tal vez podrías juntar las canciones que escribiste el año pasado y con eso armar un libro. Nosotros te ayudaríamos a pulirlas para dejarlas listas”, le propusimos. Ulises sonrió y miró a Daniel. “Estaría buenísimo, me encanta, sí, yo las tengo todas en una agenda del año pasado”, nos respondió y se comprometió a traerlas el próximo lunes, cuando empezaba el carnaval.

La semana siguiente llegamos a la Plaza cerca de las 18 horas. Las actividades en el marco del carnaval-cumple de Pocho habían empezado a media mañana con pintadas en la zona y la recepción de los contingentes que iban llegando desde múltiples ciudades del país. Algunos jóvenes estaban terminando de armar el escenario. Se trataba de un armazón de hierro y madera con una bandera enorme pintada con distintas consignas, incluida la principal de ese año: *Carnaval que reaviva la Mecha de la alegría para encontrarnos con hormigas encendidas. ¡Basta! El fuego somos nosotros. Alta Rebeldía*. Nos alegró que ya se hubiera incluido en la consigna principal el apodo de Mercedes Delgado (Mecha), una vecina que colaboraba en San Cayetano, una comunidad eclesial de base, asesinada en enero de ese año cuando quedó en medio de un enfrentamiento entre dos grupos de vecinos ligados a la venta de drogas.

Desde su fundación en 2002, el carnaval en Ludueña es una experiencia compleja en la que se entremezclan las tradiciones y la mística del barrio, los afectos, los hábitos populares, los saberes militantes, las denuncias y las comidas. Se trata de uno de los movimientos sociales y políticos autogestivos más significativos y populares de Rosario. Año tras año fueron creciendo significativamente los niveles de convocatoria y la cantidad de

agrupaciones de otros barrios que se suman a la organización. Los jóvenes activistas que lo crearon, todos ellos vecinos del lugar, se propusieron mantener con vida la memoria de Pocho Lepretti reafirmando las actividades que habían compartido con él a temprana edad y festejando el día de su cumpleaños. Para los vecinos, sin embargo, no fue simple aceptar, al menos en los inicios, que el modo elegido para pedir justicia fuera la denuncia en el marco de una fiesta comunitaria.

Después de conversar con unos amigos, salimos a recorrer la plaza. En el margen derecho, sobre Larrea, estaban finalizando los tres talleres previstos para esa jornada. En uno de ellos había un grupo de nenes y nenas con las caras cubiertas con las máscaras que habían creado junto a los coordinadores. Hacia el final, contra Vélez Sarsfield, se estaba desarrollando la feria que funciona a diario en la plaza. Eran mayormente mujeres que vendían ropa, juguetes, calzados y alimentos. Se trata de un potente acontecimiento surgido, paradójicamente, en el marco de un marcado retroceso de las redes comunitarias en la zona. Caminamos entre las mesas observando los objetos de todo tipo y los alimentos disponibles para la venta. Compramos unas bebidas y nos acercamos al escenario. Al llegar se nos acercó Ulises con una frondosa agenda azul en la mano. “Acá están las canciones”, nos dijo antes de pasársela a Patricia. Una vez que coordinamos vernos antes de su clase de breakdance, le propuse que buscara a Ariel II porque más tarde tocaría un grupo de hip hop. “Es que ya no voy más a su casa”, me respondió y se puso serio. “¿Por qué? ¿Pasó algo?”, le preguntó Patricia. Ulises se acercó unos pasos y nos aclaró bajando el tono: “Al lado de la casa hay un coso de esos... uno de... un kiosco... de drogas. No paso cerca por las dudas, no quiero que me hagan nada, es que a veces no reconocen a nadie”.

La parte de Aaron

En la sala de terapia intensiva se encontraban Sandra, Gabriel, Georgina y María. Nadie hablaba, tan solo vociferaban algunas palabras Georgina y su hermana María, que estaban de pie en el lateral izquierdo de la cama. Sandra estaba a la derecha y no dejaba de mirar con detenimiento los rasgos de su hijo de trece años, que corría, una vez más en el lapso de ocho meses, serios riesgos de vida, después haber sido baleado nuevamente en el estómago: tez blanca, labios carnosos, granitos en la nariz, los ojos un tanto achinados y marrones, y el pelo lacio, corto.

La primera internación en el Hospital de Emergencias Clemente Álvarez había sido en agosto de 2012. En aquella oportunidad los atacantes pertenecían a un búnker que se había instalado hacía muy poco tiempo en las inmediaciones de donde vivía con Sandra y el Mono, su hermano más chico, de once años. La vivienda se encontraba ubicada a metros de las vías del exferrocarril Mitre, detrás del centro comunitario Sagrada Familia, una de las históricas comunidades eclesiales de base de Ludueña Norte. Se trata de un asentamiento formado por casillas, casas precarias y pasillos angostos en donde viven los sectores más empobrecidos de la zona. Disconformes con el nuevo búnker, en un marco general de recrudescimiento de la violencia, los vecinos se organizaron en forma espontánea y lo voltearon a fuerza de golpes de masa y palazos. Unas horas después, cuando la gente ya no estaba en lugar, el transa que regenteaba el kiosco ordenó a sus soldaditos que comenzaran una feroz cacería, menos con el propósito de encontrar a los verdaderos responsables que para poner en escena una sangrienta reafirmación de su poder territorial.

Aaron no había participado de la destrucción del búnker, ni tampoco había seguido de cerca las acciones porque estaba

durmiendo en su casa. Cuando se levantó, todavía con cierta pereza, se dirigió a la casa de Raquel Vera, la madre de Brian *Cache* Saucedo, un amigo más grande con el que solía frecuentarse. Como no estaba Cache, se quedó con los hermanos. Esa tarde, Raquel los escuchaba conversar en la habitación lindera a la suya mientras doblaba la ropa recién lavada. En cierto momento, cuando ya el día se había oscurecido del todo, dos de ellos se asomaron para avisarle que salían a dar una vuelta. Raquel dejó de doblar una remera, salió rápido de la habitación, y les habló: “¿Adónde van? No salgan, quédense por acá, no anden por el barrio ahora”. “No pasa nada, mami, lo acompañamos al Aaron a la casa y venimos en un toque”, le respondió uno de sus hijos. Como la vivienda se encontraba a unos pocos metros, Raquel no opuso mucha resistencia. Segundos más tarde, mientras empezaba nuevamente a doblar con paciencia la ropa, escuchó una seguidilla de detonaciones en la puerta que miraba a Tupac Amaru; al salir, comprobó que desde una moto le acababan de disparar a Aaron.

Como pudo, logró ponerse de pie y desplazarse hasta su vivienda, en donde cayó ante la mirada desesperada de Sandra, quien a los gritos pidió ayuda a sus familiares que vivían en la misma cuadra. El balazo le había perforado el abdomen. Esa primera internación se extendió durante tres meses como consecuencia de los severos daños sufridos en ciertos órganos. Apenas lo revisaron en la guardia, los médicos manifestaron que había muy bajas probabilidades de vida. La convalecencia incluyó doce operaciones y la necesidad de un año contra natura. Con el correr de las horas, los médicos no terminaban de comprender la fortaleza de ese pibe flaco y malherido que había ingresado a la guardia. Después de la internación, la Dirección Provincial de Promoción de los Derechos de la Niñez, Adolescencia y Familia, jurisdicción Rosario, lo derivó a una ruinosa granja de rehabilitación para adictos.

Aaron consumía marihuana y alita de mosca, en teoría un corte más puro de la cocaína, pero que solía estar tan cortado con otras sustancias como los gramos más baratos. Estuvo allí prácticamente un mes. Una mañana, harto del encierro y las deplorables condiciones edilicias (no había ni agua caliente), se escapó con un compañero y retornó a Ludueña. Nadie podía creer que hubiera podido cubrir a pie semejante distancia teniendo en cuenta que aún padecía las secuelas del ataque. Lo encontraron cerca del complejo de cines Village, antiguo faro gastronómico y comercial del noroeste que cayó en desuso cuando se instalaron en el 2004 los shoppings Alto Rosario y El Portal Rosario, con sus respectivas cadenas de cine y restaurantes.

La vuelta al barrio y la posibilidad de rehacer su vida fue breve: en la noche del viernes 29 de marzo de 2013, previo al inicio de la conmemoración de las Pascuas, un grupo asaltó un kiosco de drogas. La represalia del transero no se hizo esperar: sus hombres se desplegaron por las cuadras cercanas cubriéndose los rostros con cascos de motos en busca de los responsables. Los vecinos se metieron en las casas y ranchos y cerraron todo, incluidas las ventanas. En medio de la cacería, encontraron a Aaron junto a su amigo Cache Saucedo sentados en las vías del ferrocarril. Desde hacía un rato fumaban y tomaban una Coca-Cola con otros dos amigos. Cuando divisaron a los sicarios, salieron despavoridos y se metieron en la casa que compartía Cache con su novia Violeta, recientemente embarazada. Una vez adentro, cerraron rápidamente las ventanas y pusieron la tranca a la puerta. Cache se escondió en una habitación y Aaron en el baño. Pero los tres soldaditos los habían visto y ya habían tomado la decisión. “Salgan, la concha de su madre, porque se pudre todo, pendejos de mierda, es corta la bocha, salgan”, les insistían mientras pateaban la frágil puerta que temblaba ante

cada nueva embestida. Segundos más tarde, la puerta cedió y los sicarios entraron con los cascos puestos.

Primero encontraron a Cache de pie junto a la cama. Le pusieron un arma en la cabeza y empezaron a amenazarlo. Entre sollozos les mostró la herida que aún se evidenciaba en el fémur como consecuencia de un balazo que le había pegado un policía de franco el 3 de diciembre del 2012, cuando junto a un compañero intentaron robarle una moto Honda Twister negra. La violencia del disparo había sido tal que el hueso le había quedado astillado y sin posibilidades de mover con normalidad la pierna. “¿Dónde está el otro? La concha de tu madre, pendejo, decí dónde está el otro porque te doy vuelta acá nomás”, lo amenazaron. Aaron contemplaba la escena a través de la puerta entreabierta del baño. Cuando vio que se dirigían hacia allí, la empujó apenas y esperó de pie, temblando junto a la cortina de la ducha. Un hombre entró apuntándole con el arma en la mano. Lo único que se le veían eran los ojos encendidos detrás del visor del casco. Aaron cruzó los brazos y le rogó, siguiendo el camino de su amigo, que no le tirara, mientras se levantaba la remera para mostrarles la faja que aún recubría el estómago maltrecho en el ataque del año anterior. Exactamente hacia esa zona disparó a quemarropa; después abandonaron la vivienda.

Aaron caminó hasta la habitación con las manos tratando de contener la panza sangrante. “¿Te dieron, loco, te dieron?”, le gritó Cache mientras pedía ayuda. “Llamá a mi mamá”, le respondió sintiéndose cada vez más débil. En ese momento entró corriendo Violeta y su hermana. “¿Qué pasó, qué mierda pasó?”, gritaban mientras atravesaban la cocina y llegaban a la pieza. Como pudieron, lo acostaron boca arriba hasta que llegó el tío de Aaron y su mujer. La primera reacción que tuvieron fue pedir colaboración a un policía que vivía a unos metros de la casa y tenía auto. “No

puedo ayudarlos, no estoy en funciones”, les espetó sin inmutarse. Lo sacaron como pudieron y lo llevaron a cuestras hacia Tucumán, atravesando una cancha de fútbol. Mientras lo sacaban, recuperó transitoriamente la conciencia y preguntó qué había pasado y quién era el que lo estaba trasladando. Nunca reconoció a nadie. Mientras esperaban un taxi, pudieron parar a un móvil del comando radioeléctrico y trasladarlo al hospital. Aquella noche también hirieron gravemente a otros dos adolescentes que nunca hicieron las denuncias ante el terror de sus familiares de sufrir nuevas represalias.

El silencio en la sala de terapia intensiva se interrumpió súbitamente cuando se abrió la puerta y apareció la figura baja y regordeta del Mono, hermano menor de Aaron, quien empezó a recriminarle: “Qué hacés, vivo, cómo andás, jodete por vivo, eso te pasa por andar en ésa, seguiste en la misma con los choro eso y seguiste tomando. Te la dieron por gil”. “Callate, Mono, no digas giladas que ni te escucha”, le dijo Sandra sin mucho ímpetu mientras acariciaba la mano de su hijo. “Vos también, viva, vos también, seguí así, viva, son re vivos todos, yo ni loco, ni loco”. “Ey, pibe, ya está, callate un poco que acá estamos re mal, respetá a tu hermano, cortala”, intervino Georgina. El Mono bajó la cabeza unos instantes pero después agregó: “Re vivo es, re vivo son, yo ni loco hago eso, no soy gil”. Ante un nuevo pedido de Georgina se quedaron los cinco en silencio, ahora sí contemplando a Aaron que permanecía sedado, con un tubo de oxígeno que le entraba por la boca y le llegaba hasta la tráquea.

La parte de Ulises

Después de contarme excitado que también estaba cursando acrobacia y capoeira, me preguntó si habíamos leído las poesías. Saqué la agenda azul frondosa y también unas hojas tipeadas que habíamos impreso con Patricia la noche anterior. Ulises miraba con ansiedad las hojas. “Leímos todo lo que había. Nos gustaron mucho los textos, pero solo elegimos algunas canciones enteras y algunos párrafos y versos sueltos para que vos los continúes”, le dije antes de empezar a leerlos en voz alta sentados alrededor de una mesa en el Centro de la Juventud. También le remarqué que al estar en su mayoría dirigidos a mujeres y a relaciones fallidas, lo que prevalecía era un fuerte dejo melancólico. No me dijo nada pero agarró la agenda y empezó a pasar las hojas con fruición. Daniel miraba la escena con una sonrisa permanente, tal vez escéptica. “Esta está genial, me acuerdo re bien”, me dijo y señaló una hoja. Leímos en voz alta esa canción. Recién ahí Daniel se corrió los auriculares blancos y los dejó colgados sobre los hombros. Al llegar a la canción que había practicado con Ariel II durante el año anterior, Ulises remató cada verso con un “copadísimo” y me pidió que relejera el estribillo y los dos párrafos siguientes:

*Salgo a la calle y esperan que falle, el barrio está callado
como un pueblo fantasma,
sostengo la mirada hacia el cielo,
escuchando cómo los pájaros cantan*

*Saliendo pa la escuela pa reunirme con los pibes
somos sencillos, ellos son la segunda familia y hacemos lo posible
para no ser como la sociedad nos pide,*

*que seamos mentirosos como ellos,
que lo hacen siempre con nosotros.*

*Nuestro comportamiento es errático, simplemente.
nos comportamos como tenemos que ser sinceramente.*

*Seré decentemente, no dejaré que manipules mi mente con
fines dementes.*

*Hacemos arte, me dedico a mostrarte que se aprecia el tiempo,
te lo explico en este momento, es la pura verdad, lo siento.*

Una vez que terminamos de leer todas las hojas, me aclaró que esas semanas había escrito bastante pero que necesitaba corregir dos canciones nuevas. “Capaz que me pongo a escribir a la noche, cuando se van a dormir mis hermanitos, así estoy más tranquilo y en silencio”, me dijo y después me preguntó por la fecha de cierre del concurso. Le repetí que era a mediados de agosto y volví a preguntarle por algunos exalumnos, aunque especialmente por Tuqui. Como no había cursado con él, no lo recordaba. “Ariel no está yendo a la escuela. Ni ahí lo veo. La última vez que fui a la casa me crucé con un compañero que trabaja en el búnker de al lado. Ni cabida me dio. Me sorprendió porque yo pensaba que trabajaba en otro más cerca de Felipe Moré”, me explicó. Con Pitu cursaban el quinto año del secundario pero se conocían desde el jardín de infantes. “Al otro día le pregunté qué onda pero el chamuyero me dijo que no me había visto. ¡Si me tenía a dos metros, mirá si no me va a ver!”.

El relato de Ulises ponía en evidencia un proceso que veníamos siguiendo con el Club de Investigaciones Urbanas, un colectivo que formamos con unos compañeros y compañeras en el 2012: ya no era la tradicional división entre centro y periferia

el único límite social, político, económico y cultural para la libre circulación de los pibes. Al interior de los propios barrios periféricos aparecían también fronteras precisas. Los territorios solían estallar y partirse regularmente en microzonas al calor de los conflictos entre bandas delictivas y también de reyertas ocasionales entre pibes o vecinos no vinculados a las economías ilegales. El barrio para un joven como Ulises solía limitarse a menudo a un conjunto de cuadras. Más allá de una cancha de fútbol, un puente, o una plaza, aparecían las amenazas de encontrarse con enemigos históricos o circunstanciales, o incluso imaginarios. No se trataba de límites constantes sino móviles. Hoy el barrio puede circunscribirse a una manzana pero después limitarse a una cuadra y prontamente expandirse nuevamente. Esas cartografías se iban reconfigurando cada vez a mayor velocidad y se distanciaban irremediabilmente de los trazados muertos de los mapas oficiales.

Antes de irnos, le pregunté si la casa de Ariel II estaba pegada al búnker. Al verme desorientado, sacó un lápiz de la mochila y empezó a dibujar esa cuadra sobre la mesa blanca. Lentamente, con mucha eficacia, fueron surgiendo líneas que se transformaban en casas, en un baldío, en calles aledañas y por fin en la puerta del pasillo en donde había visto trabajando a su compañero del secundario.

La parte de Ariel II

Durmió un rato hasta que su primo llegó de fútbol y lo despertó de un portazo. Ariel II no solía gritar ni le gustaban las discusiones. La ironía era su arma de combate cuando algo le molestaba. Se levantó exaltado ante el violento ruido de la puerta pero no dijo nada, tan solo lo miró con una sonrisa sarcástica y caminó hasta la pieza

para usar la computadora antes de que se la ocupara. Cuando movió el mouse y se metió en Google, enchufó los auriculares del celular en la CPU y empezó a escuchar desde YouTube *No es cuestión de edades*, el disco de Porta que más lo conmovía esa semana. La primera página en la que entró para buscar las letras, fue un sitio no oficial que le había recomendado Ulises el año anterior. Empezó a escuchar y a leer “Días Grises”, un tema furioso, contestario, pero que se combinaba con un estribillo melancólico, algo tanguero. Ya repuesto de la repentina interrupción de la siesta, abrió con tranquilidad el Facebook y copió una primera parte del estribillo en su muro: *Días grises cuando vemos todo nublado/ días grises cuando nos sentimos fracasados/ días grises una historia pasa normal/ es levantarse día a día pa ver tu propio final*. Entre paréntesis sumó un mensaje propio: *Este es un tema para los finales*. Después tipeó nuevamente el estribillo y volvió a agregar el mismo paréntesis. Sonrió satisfecho cuando al cabo de unos segundos pudo verificar que Jeni Acosta le había puesto *me gusta*.

Mientras escuchaba “Pese a todo” se metió en un blog en el que publicaban materiales de Akira Grit Akaku, uno de los autores de su animé preferido: *Bakugan Battle Brawles*. Revisó rápidamente los materiales publicados y flasheó con “Tal vez”, un poema escrito por Akaku. Según figuraba en la parte superior, el texto se basaba en una canción de Porta. Volvió a leerlo y publicó una parte en su muro:

Tal vez no exista esa mujer/ con la que yo soñé/ no exista esa persona para compartir/ yo paso cada hora por el cielo/ con la excusa de buscarte/ y así bajarte hasta aquí/ tal vez las cosas no funcionan como yo pensé/ las rosas ya no sirven para comprender/ que sigo siendo el niño enamorado/ de esa chica que he buscado/ y que jamás encontrare...

Cuando estaba próximo a agregar una reflexión entre paréntesis, sin querer apoyó con cierto peso el dedo índice en la tecla

izquierda del mouse y lo publicó. Se desesperó por borrarlo pero al segundo recibió un *me gusta* de Micaela Lerotich, una amiga y reciente novia de su primo; acto seguido tuvo un nuevo comentario: “ay que enamorado si se pudiera saber quien seria” y otro inmediato de Lumi Correa nob: “de una jaja”. No les contestó ni les puso *me gusta*, prefirió esperar otro nuevo comentario mientras cambiaba de video en YouTube y abrió otra página para encontrar la letra de “Entre avenidas y aceras”.

La parte de Lautaro

El primer martes de abril se subió con Marquitos a un colectivo de la línea 110. Tenía puesto una impecable remera blanca con cuello azul, un jean y unas zapatillas de cuero blanco. Lautaro miraba todo a través de la ventana mientras escuchaba dilemas amorosos que compartía su amigo, recientemente separado de su novia. “El otro día vine por acá a vender las revistas. Ni una vendí”, dijo Marquitos en referencia a la revista *El Ángel de Lata*, una publicación de cultura villera que nació en el 2000 a partir de la iniciativa de grupos juveniles como La vagancia y el impulso que le dio Pocho Lepratti y artistas como Tomás Müller, que era el principal ilustrador. En aquellos años logró expandirse y contar con un fuerte reconocimiento social y político. Pibes muy chicos las vendían en el centro de la ciudad y en eventos públicos. Su lema principal era “75 % pa el que trabaja y 25 pa los gastos de impresión”. Pero la experiencia comenzó a decaer fuertemente a medida que avanzó la década y hoy en día se mantiene como un emprendimiento laboral para unos pocos pibes. “Avisame en dónde me tengo que bajar porque yo ni idea”, le dijo Lautaro. “Quedate tranqui, me bajo con vos y te acompaño. La primera es gratis, la segunda vemos”, le respondió

y escupió a través de la ventana. “Callate, de qué te la das ahora, salame”, le dijo Lautaro mientras seguía mirando con interés la fisonomía del microcentro, un territorio prácticamente desconocido para él. “Dejá de fichar mujeres que te va a hacer mal, concéntrate pa el curso”, le dijo Marquitos y agarró la mochila que tenía entre las piernas. Al verlo ponerse de pie, Lautaro hizo lo mismo y se bajaron en Sarmiento y San Juan.

El edificio del Sindicato de Pasteleros tiene una arquitectura moderna, que combina hierro con grandes superficies de vidrio que permiten el ingreso de luz natural. Lautaro llegó al segundo piso y se encontró con tres mujeres de unos cincuenta años sentadas en unos sillones. “Hola”, vociferó y les consultó si sabían en dónde se realizaría el curso de pizzas. Las mujeres le recomendaron que hablara con un hombre alto, de pelo lacio, rubio, que fumaba apoyado contra una puerta de madera lustrada. Se acercó y tímidamente le consultó por el curso. El hombre le preguntó el apellido. “Lautaro Valdivia”, le respondió tratando de encontrarse en la lista que tenía en la mano. El profesor chequeó su nombre y le dio la bienvenida. “Ahora cuando terminen de llegar los que faltan, empezamos”, agregó y le propuso que recorriera las instalaciones, incluida la cocina que estaba al final del pasillo.

Caminó hasta allí y miró con detenimiento cada máquina y los utensilios, todos ordenados y muy pulcros. Se lo notaba más suelto, aunque todavía sentía una leve puntada en la boca del estómago. “Bueno, vamos para la sala”, escuchó que decía el profesor con la planilla en la mano y las dos hojas de la puerta abiertas de par en par. Lautaro apuró el paso, se metió en la sala y se sentó muy cerca de un pibe de unos veinticinco años, que había llegado hacía unos minutos junto a un personal penitenciario. Al final de la clase supo que Esteban estaba cumpliendo los últimos años de su condena en la Unidad 3.

La voz ronca de Adrián lo cautivó de inmediato, lo mismo que sus bromas recurrentes y el cronograma de actividades. “Ojalá que no haya que escribir”, se dijo a medida que pasaban los minutos y ya se imaginaba con el delantal blanco preparando la masa para una pizza. Cuando llegó el turno de las presentaciones, dudó sobre qué debía destacar de su vida: ¿La escuela de la mañana? ¿Los talleres de oficio de la noche en Ludueña? ¿Su edad? ¿Fecha de nacimiento? ¿Animarse a decir que era hincha fanático de Central? ¿Los integrantes de su familia? En medio de esos dilemas vio que el profesor lo señalaba. Sin poder evitarlo, levantó la mano como si estuviera en la escuela, y habló: “Yo me llamo Lautaro Valdivia... Estudio en la escuela San Juan Diego y a la noche en una en Ludueña, ahí hago un taller de electricidad. Tengo dieciocho años y...soy... hincha... soy de Central”. “No hace falta remarcar los defectos, es la primera clase”, le respondió el profesor y Lautaro se puso colorado al escuchar las risas de sus compañeros. Una vez que terminaron las presentaciones, Adrián les propuso recorrer la cocina porque no todos habían podido hacerlo antes de la clase.

Cuando salió del sindicato, encontró a Marquitos sentado en el umbral de una casa. Antes le había escrito para decirle que ya estaba por terminar la clase. “¿Qué tal eso?”, le preguntó después de saludarlo. “De primera”, le respondió mientras caminaban por Maipú hacia Córdoba. “El profe era árbitro, pero reprofesional el loco, contó un par de cosas que le pasaron en la cancha muy copadas, conoce a bastantes jugadores”, le contó mientras miraban vidrieras de ropa deportiva y casas de electrodomésticos. “Era botón el viejo, cualquiera”, lo chicaneó Marquitos antes de llegar a Entre Ríos. “Callate, qué sabés vos, dejá de boquiar”, le respondió feliz de caminar por el centro junto a su amigo.

La parte de Aaron

El Mono llegó agitado a la puerta de la casa sosteniendo con mucho esfuerzo una lechuza con las alas extendidas. El animal se encontraba tan tenso que de golpe largó un chillido espantoso. Unos rasguños menores y unas gotitas de sangre ya se visualizaban en su antebrazo derecho por los picotazos que le fue dando durante la caminata desde el Parque de la Independencia. “¿Qué hacés con ese bicho asqueroso?”, le gritó la abuela desde la puerta de la vivienda que estaba justo enfrente de la casa en la que vivía con su hermano Aaron y Sandra. El Mono sonrió y le respondió: “Es mi nueva mascota, abuela, la cacé recién”. Algunos vecinos se acercaron curiosos para contemplar de cerca la mirada gélida de la lechuza. Sandra salió a la calle fumando un cigarrillo. El Mono le pidió que le alcanzara un hilo que estaba en un mueble en el comedor porque le estaba picando como la mierda. Sandra miró perpleja sin poder creer las dimensiones que tenía la lechuza con las alas desplegadas. Cuando se lo trajo, el Mono aprisionó al animal entre sus piernas y le ató el pico. La lechuza intentó sus últimas resistencias hasta que, ya exhausta y desorientada, se rindió.

Una hora más tarde se acercó un muchacho en moto y le preguntó en dónde la había conseguido. “Si la vendés, te la compro al toque”, agregó. “Si tenés plata, te la vendo, mas vale”, le respondió y se puso de pie levantando la caja en la que la había puesto. “¿Cuánto?”. “Si tenés cincuenta, la hacemos”. La transacción fue un éxito, solo que cuando el muchacho se bajó para acomodar la caja, se acercaron tres vecinos y le exigieron, mostrándole una faca, que les pasara la billetera. El Mono se alejó a paso rápido.

Sandra terminó de relatar la escena y se rió achinando los ojos. Aaron también largó una carcajada y aplaudió con ganas. “Es una ladilla, todo para comprarse algo para comer, no para nunca de

morfar este pibe, yo nunca vi un pendejo que quiera comer todo el día. A la mañana se va con los evangelistas porque sabe que le dan el desayuno, porque donde se entera que dan algo para comer, va para allá; después va a otra iglesia y si hace falta rezar, te va a rezar con total de que le den algo”, dijo Sandra y todos nos reímos.

La historia de Aaron la conocimos el día siguiente del segundo ataque. Nos habían llamado Gabriel y Georgina, ambos integrantes del Bodegón Cultural Casa de Pocho, el colectivo en el que se convirtió el grupo juvenil La vagancia después del asesinato de Lepretti, porque necesitaban colaboración para organizar una conferencia de prensa. Hasta ese momento no sabíamos que Georgina era la prima hermana de Aaron. Meses más tarde, entrevistamos a ella y a Sandra para un documental sobre los graves conflictos sociales que estaban aconteciendo en Rosario en los últimos años. Allí compartieron la historia de Aaron, quien todavía luchaba por recuperarse de los severos daños sufridos en el abdomen y la pierna derecha. El proyecto lo encabezó el Club de Investigaciones Urbanas, la revista *Crisis* y Martín Céspedes, un director de cine de Buenos Aires. A partir de esa entrevista nos fuimos involucrando en forma incipiente en la búsqueda de una institución que pudiera recibirlo una vez que tuviera el alta médica.

Aquella tarde, cuando llegamos al Hospital Carrasco con Marilé y Salvador, dos compañeros del Club de Investigaciones Urbanas, Aaron estaba sentado en un banco de piedra junto a Sandra y Georgina. Era nuestra primera visita. Aaron tenía puesto un pantalón de gimnasia, una remera negra con una campera de Central, y una gorra roja. A su lado se encontraban las muletas con las que se desplazaba cada vez con mayor agilidad, aun cuando no podía apoyar la pierna derecha, visiblemente más flaca y débil. Se lo notaba de buen humor, combinando momentos de timidez extrema, en los que se bajaba la visera de la gorra para taparse el

rostro, con pasajes en los que demostraba ser un tremendo pillo. Apenas lo vi me impactó ese aspecto tan adolescente, en algún punto ingenuo y lejano a ese mundo de transeros y soldaditos que habían atentado dos veces contra su vida. “No me compraste la *Nike Air Max*, alta chamuyera fuiste”, le reprochó a su prima después de escuchar la anécdota de su hermano y la lechuza. “A vos no te compro más nada, para qué las querés, para hacerte el alto choro con esas llantas, mirá cómo estás, nene, dejame de joder”, le respondió Georgina y Aaron hizo una mueca de disgusto. En ese momento, Salvador, el fotógrafo del grupo, se puso de pie y le propuso que empezaran. Aaron se bajó la vicera y no contestó. “Dale, para qué dijiste que querías sacarte unas fotos, no te hagás el tímido ahora. Los chicos vinieron porque yo les pedí que nos dieran una mano”, le reprochó Georgina. “Sí, dale, dale, vení”, arremetió Salvador y logró que se pusiera de pie. A partir de ese momento empezó una secuencia de fotografías tomadas en diferentes sectores del elegante patio del Hospital Carrasco: primeros planos a su rostro, planos generales mientras se desplazaba de espaldas caminando por el pasillo central, nuevos primeros planos a su rostro sonriente, más planos generales mientras caminaba, secuencias junto a Sandra y Georgina, otras sentado en el banco de piedra tomando mate, otras tapándose el rostro con la gorra, algunas en la puerta de su habitación con la médica que lo atendía, varias con una pibita que le gustaba y que estaba ahí para hacerse diálisis. “Dale, loco, dale, sacame acá, sacame acá”, le indicaba a Salvador que lo seguía con entusiasmo. Durante diez minutos, Aaron se mostró exultante mientras seguíamos sus movimientos. “Es medio careta el pendejo”, dijo Sandra antes de que terminara.

Cuando volvió a sentarse, conversamos sobre las alternativas posibles para su externación. “Los de la Dirección Provincial de Niñez no nos dan mucha bola pero nosotras los llamamos igual

y les pedimos explicaciones. Ellos quieren mandarlo a la misma granja de rehabilitación de la otra vez pero él no quiere y nosotras menos”, dijo Georgina refiriéndose al precario lugar de internación al que lo habían derivado después del primer ataque. “Si ni agua caliente tenía, aparte eran todos viejos chotos los que estaban ahí y los días de lluvia se inundaba hasta el ojete”, dijo Sandra exhalando el humo del cigarrillo y agregó: “Vane me dijo que ustedes se comunicaron con los de Sedronar pero este no quiere irse para Buenos Aires y yo tampoco tengo una moneda para ir a visitarlo”. “Aparte los médicos quieren que esté cerca de Rosario porque va a tener que hacerse controles permanentes después del alta”, aclaró Georgina.

Mientras conversábamos, Aaron fumaba en silencio. A veces negaba o afirmaba con la cabeza, pero en ningún momento compartió sus pareceres. Parecía perdido en pensamientos y dilemas propios, seguramente lejanos a los que compartíamos ese miércoles de sol mientras veíamos circular pacientes y médicos de un pabellón a otro.

La parte de Ulises

En el corto trayecto que separaba el Centro de la Juventud del rectángulo de pasto que elegimos para sentarnos, le pasé la agenda azul y unas hojas tipeadas con los nuevos poemas que habíamos seleccionado con Patricia. Recién había salido de su clase de tango. Era el cuarto taller en simultáneo –breakdance, capoeira, acrobacia– que iniciaba en el año. Me comentó un largo rato, con los ojos chispeantes de emoción, los avances que estaba logrando en breakdance y en acrobacia; también me relató una serie de encuentros en la escalinata del Parque de España con amigos que

se había hecho en los talleres. Después abrió la agenda y revisó las hojas en las que había escrito las últimas poesías. “Mirá que las que elegimos están en las hojas impresas”, le aclaré. “Ya sé pero quería leer una que escribí con ustedes en la clase”, me respondió mientras pasaba las hojas rápido, se detenía apenas unos segundos, y volvía a avanzar moviendo los dedos morochos y largos. Finalmente se detuvo en un poema que tenía varias tachaduras en birome. A medida que lo leía vociferaba la letra y movía los hombros como si tuviera los auriculares puestos.

Los diez kilos que había adelgazado le destacaban los hombros y el cuello largo y fibroso. La próxima media hora nos dedicamos a charlar sobre las poesías seleccionadas. Ulises me contó que estaba pudiendo escribir a la noche. “Durante el día no tengo nada de tiempo, estoy con muchas cosas: los talleres acá en el centro, la escuela a la mañana, el taller de electricidad a la noche”, me dijo y me pasó una hoja para que leyera en voz alta una de las canciones nuevas:

*Soy distinto a ti en todos los aspectos
primero porque hasta la muerte yo soy rapero,
no me vale lo que de mí estés pensando,
vos y tus decepciones me chupan un huevo.*

*No entiendo por qué vienes a mí a amenazarme
si tienes que esforzarte para poder superarme
no te tengo miedo, aunque quieras pegarme
cruzarme solo con tus amigos y darme
una paliza hasta agotarte.*

*Sé que paseás solo por el parque,
estaré esperando para demostrarte*

*que para hacerme el malo
no me hace falta demostrarle a nadie.*

Terminé de leerlo y le pregunté si efectivamente le pasaba algo así con algún pibe o si se lo había inventado. Me miró divertido y se quedó en silencio. Lo contemplé a la espera de una respuesta pero se puso a revisar otra poesía.

A medida que nos fuimos involucrando con Ulises y Ariel II, pudimos reconocer en ellos figuras juveniles poco destacadas aunque cada vez más extendidas en los barrios populares. La literatura de no-ficción, la universidad, el periodismo, se ocupan con obsesión de los jóvenes que delinquen o matan, pero se interesan poco o directamente no registran a este tipo de pibes que son la contracara simétrica de un mismo proceso social. Ellos padecen un control muy férreo, asfixiante, de sus familias, especialmente de las madres, al tiempo que viven con mucho temor corporal las dinámicas más violentas que rigen las zonas en las que construyen sus vidas. El aburrimiento es una constante para cualquier joven aunque con mayor intensidad para los que pasan los días en el interior de los hogares o en espacios institucionalizados: escuelas, talleres de arte o de oficios (estatales o comunitarios), colonias de vacaciones, y en clubes cercanos a sus domicilios. Sus madres funcionan como sombras agobiantes aunque también habilitantes, que los acompañan y por momentos persiguen con dedicación a costa de un gran esfuerzo físico y emocional. Ellas son las que aprueban o niegan los movimientos que sus hijos les tienen que informar cotidianamente. Con Patricia los llamábamos *los aniñados*. La dependencia del mundo adulto por momentos les restaba ciertos recursos básicos para manejarse en forma autónoma en las calles. De hecho, en los últimos años empezaron a conocerse ciertas patologías específicas del encierro, principalmente ligadas

a la obesidad y los ataques de ansiedad. Si para un *aniñado* las instituciones representan la vía obligada para poder encontrarse con amigos y, fundamentalmente, evadirse del asedio ejercido por sus familias, en el caso de los pibes que caminan solos o en banda representan un mínimo de organización y amparo bajo techo en el marco de vidas que construyen en las calles.

Esa tarde, después de su clase de tango, seguimos revisando los poemas. Nunca lo había visto tan lleno de entusiasmo y energía. “Este quedó re cortito, medio cualquiera, no sé qué quise decir”, me aclaró y leyó los dos versos en voz alta:

*Estar solo es aprender
que aunque no quieras te toca perder.*

“El resto de la poesía no nos gustó tanto pero ese principio está bueno como para seguirlo”, le dije con la mirada puesta en la hoja. Ulises asintió y volvió a preguntarme por la fecha de cierre del concurso. “Me tengo que poner mucho más, si no, no creo que llegue”, agregó y me leyó divertido una poesía que no recordaba haberla escrito.

Antes de irnos me dijo que había vuelto a hablar con el compañero que trabajaba en el búnker y había vuelto a negar que lo había visto. “Él le hizo una promesa a su abuela que iba a terminar la secundaria sí o sí, por eso se pone las pilas y se saca buenas notas. Pero anda re bien con la plata, se da la gran vida, anda con un celular de 4000 pesos, tiene moto, ropa de marca, zapatillas, no es como nosotros, tiene plata todo el tiempo en el bolsillo, toda la electrónica; por ahí alguna Coca se compra pero es medio rata el guacho”, me explicó después de guardar las hojas con las poesías elegidas.

La parte de Cache

El día que Brian *Cache* Saucedo recibió de regalo la moto Appia 150, negra con trazos blancos, sintió que su vida estaba cambiando. Raquel Vera, su madre, le aclaró que tuviera cuidado porque así como se la regalaba era capaz de sacársela si se enteraba que la usaba para actividades que lo pusieran en peligro. Cache sonrió agradecido y le dijo que se quedara tranquila; después la puso en marcha y salió a toda velocidad por Tupac Amaru. Raquel se quedó de pie en la puerta escuchando con felicidad el rugido del caño de escape, sin siquiera imaginarse los episodios que sucederían poco tiempo después.

Una noche Cache y un compañero cometieron un nuevo asalto. Esa vez arrebataron una cartera en la calle. El trabajo salió bien pero cuando su compañero subió a la moto y le gritó que arrancara, escucharon la sirena de un móvil policial. Cache metió los cambios con habilidad y aceleró dirigiéndose hacia la zona en la que vivía en Ludueña. El móvil de la comisaría 12 no solo los tenía identificados sino que se les acercaba cada vez más a medida que pasaban las cuadras. Ya cerca del barrio, a la altura de las vías del exferrocarril Mitre, tuvo que bajar la velocidad y recibió un topetazo certero del móvil. La Appia 150 avanzó unos pasos erráticos, zigzagueantes, hasta que cayó. Cache y su compañero padecieron el impacto contra el asfalto pero lograron ponerse de pie y se perdieron en los pasillos del asentamiento. Los efectivos corrieron unos metros entre las vías pero no pudieron divisarlos. Cache había saltado una tapia y se había escondido en una vivienda. Los uniformados no insistieron con preguntas a los vecinos ni requisaron ninguna casa. Ya tenían un señuelo infalible: la reluciente Appia 150.

“Pero vos sos boludo, yo qué te dije, sabés lo que salió esa moto, vos sabés lo que costó, ahora la perdimos, a vos qué te pasa,

o te creés que te la van a devolver así como así”, le gritó Raquel a su hijo. Cache se acariciaba las raspaduras sangrantes que tenía en el antebrazo y la pierna derecha. “No, mami, no pasa nada, andá a buscarla, no se la vamos a dejar a esos hijos de mil puta, la van a revender, si vos sos la dueña, decí que te la robaron”. “Pero vos te creés que ellos no nos conocen, qué les voy a decir, prefiero perder la moto que meterme en la 12”. “Y qué tiene que ver. Andá para allá que te la tienen que dar porque los papeles son tuyos”, le insistió antes de salir de la casa.

Horas después, cerca de la medianoche, Raquel tomó valor, pasó a buscar a su cuñada y se dirigió a la comisaría. Cuando entró, la recibió un suboficial alto y calvo, que las hizo pasar y les pidió que esperaran unos instantes. Raquel declaró que la moto era de su propiedad y que se la habían sustraído sin su consentimiento. El uniformado se pasó la mano grande y regordeta para alisarse el pelo y le preguntó: “¿Dónde está tu hijo? No me vengás con giladas porque yo te conozco a vos y a él”, le respondió sin levantar el tono. A Raquel le transpiraban las manos. “Yo no sé lo que hace mi hijo pero esa moto está a mi nombre y no se la pueden quedar”, se sinceró. “Adrián, ingresá los datos de la señora y la acompañante porque se quedan adentro por falso testimonio y encubrimiento”, le ordenó a su compañero antes de perderse en una oficina. Después de tomarle los datos, el suboficial alto y calvo habló sin vueltas: “A ver si entendés cómo viene la mano. O conseguimos cinco lucas o armamos la causa y la presentamos en Tribunales mañana a primera hora”. Raquel y su cuñada se quedaron rígidas en sus sillas. Fue la cuñada quien tomó la palabra: “Pero de dónde querés que saquemos esa plata si no la tenemos”. El suboficial sonrió con sarcasmo y salió a la calle a fumar un cigarrillo. Antes de cruzar la puerta, les advirtió: “Piénsenlo bien porque hoy estamos con poca paciencia”.

Pasadas dos horas, se les acercó un cabo y volvió a la carga: “Ustedes ya saben, si quieren salir ahora, traigan tres mil y nosotros nos olvidamos, pero traigan la guita porque si no mañana tempranito se van derecho a Tribunales”. Ya harta de la espera y con miedo, Raquel pidió tiempo para conseguir la plata. Al menos, pensó, habían disminuido las exigencias económicas. “Te damos una hora. Salís vos sola, esta se queda acá”, le respondió ante la mirada atónita de la cuñada.

Cuando volvió a su casa, se encontró con Cache: “¡Mirá el quilombo en el que me metiste, si te dije que no tenía que ir, ahora me quieren dejar adentro a mí y a tu tía por encubrimiento, tres mil me pidieron!”, le gritó. Las horas siguientes fueron extenuantes: Raquel recurriendo a amigos y familiares para conseguir la cifra requerida. Apenas la tuvo, furiosa por la súbita deuda acumulada, caminó rápido hasta la comisaría y le entregó la plata al oficial. “Ella se viene conmigo”, le aclaró mientras un cabo contaba y guardaba el dinero. “Listo, tómensela, pero que aparezca tu hijo”, les dijo en la puerta. “¿Y la moto? ¿Me la puedo llevar?”. “No, por ahora se queda acá. Pasate mañana y vemos cómo arreglamos ese tema”, le respondió y cerró con un golpe seco.

Al otro día, Raquel se encontró con su hermano y le relató lo ocurrido. “Me van a pedir más plata por la moto y no tengo un peso, si me endeudé con medio mundo. Tres mil tuve que ponerles”, le aclaró. Su hermano la tranquilizó y le dijo que fueran juntos a la 12. Una vez allí, le pidió que esperara en la puerta porque tenía que hablar a solas con el comisario. Raquel conocía, al menos en parte, los fluidos contactos de su hermano. Un rato después se asomó y le hizo señas para que entrara. Sin entender lo que había ocurrido, obedeció a su hermano y firmó unos papeles. Antes de devolverle la moto, vio que le tomaban varias fotografías con una cámara digital.

Después de barajar algunas alternativas, decidieron que momentáneamente la moto quedaría en la casa de una sobrina que vivía en Ludueña. Apenas tuvieran tiempo la trasladarían a la casa de un hermano en Soldini, una pequeña localidad ubicada en el sudoeste de Rosario, a modo de resguardo pero principalmente para castigar a Cache.

Los días posteriores, sin embargo, lejos estuvieron de la tranquilidad. Raquel empezó a padecer violentos operativos policiales llevados a cabo por integrantes de la comisaría 14, en compañía de las Tropas de Operaciones Especiales. Durante uno de los allanamientos, después de revolver la casa, encontraron las herramientas que utilizaba Cache para el carro con el que salía a cartonear y los papeles de la moto. De ahí en más los aprietes se tornaron cada vez más feroces. “¿Dónde la escondieron? ¿Dónde mierda está? Nosotros sabemos que el hijo de puta de Cache sale a chorear con esa moto”, le insistieron a los gritos después de poner al resto de sus hijos boca a bajo contra el piso. “Dale, dale, o aparece o van todos presos”, repetía un cabo. Cuando comprobó que no se irían, Raquel les pidió que la acompañaran a la casa de su sobrina. “Yo voy con ella, vos quedate con los pibes porque acá no se mueve nadie hasta que aparezca la moto”, le dijo el oficial a su compañero.

Ya en poder de los efectivos, la Appia 150 fue trasladada a la comisaría 14. También se llevaron a Raquel y a dos de sus hijos. Los liberaron horas después, cuando intervino un abogado oficial. Días más tarde, Raquel se presentó ante el comisario para reclamar la devolución de la moto. “Así que ahora querés la Appia. Mirá qué bien. Ella quiere lo suyo. ¿Querés algo más? ¿Un café? Vos pedí que nosotros te lo damos. No, flaca, olvidate de esa moto, la perdiste. ¿Para qué la querés? ¿Para que tu hijo salga a chorear con los negros de mierda de sus amigos?”, le respondió el

comisario con los puños cerrados apoyados contra la mesa. “Entonces voy a venir con el abogado”, le advirtió decidida. “Decile que te ayude porque vas a tener que explicar por qué había un motor de una moto robada en la puerta de tu casa. ¿Entendiste o no te da para tanto?”, le gritó. “Eso es mentira, no es así, en mi casa no encontraron nada”, le respondió y salió rápido.

Recién siete meses más tarde, tras fatigosas presentaciones hechas por un abogado, lograría sacarla del corralón y vendérsela a su concuñado. Hacia finales de agosto, sin embargo, Cache cayó nuevamente por un robo menor en la calle. En esa ocasión le confiscaron otra moto, propiedad de su abuelo. Hasta la fecha nunca la recuperaron.

La parte de Aaron

Pasó la primera foto: un plano medio corto en el que se lo observaba de pie, serio, desafiante, mirando a cámara con la gorra roja y un logo negro. Salvador estaba a su lado tratando de descifrar si le había gustado. Marilé y yo contemplábamos la escena a unos pasos. Segunda fotografía: otro plano medio corto en el que se lo veía junto a Georgina y Sandra. Sonreía con la boca abierta, dejando entrever la separación de las dos paletas; Georgina también se reía aunque con menos intensidad que su primo y Sandra parecía enceguecida por el sol porque miraba a cámara con los ojos entrecerrados. Aaron pasó a la tercera sin hacer una mínima mención. “¿Te gustan? Decí algo, nene, por lo menos agradecé”, le dijo Georgina pero él se quedó en silencio, con la vista puesta en la tercera fotografía: se la veía a Sandra tomando mate en el piso y a su izquierda, contra la pared del pabellón de internación, se encontraba Aaron sentado en un banco con un cigarrillo en la

mano y las muletas apoyadas a ambos lados. Era la única fotografía impresa en blanco y negro. Tal vez por eso parecía más lúgubre. En la cuarta se lo veía en primer plano junto a una enfermera joven; los dos estaban sonriendo pero ella miraba a cámara y Aaron hacia un fuera de foco en el margen derecho. “Che, ¿no vas a agradecer?”, insistió Georgina pero pasó a la próxima fotografía con el mismo rictus imperturbable.

Se quedó unos segundos mirando las últimas fotografías y cerró el álbum en silencio. El momento era incómodo. Temíamos que hubiera ocurrido algo pero no nos atrevíamos a preguntar nada. Fue Sandra la que rápidamente aclaró la situación. “Ayer se le abrió la panza mientras hacía ejercicios en la bicicleta. Por eso está mal. El boludo del kinesiólogo le debe haber puesto más peso y se le abrieron varios puntos. Retrocedimos una banda con esto que pasó”. Aaron no habló ni gesticuló, apenas que tiraba el humo del cigarrillo después de cada pitada. Ninguno de nosotros supo qué decirle. “Ya pensábamos que le daban el alta en unos meses y ahora todo se retrasa mucho, capaz que tiene que quedarse hasta fin de año, incluido el verano”, agregó Georgina mientras revisaba el álbum. Salvador le preguntó que había dicho el médico. “Nada, qué va a decir, que retrocedimos bastante, porque ahora hay que esperar que le cicatrice de nuevo lo que se abrió”, le respondió Sandra mientras preparaba el mate. “Me duele la cintura, estos bancos de mierda”, se quejó Aaron y sacudió la cabeza remarcando su fastidio. “¿Querés que te traiga una almohada de la pieza?”, le preguntó Georgina. “Aguantá que tengo que tirar una bolsa que le cambié esta mañana y no quiero que me caguen a pedos las enfermeras”, dijo Sandra y se puso de pie. “Yo te acompaño”, le dije y caminé con ella hacia el pabellón.

Cuando estábamos saliendo con la almohada, Sandra se detuvo a conversar con la médica que estaba en una de las fotos. “Acá

tenés una faja nueva, yo hoy voy a comprar dos más pero bajo el compromiso que vos te hagas cargo de tenerlas limpias porque nosotros no vamos a limpiarlas, desde ya te lo aviso”, le dijo con un tono pedagógico. “Si yo siempre las lavo, no pasa nada, ya teniendo varias fajas me arreglo bien”, le respondió y la putió por lo bajo.

“Es duro, yo lo veo a él que por momentos se cae, le agarra angustia, se calienta, contesta mal. Y a mí se me complica porque él me llama todo el tiempo, quiere que esté, no quiere que venga otra persona. Esta vez es por la panza pero a veces se levanta re angustiado porque tuvo una pesadilla”, me dijo cuando ya estábamos a unos pasos del banco en el que se encontraban Aaron y Salvador. Marilé y Georgina estaban sentadas en el piso. Me acerqué a Aaron y le pedí que se levantara un poco para acomodarle la almohada. “El lunes me llamaron del Sedronar. Me dijeron que hablaron con un centro de rehabilitación en Cañada de Gómez, pero la entrevista la tiene que organizar la Dirección Provincial de Niñez porque Aaron es menor de edad”, dijo Georgina. “Hay que apretarlos entonces porque si no, ni mueven el orto”, le contestó Sandra y se extrañó que no hubiera llegado el Mono: “¿Adónde estará el pendejo? La otra vez andaba queriendo subirse a los árboles para cazar pajaritos acá en el patio. Los médicos se cagaban de risa”, contó Sandra. “El Mono es un chico re sensible, no dice nada pero sufre muchísimo con todo esto”, dijo Georgina. “Cuando recién lo habían internado a él, una noche volví a mi casa y entré a fumar un pucho atrás de otro, hasta que el pendejo se me acercó y me dijo: ‘Mejor andate a dormir, mamá’. Vos sabés que no se movió hasta que terminé el cigarro y me llevó a acostar a la cama. ¡Se re puso la gorra el pendejo!”, dijo Sandra y todos nos reímos, incluido Aaron que aplaudió mientras negaba con la cabeza.

La parte de Ulises

No transpiraba tanto como cuando ensayaba breakdance en su habitación, abrigado como si estuviera en Tierra del Fuego, pero cada vez que se movía se le erizaba el cuerpo flaco y enérgico. Durante alrededor de una hora se concentraba con obsesión en los movimientos demostrativos de Zeta, su profesor, y también en los de sus compañeros cuando daban un paso adelante y quedaban solos en medio del círculo con la misión de improvisar movimientos acrobáticos. Ya cuando le tocaba moverse delante de los otros, tenía su pico máximo de excitación y ahí sí, de manera irremediable, se empapaba de sudor la cara, los sobacos y particularmente la espalda a la altura de los omóplatos. Una tarde tuvo que pedirle prestada una remera a Alan porque la suya estaba tan mojada que le daba frío. Daniel era el que desplegaba los movimientos más minimalistas pero también los más inquietantes, mayormente con la cabeza y los hombros; lo mismo que Alan, quien tenía dificultades para moverse pero conmovía con su entrega y perseverancia. Ulises era el que metía más piernas y brazos, y con el tiempo miradas y poses estrambóticas. Su modelo era una compañera. En los viajes de vuelta al barrio solía repetir que sus movimientos eran “perfectos y maravillosos”. Cuando practicaba en su casa pensaba en ella y en una posible coreografía conjunta. Había tardes que la aplaudía hasta que le ardían las manos mientras ella ocupaba el centro de la escena y sacudía el cuerpo esbelto al compás de la música y los gritos de sus compañeros. Los tres vibraban como nunca cuando Zeta, en una pausa de su rol docente, quizás harto de cotejar al resto y de darle indicaciones, se largaba a bailar solo, ensayando pasos arriesgados, casi suicidas para los que lo observaban desde cerca y rogaban llegar alguna vez a semejante nivel.

Los tres bailaban breakdance en el taller pero también mientras caminaban a sus casas después de bajar del colectivo desde el centro o en los recreos en la escuela. A veces eran tanta la excitación acumulada que les costaba dormirse a la espera de una nueva jornada de ensayo, por lo que movían las piernas entre las sábanas y las colchas.

La parte de Aaron

El Instituto de Lucha Antipoliomilítica y Rehabilitación del Lisiado (ILAR) se encuentra en un edificio viejo, señorial, de dos plantas, con sus interiores completamente remodelados y relucientes. Una tarde de viernes me dirigí a la biblioteca para encontrarme con el director del área de investigaciones. Después de repasar algunos pormenores de su dilatada trayectoria, le consulté si contaban con estadísticas sobre la cantidad de personas que ingresaban con secuelas graves por ataques armados. Gustavo sonrió pero no me contestó. “¿No llegan este tipo de casos?”, me adelanté. “Sí, es así, cada vez son más los casos de este tipo. El problema está en los registros. La nomenclatura para los casos que estás buscando es HAF: Herido de Arma de Fuego. Pero los casos que llegan acá no entran como HAF sino que directamente se los ingresa a partir de la secuela que tiene el paciente, generalmente como lesión medular. Después sí, ya cuando vos lees la historia clínica, consta que le metieron un balazo en la cintura. Pero hay un vacío grande ahí que no permite tener estadísticas precisas”, me explicó mientras abrió su computadora para enviarme una tesis de una alumna sobre este tipo de tratamientos. “La otra vez escuchaba a dos pibas en una de las salas de kinesiología que está justo allá arriba. Si vos te fijás en ese vértice (me señaló un rincón arriba de

una biblioteca cubierta de libros de kinesiología), hay un ventiluz que mira justo a esa sala. Se escucha todo. Yo sabía que había dos mujeres que son parejas de narcotraficantes. La cuestión es que en un momento empezaron con la cumbia a todo lo que da con los celulares. Yo no podía ni trabajar. Esperé un rato y como seguían, me fui al primer piso y les pedí, con el mejor tono posible, si podían bajar un poco la música. A las minas no les hizo mucha gracia pero la bajaron. Cuando vuelvo acá, no habrán pasado diez minutos que empezaron con la cumbia a todo trapo de nuevo. Ahí ya medio que agarré para la mierda, subí de nuevo y les digo: No, chicas, me disculpan pero esto es un instituto de rehabilitación, tienen que parar con la música, acá tenemos personas con problemas auditivos, me hacen el favor de bajar el volumen. Las dos pibas me miraron y una de ellas me grita: ‘Pero por qué no me chupás la concha, viejo pelotudo, no bajo una mierda’. Lo que te quiero decir es que cambió mucho la cosa”, me dijo tras una carcajada y se playó largamente sobre la multiplicación de los heridos de arma de fuego en los últimos años.

A partir de ese día, comencé a visitar el ILAR con cierta regularidad. En los encuentros solía recorrer la institución para hablar con el resto de los profesionales. Una de esas mañanas mantuve una reunión breve con Valeria, la médica que había escrito la tesis que me había enviado el director de Investigaciones. “Hasta hace un tiempo la mayor parte de los casos con lesiones medulares se debían a accidentes de tránsito o zambullidas, pero desde el 2007 hasta la actualidad esa tendencia se revirtió totalmente y hoy la enorme mayoría de los casos son por HAF. Te digo más: cada vez son más chicos los que ingresan por lesiones medulares a causa de tiros o, en menor medida, por heridas de arma blanca”, me explicó. Cuando estaba por hacerle una pregunta, agregó: “La zambullida y el accidente de tránsito te producen aparte de la

lesión medular una lesión en la columna, en la parte ósea, que es lo que contiene a la médula. Lesiona en el continente y en el contenido. La HAF produce una lesión directa en el contenido, que es la médula. Porque cuando la bala entra en el organismo, el tejido nervioso de la médula absorbe la energía cinética y ahí se produce la lesión. Eso hace que no tengas una lesión ósea asociada. Por lo tanto, son columnas estables que no requieren operación porque el daño está en su interior”.

Un rato más tarde, Gustavo me propuso ir al gimnasio para charlar con dos kinesiólogos. Después de las presentaciones, les hablé de Aaron y les consulté por sus secuelas físicas. “Mirá, ahí tenés a Rami, César, Damián, esos tres entraron por disparos en la médula”, me dijo señalando a unos pibes que se desplazaban en sillas de rueda girando en círculo por el gimnasio. “No sé bien qué le habrá afectado a Aaron, pero si es una lesión muy severa en la médula te deja con problemas que son en líneas generales los peores. Imaginate vos que tu esfínter anal no te funciona y todo el tiempo te estás cagando o no podés orinar porque tu esfínter vesical está siempre cerrado y entonces te tienen que poner una sonda para sacar la orina. Otra posibilidad es que te quede siempre abierto y estás siempre húmedo. Esas son consecuencias genito urinarias, lesiones de los esfínteres de contención. Encima en el varón, en esa zona que es la S2, la sacra baja, y la S4, están los controles de la erección. O sea, que si te lesionan justo ese nervio, por más que la erección tenga un componente emocional y otro biológico, ya no va a ser lo mismo. No por nada tiran a esa zona”, me explicó Adrián. Gonzalo, su compañero, tomó la palabra: “La médula es un órgano noble, muy sensible, el espacio que tenés en la columna a nivel dorsal se achica. Si te entra una bala te lo rompe en cincuenta mil pedazos. A nivel lumbar es un poco más grande. El problema es que a nivel cervical si entró por encima de

la vértebra cervical cuarta, puede tocar el nervio frénico, un nervio que baja y va al diafragma, que es el tejido músculotendinoso clave para la respiración, y ya te quedás con un respirador toda tu vida”. “De ahí para abajo todas las raíces nerviosas que le van a dar órdenes a los brazos, al abdomen, a los miembros, pasan todas por el nivel cervical C5, C6, C7, C8 y salen por el nivel lumbar. Es decir, yo te pego un tiro acá (me señaló la parte superior de su médula) y te reviento abajo. Fijate lo que contás de Aaron, le pegan un tipo en el abdomen y le afecta una pierna”, completó Adrián después de chupar la bombilla del mate y dejarlo sobre el escritorio. “Si te pegan abajo te produce paraplejía, si te pegan en la dorsal alta y cervicales es cuadriplejía porque afecta a los cuatro miembros. Todos estos casos nos entran como lesión medular. Ahora, si después al tipo le metieron un tiro, si es choro o lo que sea, a mí no me importa, eso no lo puedo cambiar, pero puedo mejorar su situación física”, aclaró Gonzalo.

La multiplicación de heridos de armas de fuego deja al descubierto, aún más incluso que los asesinatos, un lenguaje propio de la violencia que va configurando las relaciones sociales. Cuando jóvenes como Aaron quedan vivos pero con graves secuelas físicas, se pone en escena un eficaz intento por transformar esa invalidez en un signo comunicacional para todos aquellos que se atrevan a desafiar o tan solo a cuestionar los códigos imperantes. Se trata de un lenguaje comprensible para los diferentes actores que protagonizan esas economías, aunque cada vez más oscuro para el resto de una sociedad que únicamente puede traducirlo como espectacularizadas y fragmentadas noticias de la sección policiales.

Los ataques perpetrados por bandas organizadas no son la única causa del brutal aumento de la tasa de homicidios y de los heridos en el departamento Rosario. Los estallidos que derivan en enfrentamientos entre personas no ligadas al mundo delictivo

provocan masivos asesinatos y secuelas graves. Según estadísticas elaboradas por el Ministerio de Seguridad de la provincia de Santa Fe, sin embargo, estos diferentes tipos de violencias convergen en un mismo territorio: el cuerpo de los jóvenes pobres. En el 2012, el 77 % de los asesinatos ocurridos en el departamento Rosario afectó a varones menores de 35 años, en el 2013 al 64 % de esa misma población, y en el 2014 al 70 %. Si le sumamos estadísticas similares sobre los heridos con armas de fuego, comprendemos que ese cuerpo, a la vez que representa una fuerza de trabajo decisiva para la expansión territorial de los negocios, aparece como la superficie elegida sobre la que (al decir de Rita Segato) se inscriben las marcas más cruentas de los poderes contemporáneos. Esto no implica pasividad ni docilidad, mucho menos resignación en los jóvenes. Pero se mata o se hiere a un tipo específico de pibe que la sociedad acepta o, incluso, promueve que se elimine.

Gonzalo le indicó a Adrián el nombre de un joven para que buscara en la base de datos de una computadora. “Mirá, fijate que en el ingreso figura Síndrome de Lesión Medular. Daño en C4 y C5, es decir, tiene una lesión a nivel alto. Le afectó la raíz que sale por ambos lados de la cervical 4 y una más abajo. Vejiga e intestino neurogénico, que era lo que te decíamos antes: son alteraciones a nivel esfinteriano, y cuadriplejía por herida de arma de fuego. La bala entró por la zona quinta, transfixiante, es decir, pasó así (señaló el ingreso de la bala desde la espalda hacia adelante), afectó el lóbulo superior e inferior del pulmón, tuvo sonda pulmotórax, drenaje por lesión, fractura de la apófisis espinosa y la lámina. Es decir, entró por atrás y rompió y rompió y rompió. Cuando ingresó el paciente tuvo una neumonía, le pusieron respirador, estuvo sedado, y con traqueotomía”, continuó enumerando y así lo hizo a través de las múltiples pantallas que, en un lenguaje técnico, aséptico, resumían la compleja evolución

del paciente. Antes de que pasara a otra historia clínica, miré a los tres pibes en sillas de rueda que estaban saliendo del gimnasio a través de una puerta grande, vidriada, para instalarse en el patio, debajo de un árbol frondoso, junto a unos bancos de piedra. Adrián me leyó con paciencia las particularidades de otro caso: “síndrome de lesión medular completa... herida de arma de fuego a nivel motor sensitivo D10 con paraplejía flácida arreflexia...es decir, la bala entró en la dorsal 10... período de shock medular, lo que significa que puede ser momentáneo en tanto el organismo ante la herida se inflama y deja de funcionar... pero con el tratamiento posterior vuelve a reaccionar... tiene afectado el movimiento y la sensibilidad... paraplejía, es decir, ausencia de movimiento, en este caso es abajo, todo lo que tiene arriba funciona... neumotórax, es decir que le entró aire y sangre en el tórax, por lo que tuvieron que drenar los pulmones”.

Me abrumó de tal modo la enumeración que les agradecí el tiempo y me despedí.

Caminé a través de un pasillo con paredes de vidrio mientras miraba con atención a los tres pibes en sus sillas de rueda fumando debajo del árbol. Uno de ellos se había sacado la remera. Me intrigó el tatuaje enorme que tenía en la espalda. Parecía un dragón o una serpiente mitológica. Antes de llegar a la biblioteca, me encontré con el director de investigaciones, quien me recomendó que buscara datos oficiales en la dirección de estadísticas. “Capaz que tenés suerte”, agregó antes de despedirse.

Así lo hice en los últimos días de ese año. Según los datos suministrados por la Dirección de Estadísticas de la Secretaría de Salud de Rosario, en ese 2013 ingresaron a hospitales públicos 930 personas heridas con armas de fuego (24 % más que en el 2012). El 53 % habían sido jóvenes entre 15 y 25 años y otro 15,2 % correspondía a muchachos entre 25 y 29.

La parte de Lautaro

Ya era la segunda vez que levantaba el tono de voz. El resto lo miraba con respeto, seguramente aceptando que el desorden y las bromas permanentes perjudicaban, tal como se los acababa de repetir, la organización de la cocina. No había adultos cerca y eso los aliviaba. Hacía dos horas que estaban preparando la masa para cumplir con la importante cantidad de pedidos que habían recolectado entre las familias del asentamiento. Lautaro tenía un delantal blanco, un tanto ceñido al cuerpo, un buzo azul con las mangas recogidas hasta el antebrazo y una gorra blanca con la visera para atrás. Fue él quien se ocupó de mostrarle al resto la manera más efectiva de preparar la masa y especialmente de cómo darle un tamaño y una forma adecuada. Algunas compañeras solían presenciar en sus hogares la preparación de pizzas caseras –en ciertos casos, inclusive, eran ellas mismas las que las cocinaban– pero respetaban el lugar protagónico que ocupaba su compañero en esas jornadas organizadas para recaudar fondos para el viaje de estudios. “Que cocinen los varones y alta fiesta para nosotras”, le dijo Magalí a Laura en el pasillo antes de entrar a la cocina. Si algo la sorprendió fue la prestancia de su compañero una vez que se puso al frente del grupo. También valoró que no se dedicara únicamente a dar órdenes y trabajara a la par del resto. Los dos se habían criado en el mismo asentamiento, a unos pocos pasillos de distancia, pero a diferencia de Lautaro, cuya familia era criolla, la madre de Magalí era de origen Qom y su padre criollo.

“Hay que meterle porque tenemos que terminar con todos los pedidos antes del mediodía. Paremos un toque con la joda y pongámonos las pilas”, arengaba Lautaro a medida que estiraba la masa sobre la mesa y le buscaba la forma definitiva; a continuación, una compañera le desparramaba la salsa y se la pasaba a

otros compañeros que le agregaban el queso y otros ingredientes, antes de meterla en el horno industrial que usaba el colegio para preparar las raciones que repartía a los alumnos cada mediodía. Una portera se asomó por la ventana y se quedó admirada al verificar esa cadena de montaje perfectamente coordinada que desde temprano ocupaba la cocina.

Hacía casi tres meses que Lautaro estaba cursando el taller de maestro pizzero y eso se notaba en cada una de sus acciones. A la pasión por la cocina ahora le sumaba una eficaz economía de movimientos que le permitía aumentar la velocidad de elaboración sin perder la calidad. “La preparación de la masa es la clave, tengan paciencia, se cocina con amor”, les había repetido el profesor durante las primeras clases. La semana anterior Lautaro había acompañado al maestro de educación física a una fiesta en Villa Gobernador Gálvez para ayudarlo en la cocina. “Me gané unos pesos y me tomé un par de tragos. El profe me dijo que pronto se va organizar otra joda y capaz que me llama de nuevo”, le contó a Malena que estaba a su lado a la espera de una nueva masa. “Mañana tengo que ir pa el curso y después tengo que conseguir unos tickets para todo el tema de la beca del banco”, dijo como si pensara en voz alta. “¿Qué tickets?”, le preguntó su compañera. “Para la rendición de los gastos que hago con la plata de la beca que me dan en la escuela de Ludueña. Me gasté la moneda en zapatillas y ropa pero los putos del banco no quieren que la gastemos en eso, quieren que compremos mochilas, guardapolvos, lápices y un montón de giladas. Yo ni cabida les doy, consigo los tickets de donde sea. El otro día conseguí varios en la puerta de una perfumería. ¡Después me di cuenta que eran anticonceptivos, pinturas de mujer y tampones!”, le dijo y tuvo que interrumpir su tarea por el ataque de risa. “Pero se van a dar cuenta, bobo, no te regalés así tampoco”. “No pasa nada, ni lo miran, ya lo hice banda

de veces, los otros pibes también lo hacen, es fácil”, le respondió y le pasó una masa para que le agregara la salsa.

La parte de Cache

“Desde la antigüedad se conocía la propiedad de los cuerpos –como el ambar– de atraer pequeños objetos tras ser frotado por un paño o un trozo de piel. Se atribuye a Tales de Mileto ser el primero en descubrir que al frotar una barra de ambar con un trozo de piel, la barra atraía un objeto más liviano, como una pluma. De este modo empezó a desarrollarse una de las ramas más importantes y complejas de la química, que sin lugar a dudas contribuyó a modificar la vida del hombre. La televisión, la corriente eléctrica, la radiotelefonía, las telecomunicaciones, los aparatos electrodomésticos, son algunos de los casos. En el plástico, el vidrio, la loza, la porcelana, el caucho, la madera seca, etc., la electricidad se manifiesta solo en los puntos de frotado porque no permiten que la misma se desplace a través de ellos. A esos cuerpos se los llama cuerpos aisladores”. Cache levantó la cabeza y le preguntó a Diego si faltaba mucho porque ya le dolía la muñeca de tanto escribir en el cuaderno. “Aguantá un toque, loco, que ya terminamos, dejá de quejarte”, le respondió y siguió dictándoles algunos de los principios básicos de la electricidad. Cache era uno de los alumnos más aplicados y entusiastas pero no le gustaban los pasajes teóricos. “En los cuerpos conductores las cargas eléctricas encuentran dificultades para avanzar a raíz de los choques y los roces que sufren los átomos que los forman. Es necesario contar con la energía para vencer con dichas dificultades y de ese modo mantener la corriente de electricidad en forma permanente”, siguió escribiendo en birrome azul y en letras mayúsculas en su cuaderno A4 con hojas cuadrículadas.

Hacía un mes que cursaba el taller de electricidad en el Centro de Convivencia Barrial (CCB) N° 15. Hasta allí había llegado para anotarse en forma espontánea una mañana de lunes. Cuando le dijeron que Diego, integrante del Bodegón Cultural Casa de Pochó, con quien se conocían desde chicos, era el profesor, ya no tuvo dudas y se inscribió. Cache quería recuperar el movimiento plantar y dorsal de la pierna, perdido como consecuencia del balazo que le había pegado el policía de franco, para retomar el cirujeo y complementarlo con changas en electricidad. “Alto profes vas a tener, guacho”, le había dicho Diego una noche en las inmediaciones del pasillo en el que vivía. “Alto chamuyo tenés vos”, le respondió Cache y se fue en una moto que había conseguido en el aquel entonces.

El sábado 7 de septiembre volvió a caer detenido después de un nuevo robo en la calle. Aquella vez, los policías de la comisaría 10 le retuvieron el documento y los papeles pero le dejaron la moto. Dos días más tarde, cuando se encontraba a una cuadra del CCB N° 15, un móvil del comando radioeléctrico se le puso a la par y le dio la voz de alto. En ese momento Diego entraba a la sala en donde dictaba el curso y preguntó por él a sus compañeros. “Está en la esquina, recién lo pararon los milicos”, dijo uno de ellos y siguió jugando con el celular. Antes de salir hacia la esquina, pidió colaboración a otros trabajadores del lugar y caminó a paso rápido. Cuando llegaron, el móvil del comando radioeléctrico se estaba alejando lentamente. “¿Qué pasó, loco? ¿Por qué te pararon?”, le preguntó cuando estuvo a su lado. “Nada, amigo, me preguntaron un par de giladas, ta todo bien, todo tranqui”, le respondió sonriendo mientras retornaban al CCB.

Setenta y dos horas más tarde, el miércoles 11 de septiembre, Diego llegó temprano al curso y preguntó nuevamente por Cache, alertado por lo ocurrido el lunes. Sus compañeros se encogieron

de hombros. Inquieto por la ausencia, demoró el comienzo de la clase unos minutos y dudó si debía enviarle un mensaje de texto.

Aquella jornada, Cache había salido junto a un amigo en una Honda Wave hacia la zona del complejo de cines Village. El objetivo era un lubricentro YPF ubicado en Magallanes y Eva Perón. Una vez cometido el robo, que no requirió un solo disparo, emprendieron una veloz retirada por Magallanes, doblaron por Tucumán a la altura del 6100, casi esquina Garzón, y divisaron al propietario de un auto que bajaba para entrar al garaje de una casa. Frenaron a unos pocos metros para abordarlo pero inesperadamente entró en escena un guardia de seguridad de un comercio aledaño y empezó a dispararles. Uno de los balazos se incrustó en la pierna de Cache. El grito lacerante fue inmediato. Su compañero sacó el arma y cubrió la retirada. Luego de una serie de disparos, se subieron a la moto pero inmediatamente perdieron el equilibrio y cayeron pesadamente sobre el asfalto. Su compañero se puso de pie y lo levantó en brazos para emprender una costosa huida por Garzón. Cuando ya estaba exhausto por el peso de Cache, quien se retorció de dolor, pidió ayuda a los vecinos para que los dejaran esconderse en alguna vivienda. Nadie se atrevía ni tan solo a asomarse en el pasillo de la calle Navarro al 6000. Finalmente, una vecina, cuya casa estaba al final del pasillo, salió decidida y le ofreció asilo a Cache porque era el que estaba herido. Su amigo se refugió en la casa lindera.

Ya en el interior de la vivienda, la mujer le exigió que se escondiera. Sin embargo, un vecino que había presenciado la escena le indicó a dos agentes de la comisaría 12 la dirección en la que se había escondido Cache. Uno de ellos era Sebastián P., un oficial violento, de familia policial, vecino de Ludueña, obsesionado con los jóvenes de la zona. Los oficiales ingresaron a la casa, revisaron los diferentes sectores hasta que lo encontraron detrás de un lavarrropas. De allí en más empezaron a golpearlo ferozmente con la

culata de las pistolas hasta dañarle el cráneo; después lo llevaron al patio y lo ubicaron junto a una parrilla vieja. “¿Dónde está tu compañero? La puta que te parió, decí dónde está el otro porque no la contás más, hablá pendejo, la concha de tu madre porque te bajo”, le gritaban. Cache puso las manos detrás de su cuerpo, a la altura de la cintura, y pidió que lo engrillaran porque había perdido. Una vez que le colocaron las esposas, lo hicieron arrodillar y le pegaron un balazo en la nuca; ya visiblemente muerto, volvieron a dispararle al menos siete veces más en la espalda. Las fotos sacadas por su madre Raquel y su novia Violeta así lo atestiguan, lo mismo que las heridas y los magullones severos en la cara y el cráneo producto de los cañazos.

Días más tarde, la dueña de la casa negaría ante los agentes y frente a la propia madre haber permitido el ingreso de su hijo. Según su extraño testimonio, los uniformados requisaron la casa pero no lo encontraron. Antes de irse, mientras conversaban por handy en la puerta, ella habría descubierto la pierna de Cache que sobresalía junto al lavarropas y pegó un grito de alerta. Los agentes policiales, por su parte, hicieron correr la versión de un feroz tiroteo que derivó en su muerte. Esa fue la primera historia que publicaron los medios de comunicación.

Pero una versión opuesta la brindaría cuatro días más tarde el único testigo presencial del asesinato, quién había permanecido oculto en la casa lindera. Se trataba de su amigo y compañero en el robo al lubricentro: Emanuel *Joroba* Cichero.

La parte de Ulises

El presente de Ulises había cambiado. A las múltiples actividades diarias, se sumó, en forma progresiva, una vida social renovada,

que incluyó a nuevos grupos de amigos y la posibilidad de circulación por territorios desconocidos anteriormente, como la costanera céntrica. Su cuerpo también mutaba semana tras semana: de tan flaco parecía más alto, tenía el rostro cada vez más anguloso y los pómulos muy marcados. Aun así se lo veía lleno de energía y con una curiosidad que lo llevaba a explorar nuevas experiencias.

“Espacio, con responsabilidad”, le advirtieron los dos coordinadores a un adolescente que había hecho una pirueta temeraria. Esa tarde de jueves había unos treinta jóvenes dando vueltas carnero, saltando, haciendo la vertical, elongando unos con otros, haciendo flexiones, a metros del galpón del Centro de la Juventud. Ulises practicaba con mucha disciplina junto a Alan y una amiga. Cada vez que terminaba un ejercicio, lo miraba al profesor para chequear si lo había hecho correctamente.

Cuando terminó la clase, se acercó caminando descalzo. Fui a su encuentro con la mirada puesta en sus pies largos y huesudos, con unos pelos negros que le sobresalían en los empeines. Charlamos unos instantes mientras esperábamos que Alan y una amiga consultaran algo en la administración. Extrañamente aquella tarde Ulises hablaba lento y se lo notaba abstraído y algo parco. Mientras lo escuchaba me impresionaron aún más sus rasgos flacos y la holgura de la ropa. En ese instante, al notarlo tan meditabundo, me asaltó una preocupación: no solo estaba descalzo sino que tampoco tenía las zapatillas a la vista. Hice todo lo posible para no preguntarle nada, traté de imaginar otro tema de conversación, revisé el celular, pero finalmente largué la pregunta: “¿No habrás venido en pata vos, no?”. Me respondió sorprendido: “No, cualquiera, las zapatillas están en la mochila de Karen. Mirá si voy a venir descalzo, tampoco quiero que me salgan ampollas, es largo el viaje desde Ludueña”. Traté de sonreír para salir del apuro pero no pude. Un compañero se le

acercó para despedirse y le preguntó cuántos kilos había adelgazado. “Ya bajé veinticinco”, le respondió mostrándose fastidioso con la pregunta. Me alarmó la cantidad de kilos pero me quedé en silencio.

Cuando llegaron Alan y Karen, le pasaron la mochila y le dijeron: “Ponete las zapatillas, roñoso”. Un rato antes Ulises me había dado el cuaderno azul con los nuevos poemas. Había escrito tres pero me aclaró que no estaba conforme con ninguno. Mientras se ponía las zapatillas, aproveché para leer muy rápido el primero:

*Estoy encerrado en una habitación
tan oscura, sucia, fría
que aparenta ser una prisión.*

*Miró a mi alrededor
encuentro una suave luz en
aquel rincón.*

*Se rajan las paredes
la luz me va comiendo
de a poco, tan lento.*

*Despierto en un lugar apartado de
todos
me levanto, camino contra corriente
sin importar lo que hablen
los otros.*

*Esta vez no sigo a nadie
ni siquiera a mi mente
escucho a mi corazón*

*y planteo lo que siente
sin importar lo que dice la gente.*

*Camino por las calles
estoy tan rodeado de personas diferentes
grito sacando la rabia
quiero hacerles saber
que estoy aquí
que de nada me sirvió mentir.*

*Ahora sé porqué no llegó
la tranquilidad hasta mí
esta vez quiero ser
verdaderamente feliz
y lucharé hasta que llegue ese fin.*

*Me siento libre
me he liberado de
un cuerpo mal tratado
me siento mejor tras
dejar atrás ese paso
mal dado.*

Después de cambiarse, empezamos a caminar mientras ellos hablaban de la clase. Como Alan y Karen se adelantaron, aproveché para preguntarle cómo andaban las cosas en su casa. La semana anterior me había dicho que su tía y el novio habían salido de la cárcel después de arduos trámites realizados por su mamá. “Más o menos, ahora un poco mejor, no hay tanta gente dando vueltas. Mi tía no está viniendo tanto y por suerte mi mamá ya dejó de hacer tantas cosas para que salga”, me dijo manteniendo

el tono bajo. La tía vivía justo enfrente y parecía apoyarse mucho en su familia. “Por eso no escribí tanto, porque no puedo concentrarme con tanta gente, está todo muy revuelto, hay mucho ruido, me tienen podrido”, me dijo y me aclaró que su padrastro estaba demasiado contento con la noticia de la libertad de su tía. Lo miré sin entender lo que intentaba decirme. “Se la pasa brindando con sonrisas... y yo últimamente me siento medio”, continuó diciendo pero se interrumpió. Caminamos sin hablar durante algunas cuadas. Dudé en varias ocasiones si tenía sentido volver a preguntarle sobre lo que le pasaba pero finalmente no lo hice.

Alan y Karen se detuvieron en una verdulería en la esquina de San Martín y Urquiza para comprar unas naranjas. “¿La escuela cómo sigue?”, le pregunté cuando nos quedamos solos en la vereda. “Mal, voy a deber como tres materias, mi mamá me va a matar, pero no me dan ganas, estoy con otras cosas, estoy como”, me empezó a explicar pero se detuvo, bajó la mirada y vociferó algo que no llegué a escuchar.

La parte de Ariel II

Perdonen, Kamehameha/ Después del tema del Tetris/ Viene el Dragon Ball Rap/ Quien no haya seguido esta serie/ Es porque no tiene infancia/ Big Bang Attack/ Ataca desde el Planeta Namek/ Vegeta, Son Goku/ Rivalidades Saiyan/ Allargat Bastó!/ Y es que en castellano Ralla/ Mola más en Catalán/ Prefiero Nubol kinton/ El canvi de lloc instantani/ Al verlo me flipó/ Son Goku, Goten, Krilin, Pan/ Trunks, Yamsha, Chaos y Ten Shin han/ Son Gohan de niño me Flipaba/ en segundo nivel/ Satan no venció a Celula/ Tampoco Videl/ Nadie Podía con Broly/ el super saiyan legendario / pedir la energía a

todo el planeta / fue necesario pa vencer...La bola Genki/ carbonizo a Magic Boo/ y Freezer Remodelado / se vio frente la espada de Trunks.

La canción sonaba tan bien en el altavoz del celular que ya no pudieron mantenerse sentados en el techo de la casa y se pusieron de pie para empezar a bailar: movían los hombros, los brazos, la cabeza, pero no tanto las piernas porque no querían que la abuela saliera nuevamente a retarlos. Algunos vecinos los miraban divertidos desde la vereda, otros desde una terraza cercana; Ariel II y Licha ni los registraban mientras se movían felices y con mucha destreza durante el minuto cincuenta y siete segundos que duraba “Dragon Ball Rap”, una sus canciones predilectas, la número veintidós del disco *En Boca de Tantos* de Porta. Una vez finalizada, ya bastante agitados, se sentaron nuevamente y contemplaron, mientras se escuchaba el inicio de “El jugador también forma parte del juego”, las casas bajas, los tanques de agua, las antenas, los cables de la luz, un baldío cercano, el techo de una fábrica y algunos árboles lejanos. Prácticamente no hablaban, tan solo cruzaban miradas cómplices y se reían cuando reconocían el pasaje de alguna canción que los emocionaba particularmente. Con Ulises había sido el primero con el que había subido a escuchar música al techo. Era el lugar en donde se sentían más tranquilos para escuchar Porta y en donde más se inspiraban para componer canciones que garabateaban en alguna hoja suelta o en la agenda de tapas azules. Pasaban largas horas viendo el transcurrir de la vida en esa porción de Ludueña Norte, atravesada por las vías del exferrocarril Mitre y cercana a la avenida Provincias Unidas.

Licha cantaba “Causa y Efecto” mientras chequeaba un mensaje en el celular que le había conseguido uno de sus hermanos: *Tenemos que hablar/ esto tiene que cambiar/ No sé si soy yo el error*

pero es que ya nada es igual/ ya no hay respeto y sé que el nuestro es primordial/ dime, dime qué sientes, es amor o cariño incondicional/ No es amor incondicional, no/ No sé que me pasa, siento que pierdo el tiempo/todo el día encerrada en casa, sabes que te quiero/ pero necesito espacio, sola voy a mil por hora y/ tu me haces ir más despacio/ Mi sensación es que estás cansada, bah/ Dime tus motivos, no tiene sentido nada/ ya y se que temes hacerme daño/ pero me lo estás haciendo/ mintiendo y, prefiero perderte que vivir este engaño.

Mientras tanto, Ariel II entró, a través de su Nokia, a la cuenta de Facebook y puso un *me gusta* a un amigo que había publicado un aviso sobre la búsqueda de una adolescente desaparecida en el barrio, después saludó por el cumpleaños a una amiga de la escuela, compartió un nuevo sitio de Porta, completó una encuesta que preguntaba si era mejor Daddy Yankee o Calle 13 y puso otro *me gusta* a un extracto de canción que publicó un compañero de la escuela. Desde la calle dos pibes muy chicos les gritaron algo pero ellos no alcanzaron a descifrar lo que les decían. Ariel II estaba totalmente sumergido en la letra de “Lo que se avecina”: *Vengo pa cerrar las bocas/ de los que no creyeron en esto/estilo pop letras sobre unas basazas/ me sale esta letra/ el secreto está en las masas/ hablar es tratar de elegir cada palabra/ conseguir que hasta en mi intro se os caiga la baba/ rap pasión amor rap adicción más allá/ no hay truco/ es mi magia/ ya lo comprenderás/ samples charles bajos bombos cajas/ ritmo melodía boli corazón que plasma.*

Recién empezó a cantar cuando llegó su parte favorita: *Bienvenidos a mi zona, este es mi RAP/ mi creencia se basa en HIP HOP.* Cuando terminó, gritó tan fuerte *zarpadísima* que Licha lo empujó y le pidió que se tranquilizara un toque.

La parte de Joroba

La Coordinadora Juvenil de la Vicaría del Sagrado Corazón se formó hacia finales de 1995 pero comenzó a consolidarse un año después. En ese espacio coincidían los diferentes delegados de los grupos juveniles que había en Ludueña: La Vagancia, Los Gatos, Los Pelo Duros, Las Terribles, Los Piqueteros de Lourdes, los Sui-pacha y Los Ropes. En toda esa laboriosa construcción participó de manera decisiva Claudio *Pocho* Lepratti. Ya habían transcurrido siete años desde el inicio de la implantación feroz del neoliberalismo y la zona padecía gravísimos niveles de desocupación, pobreza e indignancia. El masivo cierre de pequeñas y medianas industrias provocaba la pérdida de cientos de miles de puestos de trabajo en Rosario, transformando la fisonomía de los barrios en los que se fueron asentando las clases populares a lo largo de su historia. Para 1997 las asambleas de la Coordinadora llegaron a reunir a trescientos jóvenes delegados. Se organizaban campamentos, fogones, viajes, comidas y talleres. Un lema fue central en aquel entonces y lo sigue siendo hasta hoy: “Porque una red de hormigas puede más que un elefante”. A través de fiestas, alquileres de las instalaciones de la escuela, la venta de comida, se rebuscaban para poder financiar los proyectos y los viajes. Cientos de jóvenes de catorce y quince años coordinaban los míticos oratorios destinados a niños. Se sumaba una activa participación en la organización de eventos políticos relevantes en esa década como “El grito de los excluidos” y las populosas marchas de los “Chicos del pueblo”.

Si algo diferencia históricamente a Ludueña de otros barrios es que los movimientos sociales surgieron a partir de la autoorganización de los vecinos y no desde la iniciativa de activistas externos, más allá de que efectivamente suelen arribar militantes

universitarios, partidarios y sindicales. El armado juvenil en los noventa fue un eslabón más de una densa red política y social integrada por las comunidades eclesiales de base fundadas por el cura obrero Edgardo Montaldo, los costureros, la escuela, las capillas, los comedores populares y otras instituciones y grupos comunitarios del noroeste. La Central de Trabajadores de la Argentina fue un apoyo institucional y político clave.

Pero ese formidable entramado comenzó a desarticularse a inicios del nuevo siglo. Para el año 2004 ya habían desaparecido prácticamente todos los grupos que conformaban la coordinadora de jóvenes. Las causas del desarme son múltiples. Un episodio clave fue el asesinato de Pocho Lepratti; ese muchacho flaco, huesudo, de rulos siempre desprolijos, devenido en un líder indiscutido en base a su generosidad, humildad y una capacidad única de articulación de los más chicos. Su desaparición física dio inicio a un saludable mito de apertura: La vagancia, el grupo juvenil de mayor antigüedad y peso político, se transformó en el Bodegón Cultural Casa de Pocho y se asentó en la última vivienda que había ocupado su principal referente; este nuevo colectivo fue quien fundó el 27 de febrero de 2002 esa fiesta popular inconmensurable llamada Carnaval-cumple de Pocho; al tiempo que convirtió, junto a otros grupos y sindicatos, su nombre y sus figuras alegóricas (Pocho Hormiga, el Ángel de la Bicicleta) en símbolos inequívocos de lucha que han trascendido las fronteras nacionales.

Su asesinato también significó en Ludueña el inicio de una desarticulación progresiva de un tipo específico de organización político-comunitaria que venía desarrollándose con eficacia desde finales de los ochenta. No se trató de una situación aislada sino que se inscribió en el cierre del ciclo de luchas sociales y políticas contra el neoliberalismo protagonizado desde al menos 1995 por una multiplicidad de organizaciones sociales de base en la

Argentina. El surgimiento de nuevas lógicas de poder y la expansión de una trama de negocios en los territorios (narcotráfico, trata, especulación inmobiliaria y financiera a escala popular) durante la primera década y media del nuevo siglo desbordó y golpeó a organizaciones formateadas para trabajar en otras coyunturas históricas. Se sumó la llegada al poder de gobiernos (a nivel nacional y local) que desplegaron otras formas de gestión de lo social distantes de los años noventa, con un fuerte hincapié puesto en las relaciones con los movimientos sociales de base; y un marcado crecimiento económico que incluyó, de manera desigual, a los sectores populares, modulando los deseos, las aspiraciones y diversificando las estrategias legales e ilegales para cumplirlos.

Las comunidades eclesiales continúan llevando a cabo una imprescindible función social pero han quedado perplejas frente a esos nuevos actores que, en coordinación con las fuerzas policiales y otros poderes fácticos, como el judicial, el político y el financiero, imponen sus lógicas a través de las armas y la seducción del consumo. Si bien el comercio de drogas y el hostigamiento policial ya aparecían como dos flagelos hacia mitad de los noventa, de ningún modo tenían el nivel de expansión capilar que adquirieron en esta última década. Ni tampoco el narco se había convertido en una autoridad con capacidad de regulación en los barrios populares. Se agregó, como parte de una misma transformación territorial, un proceso ya mencionado: el crecimiento escalofriante de los homicidios a raíz de conflictos entre personas no vinculadas a actividades ilegales.

Pero no hay pasividad actualmente en Ludueña. Muchas veces a tientas, otras con frustraciones, se busca renovar el repertorio de luchas y los dispositivos de autoorganización para hacer frente a los nuevos conflictos sociales. Muestra de ello son proyectos comunitarios como la creación en el 2012 de la feria de productos

y alimentos en la plaza Pocho Lepratti. Se trata de un emprendimiento impulsado por las mujeres de la zona que ha aumentado ostensiblemente su cantidad de puestos en el último año (más de 200) y su repercusión en la vida de los vecinos. Así como permite nuevos ingresos económicos y facilita la adquisición de indumentaria y alimentos, genera a su vez nuevas relaciones sociales al aire libre, no exentas, por supuesto, de conflictos y luchas de poder y explotaciones. Junto al Carnaval-cumple de Pocho, la feria se ha transformado en una experiencia colectiva capaz de reapropiarse, en forma transitoria, de espacios públicos cotidianamente amenazados por cuatro procesos simultáneos: el avance de los enfrentamientos armados y el delito, la expansión del narcotráfico, la puesta en marcha desde el Estado de acciones represivas a través de sus múltiples fuerzas de seguridad y el securitismo impulsado por una porción de vecinos dispuesta a enfrentar cuerpo a cuerpo a quienes considera peligrosos.

Un rasgo fundamental de los territorios es que ni las nuevas autoridades como el narco, ni la militarización y la represión estatal, ni la autoorganización vecinal contra “la inseguridad”, se constituyen hoy como una única autoridad hegemónica, sino que se ensamblan entre sí configurando la vida barrial.

Emanuel *Joroba* Cichero y Javier Severino formaban parte del grupo juvenil Los Gatos. Estuvieron allí hasta el 2004 cuando finalmente se terminó de disolver el colectivo. El *Joroba* participó del robo al lubricentro de Magallanes y Perón y se transformó aquel 11 de septiembre de 2013 en el único testigo del asesinato de Cache Saucedo. Los temibles policías de la comisaría 12 supieron prontamente de su presencia en la escena del crimen. Se sumó que *Joroba* fue quien salió a confrontar, a través de los medios, la versión falsa que habían hecho circular sobre lo ocurrido aquella

tarde en el pasaje Navarro al 6000. No solo narró off de record cómo lo ejecutaron sino que dio los nombres de los efectivos y los describió físicamente: “Eran dos policías de la comisaría 12, Sebastián P. y otro morocho, petisito, con lentes negros, morrudo, que fue el que tiró”. Desde entonces recibió amenazas él y también su familia. Una tarde casi fue embestido por un auto conducido por el oficial Sebastian P. mientras circulaba con una moto. Por aquellos días la 12 dejó crecer un rumor en la zona en donde vivía: “Al Joroba le dieron la carta blanca”. La carta blanca no es otra cosa, al interior del mundo delictivo-policial, que una condena a muerte.

El velatorio de Cache fue tan desolador como tenso. Sus amigos, inmersos en una tristeza profunda y ya hartos de la represión policial, prometían vengarse de la 12. No faltaban armas entre ellos. La intervención a tiempo de militantes frenó esa iniciativa que seguramente hubiera provocado un baño de sangre. Pero mientras se buscaba detener ese ataque a la comisaría, los oficiales circulaban con sus móviles por las canchas de fútbol de la comunidad de base Sagrada Familia, sonriendo con sorna frente a los amigos y familiares reunidos en el lugar. “Déjense de provocar, no rompan las pelotas, no hace falta que pasen por acá”, les advirtieron algunos militantes en una de esas recorridas en las que se dejaban ver radiantes de felicidad. Como primera represalia, en una pared en Casilda y Teniente Agneta, unos pibes pintaron con aerosol: “Muerte a la 12”. Horas más tarde escribieron en otra pared: “Sebastián P. asesino”. Este último grafitti fue borrado por pedido expreso de la propia familia de Cache ante el temor de padecer nuevos hostigamientos. Desde su asesinato, Raquel, su madre, fue víctima de acosos policiales permanentes. Frente a su humilde vivienda ubicada junto a las vías del ferrocarril solía detenerse una moto con un desconocido que

miraba ostensiblemente hacia la puerta y mandaba mensajes de textos ante cualquier movimiento.

Una tarde de domingo los pasillos linderos a las vías del ferrocarril estaban tranquilos y extrañamente silenciosos. Desde algunas casillas se escuchaba el rumor lejano de un televisor o el vibrante relato de un partido de fútbol. En una de las viviendas se encontraban tomando mate el Joroba, su hermano Adrián, Javier Severino y Roly. El rostro de Joroba reflejaba los efectos de una intensa noche de sábado que había terminado bien entrada la madrugada. “Estás re fisura, Lomudo, andá a lavarte la cara, feo”, le decía Javier y Joroba se reía y devolvía con ingenio las verdugueadas. Adrián y Roly, quien se ocupaba de cebar y distribuir el mate, se divertían con el intercambio filoso entre los dos amigos. Pero el clima distendido se terminó cuando aparecieron en la conversación algunos episodios recientes. “Yo no estoy haciendo ninguna, dejá de cagarme a pedos, Javi, no me trabajés la moral, ya está, me estoy rescatando, no hago nada, no jodo a nadie”, le dijo levantando el tono. “Pero no depende de si hacés o no hacés alguna, ¿o no entendés cómo viene la mano con vos desde que lo bajaron al Cache? Loco, ya te dieron la voz de alto los milicos porque te la quieren poner, te quieren dar vuelta, tenés que rescatarte porque si no te cuidás vos, no te cuida nadie”, le respondió Javier. “Dejame de romper la bolas, ya fue, yo ando en la mía ahora, voy a volver a trabajar con el carro, quiero cambiar”. “Vos tenés que irte de acá, tomate el palo del barrio por un tiempo, yo te ofrecí ayuda para sacarte, ya te dije que desde que lo pusieron al Cache la gorra anda por todos lados”. Adrián, quien se había mantenido a un margen de la discusión, se puso de repente de pie y tomó la palabra: “Vos te creés canchero, boludo, mirá todas las cosas que perdimos... perdimos un montón de compañeros, estuvimos en cana, pasamos miserias y todavía nos creemos cancheros; no, no

te rías, no ves que somos re manipulados, re manejados por los transeros, por la cana, qué onda con vos”.

Los cuatro se quedaron en silencio, envueltos en las figuras extrañas que irradiaba el televisor, prendido en un canal de dibujitos, sobre las paredes de la vivienda una vez que comenzó a caer la tarde.

Una semana después, Javier se lo encontró arriba del carro. Esa mañana se lo veía de buen humor y muy enérgico. Se acercó a paso rápido y le dio un abrazo fraternal. “Qué hacés en el carro, no te das cuenta que acá te ve cualquiera, no seas boludo”, le advirtió. “Pero si yo estoy trabajando, no molesto a nadie, quedate tranqui, amigo”, le respondió Joroba anteponiendo esa sonrisa pícara que los distinguía. “No te lo digo por el trabajo, si ya sabés que a mí me gusta que te la rebusqués cartoneando, pero nosotros ya hablamos la otra vuelta que vos no tenés que andar por la calle”, le respondió pero él volvió a sonreír, le estiró la mano para saludarlo y sacudió la tira para que el animal se pusiera en marcha.

La parte de Ulises

Era el segundo mensajito que le mandaba y no me respondía. El día anterior tampoco había tenido suerte. Seguramente no tenía crédito. Habíamos quedado en que nos reuniríamos a la salida de su clase de tango pero quería confirmarlo. Probé con una llamada y me atendió directamente el contestador automático. Aún con dudas, imprimí las poesías y salí para el Centro de la Juventud.

Ya en el galpón, me indicaron que la clase de tango estaba terminando en el subsuelo. Al llegar encontré a un grupo de diez jóvenes de entre 15 y 25 años haciendo unos ejercicios. Me quedé de pie, a una distancia considerable, buscando a Ulises entre la

fila de pibes y pibas que, en forma secuencial, después de la seña de los coordinadores, ocupaban el centro del círculo y ensayaban movimientos que parecían formar parte de un caldeamiento inicial. Para una clase de tango, los ejercicios eran más que audaces. Dudé si era Ulises un morocho, alto y flaco. Una profesora rubia, de unos treinta años, se me acercó y me preguntó si buscaba a alguien. “¿Esta es la clase de tango?”, le pregunté. Los pocos pibes que me escucharon largaron una carcajada burlona. “No, no, esa clase terminó hace quince minutos más o menos. Acá estamos en improvisación”, me respondió y volvió al grupo.

Salí del Centro de la Juventud y le mandé otro mensaje para chequear si estaba en la parada de Santa Fe y San Martín. Tampoco me respondió.

La noche siguiente Patricia le envió un mensaje en el Facebook. En los días posteriores chequeamos si el mensaje tenía el tilde de *visto*, esa molesta pero eficaz innovación que incluyó el programa para evidenciar que el mensaje fue leído, pero ni el viernes ni durante el fin de semana apareció el *visto* ni atendió nuestros nuevos llamados. Patricia me insistió con que le mandáramos un mensaje a la madre. Lo hicimos con ciertas dudas porque temíamos preocuparla. No hubo respuestas. En principio nos había preocupado no cumplir con los plazos para la entrega del libro, pero a medida que pasaba el tiempo lo único que temíamos era que le hubiera ocurrido algo. Si no teníamos noticias pronto, pensábamos comunicarnos con la escuela para ver si estaba asistiendo al taller.

La semana siguiente pasó sin ninguna noticia a pesar de los nuevos mensajes que le enviamos al celular y en su cuenta de Facebook. El martes a la noche vi que Ariel II estaba conectado. “Ni a palos, hace un tiempo q no lo veo porq no toy yendo a la escuela”. Antes de desconectarme le pregunté por Porta y si estaba

escribiendo canciones. “Porta cuenta la mayor parte de mi vida. la mayoría de sus canciones definen los pasos q hice, en mis logros y en mis caidas... él es lo mas... una pregunta: nunca sentiste q las cosas q sentis dentro de vos quieren salir afuera? porq algo asi es lo q me pasa a mi. estoy seguro q esos son mis sentimientos. es lo q llevo dentro... lo q me hacen quien soy”, me respondió y nos despedimos con la promesa de encontrarnos pronto. Me alegró volver a comunicarme de él pero nos seguía inquietando la repentina desaparición de Ulises.

La parte de Aaron

La primera sensación que tuvo cuando se encontró con la muchedumbre fue de escozor. Ya el rictus de su rostro era otro: estaba serio y miraba sin pestañear. “¿Qué te pasa a vos? Ahora sos re estrella que hay tanta gente para ver tu película”, le dijo Georgina pero no le respondió. Recién cuando caminó unos pasos, divisó, entre dos grupos de mujeres, a unos treinta pibes del barrio. “¡Ey, guacho, llegó el Aaron!”, anunció uno de ellos y el resto se acercó para saludarlo. Inicialmente sonrió pero después trató por todos los medios de apaciguar la emoción que sentía al verlos esa noche en la que se estrenaba “Rosario, ciudad del boom, ciudad del bang”, el documental que narra parte de su historia reciente. Había cerca de seiscientas personas repartidas en la calle, el pasillo, la escalera y la boletería. Como la sala tenía capacidad para ciento noventa asistentes, se decidió sumar una nueva función. “Vení, vamos a la sala porque va a empezar”, le dijeron Marilé y Patricia. “Aguanten, me quedo un rato, ya fue”, les respondió interrumpiendo una charla con un amigo alto, vestido con una campera del Manchester City. “No, no, andá con ellas”, le insistió Georgina. El resto de los

pibes se quedó con una mujer que los había acompañado desde Ludueña. Sandra, por su parte, llegó con Raquel Vera, la mamá de Cache Saucedo, asesinado hacía pocas semanas.

Cuando Patricia abrió la puerta, Aaron se sonrojó al mirar la pantalla gigante, las butacas de cuero negro y las nuca de las personas sentadas en perfecto orden geométrico. Una vez que se ubicó en la primera fila y se acercaron a saludarlo vecinos de Ludueña, se calmó y dejó de transpirar un poco. Sandra decidió sentarse en una butaca junto a la puerta de entrada. Se la notaba tensa, seguramente ansiosa, y con ganas de fumar. Cuando se apagaron las luces, Aaron enfocó la mirada hacia adelante y sintió un escalofrío en la nuca.

Mientras tanto, a poco de haber comenzado la primera función, sus amigos ya no aguantaron más y salieron corriendo hacia el primer piso. Dos integrantes del Club de Investigaciones Urbanas los frenaron como pudieron en la puerta de la sala. “Queremos ver la película del Aaron, loco, dejá entrar, somos amigos”, repitieron en varias ocasiones pero sin agresividad. Cerca de diez pibes corrieron hacia el fondo del pasillo. Los dos organizadores se preocuparon porque allí estaba la escalera que conducía a la sala de la proyectorista. “No, no, no suban, por favor, acá nomás”, les gritaron pero se metieron en el baño que estaba junto a la escalera. “Bueno, paguen una Coca, ya fue, loco”, les respondió un muchacho bajo, morocho, con los ojos saltones. El movimiento de los pibes era incesante. Dos de ellos se ubicaron junto a la baranda que miraba hacia la planta baja y empezaron a escupir a la gente que esperaba para entrar a la segunda función. Otros lograron escabullirse y entrar a la sala. Minutos más tarde salieron fastidiosos: “Ya está empezada, loco, cualquiera, aparte no hay lugar, para qué pagamos la entrada”. El Mono, hermano de Aaron, rodeado de seis amigos, preguntó

por la película: “Es la película del Aaron, ¿no cierto?”. “No solo de Aaron, hay otras historias”, le respondieron los dos organizadores convertidos en una especie de inofensivos patovicas. “¿Qué historias?”. “¿Conocen la historia de Jere, Mono y Patom, los tres pibes que mataron en Villa Moreno?”. Todos negaron con la cabeza. “¿Cuándo fue eso? ¿Quién los bajó? ¿Qué más hay?”. “Un grupo de narcos, los mataron por error. También está la historia de Mercedes Delgado, la mujer de Ludueña que asesinaron en el verano”. “¿La que vivía en el otro lado?”, preguntó el Mono refiriéndose a Junín, la avenida angosta que oficia de límite histórico entre el sector sur y norte del barrio. “¿Cuánto falta, loco? Hace banda que estamos esperando. Dejen de boludearnos porque se pudre todo acá. Si hay que sacar los fierros, los sacamos y damos vuelta al que sea”, dijo el pibe de los ojos saltones pero después se rió con timidez. “¿Todo sobre la merca es la peli? Porque aquel de gorra blanca es traficante”, dijo otro chico y señaló a un muchacho de unos veinte años. “Gordo, vení, no te hagás el lindo”, le gritó y se acercó a paso lento. “¿Qué pasa acá?”, preguntó simpático. “¿No cierto que vos trabajás para los Nuñez? Contale a los muchachos cómo la distribuyen”, lo acicatearon. El muchacho de la gorra blanca sonrió y se quedó en silencio. En ese momento subió una integrante del centro comunitario San Cayetano y un integrante del Bodegón Cultural Casa de Pocho. Los dos que estaban en la puerta los miraron en busca de ayuda pero ambos se encogieron de hombros dando muestras de impotencia. “¿Qué más hay en la película?”, preguntó el Mono y empezó a pellizcar a los organizadores en la panza y después en las tetillas. El resto de los pibes se sumó divertido. “¿En qué gastan la plata ustedes dos? ¿O no van al búnker de Refinería?”, les dijo un pibe vestido con una campera y gorrita de Boca. “¿Por qué no hacen un documental como el del Aaron pero sobre los

pibes que está matando la cana, como pasó con el Cache? Nos está haciendo mierda la 12, cuenten eso, no podemos más, ya se la vamos a dar a esos giles”, dijo otro joven mientras se escuchaban los primeros aplausos al interior de la sala.

Cuando se abrieron las puertas, los pibes se hicieron apenas a un lado y recibieron expectantes a los que iban saliendo. A medida que se retiraban, las personas se mostraban compungidas; algunas, incluso, tenían los ojos llorosos. Los amigos de Aaron se les acercaron y empezaron a tironearles la barba a los varones, el pelo a las mujeres, o le tocaban los hombros o la cintura y se hacían los desentendidos. “Qué cara... cara de verga”, le dijeron a un viejo militante que se mostraba consternado con el documental. Aquellos rostros conmovidos por los sangrientos conflictos que retrataba la película empezaron a descomponerse hasta convertirse en gestos tensos y nerviosos frente al toqueteo frenético. Algunos aceleraban el paso con la cabeza gacha, otras simulaban que se ataban el pelo para evitar que se lo tironearan, los más barbudos se acariciaban las mejillas con las dos manos juntas, alguien respondió “no gracias, ya di” cuando le pidieron un peso para la gaseosa, otros se exaltaban pegando un gritito de sorpresa al sentir que le pellizcaban el culo. Recién hacia el final apareció Aaron. Cuando verificó que sus amigos entraban corriendo a la sala y se ubicaban todos juntos en el fondo, le avisó a Marilé y a Patricia que quería ver la película de nuevo. Antes de ingresar nuevamente, las dos lo pararon y le preguntaron: “¿Y? ¿Qué te pareció?”. Pero Aaron las miró en silencio, sonrió, y se metió de nuevo en la sala moviendo con agilidad las muletas.

La parte de Lautaro

Pasé a buscarlo por el Sindicato de Pasteleros y nos cruzamos enfrente para tomar algo en un bar con cancha de paddle. A Patricia le habían avisado desde el Centro de la Juventud que el padre de Lautaro había salido de la cárcel de Coronda. “Una vecina le avisó a mi mamá que mi papá andaba por uno de los pasillos cerca de mi casa. Ni se acercó porque si aparecía lo daba vuelta de un puntazo, lo mataba al toque, a mi mamá y a mis hermanos no le va a hacer nada”, me empezó a decir y se detuvo como si necesitara tomar aire. “Al otro día averiguamos que está saliendo con la transitoria pero no se puede acercar a nosotros. Duerme en una casa en Granadero Baigorria. No sé qué onda, creo que tiene familia o algo así”. Cuando estaba por preguntarle algo, se adelantó: “Yo igual lo quiero hacer cagar, me lo quiero encontrar para darle, es así. Si aparece le doy, no lo dudo, se la pongo, lo bajo”. “Me parece que tampoco es tan fácil que vaya para tu casa porque se arriesga a perder la transitoria”, le respondí pero no dejó que siguiera. “¿Y eso qué tiene que ver? ¿Qué onda? No lo pueden dejar salir así nomás. Ya sé que es un fin de semana pero no da porque hizo cualquiera y ya al toque lo dejan afuera”. No quise interrumpirlo. Lautaro me miraba con los ojos encendidos y hablaba casi a los gritos. “Lo voy a matar a ese hijo de puta, sabés las veces que me imagino que lo doy vuelta, tengo ganas de ir a buscarlo adonde sea, hasta a la cárcel”. Esta vez Lautaro se quedó en silencio ladeando la cabeza y apretando con fuerza la punta de la cucharita sumergida en los restos del café con leche. “Una cosa: vos nunca me contaste bien qué pasó con tu papá. No sé... ¿querés contarme?... capaz que te haga bien hablar”, le dije y, sin esperar su respuesta, empecé a preguntarle por lo ocurrido. Lautaro me respondía con monosílabos y no me miraba. “Pero contame mejor

porque no termino de entender”, le insistí en varias oportunidades. Ante una nueva pregunta, levantó de golpe la mirada y me dijo escrutándome a los ojos: “Cuando me hablás así me acuerdo del boludo del psicólogo que me preguntaba giladas”. Me quedé mudo mientras me sostenía la mirada. Sentí que se me calentaba la cara al recordar las veces que me había aclarado la espantosa experiencia que tuvo con un psicólogo de un centro de salud al que lo obligaron a asistir durante un tiempo. Lautaro empezó a romper una servilleta de papel y a tirar los pedacitos en la taza. “Perdoná, perdoná, tenés razón, hablemos de otra cosa, es que...”, intenté responderle pero no supe qué más decirle. Permanecimos los dos en silencio, sin mirarnos, él rompiendo servilletas y yo jugando con las migas de la medialuna que había comido. En el bar ya no había gente, solo se escuchaba la voz chillona de un periodista deportivo que salía desde un televisor plano, empotrado en una pared cercana a nuestra mesa; en el fondo, a través de un ventanal, se veía una cancha de paddle vacía, un tanto ruïnosa, y una camioneta destartalada.

Fue Lautaro quien retomó el diálogo: “Lo que no quiero es que se ponga mal mi mamá porque ella no tiene buena salud. Le puede subir la presión”. Yo no podía abrir la boca, tan solo afirmaba con la cabeza. “Pero si pinta por mi casa se pudre todo, así nomás”, siguió diciendo después de romper una nueva servilleta. Me mantuve en silencio. “Es así, se la pongo de una, a nosotros no nos va a joder más este hijo de puta”, repitió y se quedó mirándome a la espera de que esta vez hablara. “Lo importante es que no se animó a ir a tu casa”, le dije y me detuve. “Pero nosotros no estamos tranquilos. Mi familia está re mal. Yo estoy atento por cualquier cosa, no vaya a ser que aparezca alguno de estos días. ¿Cómo lo van a liberar?”. Recién ahí pude sobreponerme y decirle: “Lautaro, vos ya no sos un chico, ahora podés defenderte,

y no me refiero solo a defenderte físicamente, también supiste moverte rápido, hablaste con la gente de la municipalidad, con los del Movimiento Evita, averiguaste la situación legal. Te manejaste bien y rápido”. Lautaro afirmó con la cabeza y me respondió: “Más vale, no me iba a quedar quieto... pero yo lo quiero matar, se la quiero poner. A eso me refiero”. “Encima estás grandote, mirá como te hacés el musculoso”, le dije y le señalé la remera de mangas cortas gris arremangada a la altura de los hombros. Lautaro se rió y se mordió los labios.

Después de pagar, cruzamos la calle y nos detuvimos en la puerta del sindicato. Antes de despedirme, dudé si debía pedirle nuevamente disculpas, pero él se adelantó –como si lo intuyera– y me saludó con una palmada afectuosa en el hombro izquierdo.

La parte de Ulises

“Espere que ahora le paso. Está en la pieza”, dijo Griselda. Me sorprendió su tono seco y distante. “Hola...”, se escuchó del otro lado de la línea. “Hola, Uli, cómo andás, hace bastante que te estamos buscando, no respondiste los mensajes”. “Sí... puede ser... medio... no...”. El tono de voz era muy bajo y entrecortado. “¿Pasó algo?, ¿está todo bien?”. “No, no, nada, es que”, me empezó a responder pero se interrumpió. Esperé unos segundos para ver si retomaba; como no lo hizo, le pregunté: “¿Está tu mamá al lado? ¿No podés hablar tranquilo?”. “Sí... no... eso no podría...”. Patricia me insistía con que le consultara si le había pasado algo. “Bueno, decime nada más si está todo bien así nos quedamos tranquilos. Después hablamos otro día”. “Está bien”. “No te entiendo. ¿Te pasó algo?”. “Es que me dieron la libreta y tengo como tres materias abajo con cuatro, por eso no fui más al centro, tengo que

estudiar para levantarlas. Pero el mes que viene si apruebo las tres puedo volver a empezar”, me aclaró. “Fue por las materias”, le comenté por lo bajo a Patricia y ella largó una carcajada y se alejó. “¿Qué taller vas a seguir? ¿O vas a mantener todos?”. “No, uno solo puedo hacer. Voy a seguir en breakdance... los miércoles, pero recién el mes que viene, a fines de octubre, porque antes me voy a Bariloche con la escuela”.

Corté el teléfono y me acerqué a Patricia. “¡Al final era una boludez! Igual podría haber escrito el pendejo”, me dijo todavía sonriendo. “Estaba caliente la madre y mirá que siempre lo apoya con sus proyectos”, le dije con el teléfono en la mano. “Me imagino, pero no está mal que haya bardeado un poco, son muchos cambios, arrancó muchas actividades juntas, no es grave. Ahora cuando levante las materias la mamá lo va a dejar que empiece de nuevo, si lo banca en todas, no pasa nada. Está bueno que haya empezado todos los cursos juntos, si estaba re contento, probando por todos lados, ahora tendrá que aprender a organizarse un poco y listo. ¿Qué le tendríamos que haber dicho? ¿Que se moderara?”, me respondió.

En esa última conversación por teléfono no quise anticiparle que no tendríamos tiempo para la presentación en el concurso. Había pocas poesías terminadas y faltaban tan solo unas semanas para la fecha de cierre. Durante esos días revisé algunos de los escritos que teníamos acumulados en la computadora. Uno de ellos me pareció tan enigmático como cuando lo habíamos leído por primera vez:

*Cerrar los ojos y abrirlos
no veo pasar el tiempo
solo veo distintos lugares al abrirlos.*

*Cuando me molestan
cierro los ojos bien fuerte
para abrirlos y aparecer
en un lugar lejano, de destiempo,
sin gente.*

*Observo cientos de vidas por la ventana
y sé que esas vidas nunca observan la mía.
Es triste pasar tiempo encerrado
con el cuerpo abierto
sentirme débil, sin poder moverme
llorar en el baño donde nadie me escucha
tener que hacerme el fuerte sabiendo que
ya no engaño a la gente.*

*Encerrarse en ese mundo perfecto
sin fallas
donde la felicidad
te acompaña de la mano
sin dale importancia a tu destino
donde no tenés enemigos más que ficticios
porque todos son amigos en ese mundo de papel y tinta.*

*Felicidad y alegría es lo que dicen aquellos
que miran detrás de las vitrinas.*

*Le das paso a las penas
de paso en una habitación las encierras
y te olvidás de ellas.*

Aquí todo desaparece y de repente vuelve a surgir

*aquí nunca te enfermas ya que tu alma muerta
hace que tu cuerpo ya no sienta.*

*Volás rosando el cielo, caés en picada
pero sin el miedo a una caída letal
porque en el mundo de papel y tinta
vos ya sos un alma,
inmortal.*

Después de leerlo me llegó el recuerdo punzante de la última vez que nos habíamos visto. Esperábamos de pie que cambiara el semáforo en la avenida Costanera cuando Ulises me dijo que tenía ganas de estudiar psicología. “Quiero trabajar con personas sordomudas. ¿Estará esa especialización?”, me preguntó mientras mirábamos el paso incesante de los autos. Le respondí que seguramente habría un postítulo y le pregunté por qué le interesaba trabajar con sordomudos. “No sé, es que aprendí a hablar con el lenguaje de señas por Internet. Hace un tiempo me bajé al celular todas las señas y las empecé a practicar. No es difícil”, me respondió y ensayó algunas. Me causó tanta gracia que lo empujé y le dije que estaba en cualquiera. Una pareja de ancianos nos miraba con desconcierto. Cuando cambió el semáforo y estábamos a punto de cruzar, escuchamos que lo llamaban a nuestra espalda. Al girar, vimos a una pareja de jóvenes vestidos de negro, con varios piercings, chupines bajos, color negro, y zapatillas a cuadrillé negras y blancas. Ulises sonrió de tal forma que se le formaron dos hoyuelos en las mejillas; les devolvió el saludo y me pidió que lo esperara. Lo contemplé unos instantes hasta que se dio vuelta, se acercó unos pasos y me dijo acercándose unos pasos hacia mi posición: “¿Te molesta si voy a dar una vuelta con ellos?”. “No, por favor, andá, está todo bien”, le respondí con apuro, trabándome en la mitad de la frase.

La parte de Joroba

Ese miércoles 6 de noviembre había estado más activo de lo normal: visitó amigos, familiares, vecinos y renegó unas horas con la moto que estaba rota. Mientras se bañaba supo que quería comer arroz amarillo. “Yo no quiero, hijo, porque me siento mal de la panza, pero andá y comprate vos, acá tenés 100 pesos”, le respondió su madre en la cocina de su pequeña vivienda ubicada a metros de las vías del exferrocarril Mitre y la comunidad Sagrada Familia. Antes de salir y pasar a buscar a un amigo le pidió si podía bañar a su pequeña hija Nerea y le recriminó que le hubiera dado toda la ropa de la nena a su madre, con la que se había separado recientemente.

Una hora más tarde puso en marcha la moto, avanzaron por Teniente Agnetta, siguieron por Junín en dirección al centro, doblaron en Bahía Blanca y enfilaron hacia el Pasaje Rossini. En la esquina de Velez Sarsfield había una referencia comercial: un supermercado custodiado por un expolicía de sesenta años. En la otra esquina había un búnker conocido como La Aldea, en donde una nutrida fila de personas esperaba lo suyo. Joroba y su amigo giraron por Formosa, después retomaron Bahía Blanca y repitieron el mismo recorrido en tres oportunidades, siempre atentos a los movimientos en la cuadra. Eran cerca de las 21.30. Durante la última vuelta, mientras circulaban nuevamente por el Pasaje Rossini al 1500, alguien salió entre las sombras y disparó al Joroba que era quien manejaba. El disparo requirió de una extremada precisión porque no hirió a su acompañante. Joroba cayó muerto sobre el asfalto a unos pocos metros de Dominicana. Tenía veinticinco años y dos hijos: Nerea de 3 y Brandon de 1 año. Su compañero huyó despavorido ante el terror de recibir un disparo.

Las versiones fueron confusas desde aquella misma noche. La hipótesis más firme fue que lo ejecutó el ex policía de sesenta

años que oficiaba de guardia en el supermercado de Bahía Blanca, apenas pasando Vélez Sarsfield. Su madre aseguró que los vecinos de Pasaje Rossini al 1500 le habían confirmado esa información. “El hombre tiró desde abajo de un árbol. Justamente fue a él, porque al otro no le pasó nada. El tipo trabajaba a la vuelta en el supermercado, como a dos cuadras. Eso es lo que yo no entiendo. Si trabajaba ahí, por qué estaba en ese pasaje”, le repetía a los que se acercaban a consolarla. La policía difundió rápidamente en los medios que Joroba y su amigo habían asaltado el comercio poco antes del trágico desenlace. Pero para los vecinos y amigos la única hipótesis verosímil fue que se trató de una represalia policial como consecuencia de aquel testimonio en off en el que denunció públicamente la responsabilidad de la comisaría 12 en el asesinato de Cache.

El día después crucé las canchas de fútbol de Sagrada Familia, un espacio público esencial del sector sur de Ludueña (se trata de un extenso terreno baldío, mayormente de tierra y piedra, con dos arcos) para participar del velatorio que se estaba desarrollando en la Casita, tal como se conoce a la vivienda en donde funciona esa comunidad eclesial de base. Los pibes asesinados suelen velarse allí, en la escuela o en el resto de las comunidades que existen en la zona. No conocía personalmente a Joroba pero había leído su testimonio en off después del asesinato de Cache y sabía que era amigo de compañeros del Bodegón Cultural Casa de Pocho. En la puerta y en las inmediaciones encontré a una gran cantidad de personas, sobre todo de jóvenes, con los rostros serios y compungidos. Tres horas antes le había escrito un mensaje de texto a Diego, el profesor de electricidad de Cache, para consultarle si conocía a Emanuel. “Sí, mucho, nos criamos juntos, éramos del mismo grupo con Pocho y era el testigo del asesinato de Cache”,

me respondió. Diego también había sido parte del grupo juvenil Los Gatos a finales de los noventa; actualmente forma parte del Bodegón Cultural Casa de Pocho. Una mujer fue sacada en brazos mientras otras dos pedían a los gritos que hicieran espacio para que pudieran acostarla; otra joven era consolada por un muchacho flaco vestido con una remera del Barcelona. Sentado en el piso junto a la puerta de ingreso a Sagrada Familia, reconocí al Mono, el hermano de Aaron que tenía la mirada perdida en una moto Onda Titán Roja. “¿Esa moto es tuya”, me preguntó al reconocermelo. “No, no es mía”. “¿Vos tenés moto?”. “No, no tengo”. “¿Te gustan las motos?”. “No, la verdad que no, me dan un poco de miedo”. “Pero si tuvieras que elegir una moto, ¿cuál te comprarías? ¿Qué marca y modelo?”. “Ni idea, no sé nada de motos, te soy sincero. ¿Vos cuál te comprarías?”. “¿Auto tenés?”. “No, tampoco, no tengo”. “¿Pero los autos sí te gustan?”. “Los autos sí, aparte tengo carné de conducir”. “¿Qué marca te gusta más?”. Todas las preguntas me las hacía mostrándose muy serio, como si necesitara dilucidar un impostergable conflicto interno. “¿Esa moto va rápido?”, insistió y nuevamente me señaló la Onda Titán roja. “Supongo que sí”. El Mono se quedó escrutándola meditando. “A mí me gustaría tener una moto así, te soy sincero”, admitió mientras masticaba una ramita seca y polvorienta.

Me alejé unos pasos y le envié un nuevo mensaje de texto a Diego. Cuando levanté la cabeza, me encontré con Laura, otra amiga de la Casa de Pocho. “No se aguanta más, encima estos hijos de puta de la 12 andan provocando a los pibes, los re verduguean. Se va a pudrir todo, andan muy calientes los chicos, se están yendo a la mierda”, me dijo. En ese momento, un muchacho se le acercó y le dijo que se estaban complicando las cosas. “Tenemos que ir a hablar con el Chano para que los paren porque quieren ir a reventar la 12. Me dijeron que tienen una bomba, parece que se las

pasó anoche un transero para que vayan a reventar el búnker que supuestamente mató al Joroba”, afirmó y vimos aparecer a Diego. “Pero si sabíamos que alguna vez se iba pudrir, es así, ya no da para más. Ahora hay que parar a los guachos porque van a reventar todo y los milicos los va salir a boletear al toque, no va a quedar uno vivo si le ponen la bomba”, les dijo Diego. “Vamos a hablar con Chano, está allá con el resto de los pibes”, le propuso Laura al muchacho y salieron a paso rápido. “¿Se sabe algo?”, le pregunté a Diego. “Se dicen muchas cosas, un montón de hipótesis, pero no sabemos bien qué pasó. Algunos dicen que fue la cana por todo el tema de que era testigo del asesinato del Cache, otros hablan de un transa que regenteaba el búnker que está en la esquina de donde cayó”.

Mientras hablábamos escuchamos que se producía un alboroto y algunas corridas en la esquina. Cuando miramos hacia el lugar, encontramos a un policía joven, flaco, que advertía que no iban a dejarlo bajar si no se despejaba la puerta de entrada. “Sí, loco, a moverse un poco que está llegando el hermano”, gritó una doña mientras movía el brazo como si estuviera ordenando el tránsito. Segundos después apareció un móvil de una comisaría. Las personas ahí presentes se quedaron repentinamente en silencio y se acercaron con cautela al auto que se estacionó a unos pasos del ingreso a la improvisada sala velatoria. Un policía rubio bajó y se aseguró de que estuvieran las condiciones dadas. Recién entonces lo autorizó a un compañero para que descendiera del móvil e hiciera bajar al hermano de Joroba, detenido desde hacía un año en la comisaría 17. Tres mujeres jóvenes, una de ellas con un bebé en brazos, salieron en dirección a un muchacho de unos veintidós años, vestido con una remera, una bermuda de jean y unas zapatillas blancas de cuero. Varios pibes se acercaron y le dieron una palmada en la espalda; después se metió al interior de Sagrada Familia.

Alguien me pegó una piña leve en el hombro. Sonreí al ver a Javier Severino con su quijada enorme y habitualmente barbada. Javier tenía una lengua tan inteligente como filosa pero era raro que mostrara su desazón en público, aún después de haber perdido en poco tiempo a dos amigos tan cercanos como lo eran Cache y Joroba. Se sumaban los suicidios recientes de otros dos jóvenes apodados Chicho (18) y Coreano (16). “No se sabe mucho, la cana dice que levantaron un supermercado y cuando salió se cruzó con un guardia de civil, pero también se habla de un búnker. No le robaron nada, ni la moto, nada, muy raro, para mí fue porque era el testigo de la causa del Cache, yo no me olvido de eso”, me dijo bajando el tono y se interrumpió cuando se acercaron dos nenas de unos seis o siete años. “El Joroba hacía sus cosas pero también andaba cartoneando, tenía su carro, era un chico inteligente, un tipazo, yo lo conozco desde los grupos juveniles”, agregó una vez que las dos nenas se alejaron. “Nosotros dos nos criamos con ellos. Comíamos juntos en el comedor de Montaldo. Yo le estaba dando electricidad al Cache y se re ponía las pilas, andaba re bien con las clases”, dijo Diego y miró hacia la esquina porque estaba saliendo el patrullero con el hermano de Joroba.

La parte de Lautaro

Repentinamente había dejado el taller de electricidad y peligraba la beca que cobraba del Banco Francés. Me lo dijo el maestro que hacía el seguimiento de su beca una tarde que lo llamé por otro motivo. Al parecer, hacía ya dos meses que no asistía y tampoco había llevado la rendición de gastos, condición estricta que se les fijaba a los beneficiarios. La escuela mostraba predisposición para esperarlo un tiempo más pero el banco podía cortar los depósitos

en cualquier momento. Le escribí un mensaje de texto y más tarde otro en el Facebook, después de un mes en el que prácticamente no nos habíamos visto por múltiples motivos.

Me contestó días más tarde: “no fui más. es ke no me dan ganas. andaba bajoneado y ni ganas tenia de hablar. Disculpame..!, te falle, es ke no tenia ganas de nada...”. Esta última respuesta me desacomodó. Sentirme en la fila de los adultos que le machacaban por sus responsabilidades había sido una escena temida desde que habíamos dado clases en la escuela. Finalmente volví a la carga y le insistí para que fuera a la escuela a explicar la situación. “mañana sin falta xqe hoy tengo taller en el san jose. Empecé un curso de repostería. ah, una cosa, el jueves 12 si keres ir a la entrega de certificados por el curso de pizzas es en el auditorio de la facultad de ingeniería a las 18hs...”.

Los días posteriores fueron confusos. No sabía si había actuado bien o si había sido demasiado torpe mi insistencia. A esa altura, en realidad, ya no sabía cuál era la mejor forma de ayudarlo, e incluso si debía estar cerca o dejar que siguiera resolviendo la situación de acuerdo a sus propios cálculos. Una semana más tarde volví a comunicarme con el docente que seguía su beca y me confirmó que no había asistido a la escuela. “¿No me dijiste que iba a venir?”, me preguntó.

Recién tres semanas más tarde recibí un mensaje en Facebook: “mañana tengo que ir a repostería. nos vemos allá a las 5”.

Al otro día llegué puntual a la escuela San José y me encontré con un grupo de madres y padres que esperaban la salida de sus hijos. Lo vi venir caminando con su habitual renguera en la pierna izquierda. Después de saludarnos, caminamos por Presidente Roca hacia el río y nos sentamos en unos bancos de cemento ubicados junto a una plazoleta con juegos y un arenero. “Ahora que curso acá cerca me vengo casi siempre pa la costanera. Me re

cuelgo mirando el río, los árboles, la gente que pasa, me relajo un montón”, me dijo con la voz calma y señaló su sector preferido de la barranca. A continuación hablamos del clásico que le había ganado Central a Newell’s. “Fue una fiesta en el barrio. Todos los guachos en la calle, cantando, escabiando. Alta fiesta con la barra en el estadio”, me dijo sin rastros aparentes de esa furia que había padecido cuando se enteró de las salidas transitorias de su padre. “Ahora estoy bien pero anduve re mal, medio bajón, no tenía ganas de nada. Se me juntó todo. Cuando vinieron las vacaciones de invierno y se terminó el curso de las pizzas me pegó pa atrás porque no tuve más el taller, no vine más al centro, me quedaba todo el día en el barrio. Antes era como que salía de la escuela al mediodía, me pegaba un bañito, venía al taller y me daba unas vueltas con mi amigo con toda la onda. Cuando se cortó estaba re perdido, un poco embolado”, me explicó con la mirada puesta en las islas del Paraná. “¿De tu viejo sabés algo?”, le pregunté y me dijo que no había vuelto a aparecer por el asentamiento. “Loco, ahora entiendo un poco más, pero la otra vez me chamuyaste mal, me dijiste que ibas a ir a la escuela y ni apareciste”. Lautaro bajó la mirada y afirmó con la cabeza: “Te dije eso pero en realidad no podía, no me daba pa nada, yo estoy agradecido con la escuela pero prácticamente ni podía moverme de la cama. Yo al taller de electricidad no voy a ir más, solamente quiero seguir con este curso de cocina y hacer la mía. Voy a llevar los tickets que debo de la beca y ya está. El tema es que está medio pesado el barrio para caminar hasta la escuela”, dijo y me relató una serie de conflictos que había tenido su hermano con los integrantes de un búnker cercano a su casa. Desde entonces se cuidaba de transitar por las intermediaciones. “Los soldados están todo el día en la puerta y hace poco me miraron feo. No quiero que me la pongan por lo de mi hermano. Igual el lunes voy por otro lado y aclaro el tema en la

escuela”, agregó y empezó a contarme sobre el taller de pastelería mientras la tarde se iba oscureciendo y se prendían las primeras luces artificiales. Antes de levantarnos nos acercamos a la baranda que mira al río y nos quedamos contemplando en silencio un barco enorme que surcaba las aguas en dirección al puente Rosario-Victoria.

Quince días después me encontré de casualidad en la calle con el docente que coordinaba su beca y me dijo que Lautaro nunca había ido a la escuela. No supe qué responderle. Sin necesidad de pensarlo mucho más, tomé una decisión: no volvería a comunicarme con Lautaro.

La parte de Gabriel

El clásico de la ciudad acababa de terminar 2 a 1 a favor de Rosario Central. Gabriel Aguirrez no era hinchas de ninguno de los dos equipos pero ese domingo se encontraba junto a unos amigos de Newell's resistiendo divertidos las cargadas de los vecinos canallas. En algún momento, como era habitual cuando estaban juntos, decidieron caminar hasta la avenida Junín para ver si había otros amigos dando por vueltas por ahí. Gabriel estaba tan eufórico que pidió prestada una remera de Newell's y se la puso. Al llegar a Junín se cruzaron con un pequeño grupo de jóvenes hinchas de Central que no conocían. Desde un principio las cargadas ya no fueron amistosas: aparecieron los insultos desde una posición que se fue tornando cada vez más cercana. La intensidad de las amenazas obligó a Gabriel y a sus amigos a una corrida frenética hacia el pasillo de Casilda y Camilo Aldao, que está justo a media cuadra de la escuela. El intento de huida fue en vano: una moto llegó en el momento exacto en el que estaban por perderse

de vista. Un pibe de 17 años bajó de un salto con una pistola calibre 45 y disparó a quemarropa. Gabriel cayó gravemente herido con tres impactos en la espalda.

Diego estaba con Javier Severino en la puerta de la escuela tomando algo y charlando sobre el partido. La casa que comparte con su madre y su hermana se encuentra en el mismo pasillo en donde acababan de balear a ese adolescente de 13 años que conocía desde que era un bebé. Cuando vieron que unos pibes corrían despavoridos y doblaban por Humberto Primo, intuyeron que había ocurrido algo grave. Diego se subió a la moto, tomó el Pasaje Puelches, giró en Casilda y se metió por Camilo Aldao, mientras Javier Severino lo hacía por la entrada de Humberto Primo. Prácticamente enfrente de su casa encontraron el cuerpo tendido de Gabriel. Su hermano estaba encima intentando reanimarlo. Llamaron a la ambulancia en medio de los gritos. Las doñas de las casas linderas se acercaban espantadas para comprobar si había sido alguno de sus hijos el asesinado.

Los homicidios ocurridos en poco más de dos meses en un radio geográfico pequeño de Ludueña revelaron como pocas veces durante ese 2013 la compleja trama que asume la violencia letal contemporánea. Se sumaron los dos ataques a Aaron, amigo y vecino de los tres jóvenes asesinados, que involucraron a integrantes de búnkeres cercanos a su domicilio, y los suicidios de Chicho (18) y Coreano (16). En el caso de Cache Saucedo, si bien la justicia dictaminó que la muerte fue consecuencia de un tiroteo con los policías luego de cometer un robo, el contundente testimonio del único testigo presencial sostiene que lo asesinaron integrantes de la comisaría 12 cuando ya lo habían reducido. La causa judicial abierta por el homicidio de ese testigo –Joroba Cichero– tiene como principal imputado a un ex policía que oficiaba de guardia de seguridad en un comercio que se encuentra a poco más de una

cuadra de donde cayó muerto. Finalmente, como vimos, Gabriel Aguirrez fue ultimado por un joven de 17 años una vez que terminó el clásico de fútbol local. La violencia delictiva, la violencia institucional, la violencia interpersonal, enredándose entre sí para cobrarse tempranamente, en un mismo territorio, vidas valiosas.

Los análisis sobre el estruendoso aumento de la tasa de asesinatos y heridos en Rosario suelen perder de vista un proceso fundamental: la consolidación de un campo de fuerzas en el que las explosiones y las acciones destructivas no son excepcionalidades (efectos de patologías individuales o de crisis coyunturales) de un mundo marginal sino un modo de funcionamiento social hegemónico. Los homicidios, los enfrentamientos armados, los convalecientes crónicos, sacan a luz en forma cotidiana pero fragmentaria, y por momentos confusa, producciones subjetivas que se fueron gestando de manera silenciosa para la mayoría de una sociedad, ahora escandalizada y con exigencias represivas, que una vez que dejó atrás la gravísima crisis de inicios del siglo XXI, vivió una década de crecimiento económico con la vista puesta en el consumo. Esto incluye también a los propios sectores populares, quienes si bien de manera desigual, se beneficiaron afortunadamente por ese mejoramiento económico luego de décadas de terribles privaciones; aunque también comenzaron a padecer –como el resto de los sectores sociales– las asfixiantes consecuencias de una diversificación e intensificación de las formas de explotación social y una precarización –no solo laboral– de sus vidas.

Las estadísticas oficiales muestran que la abrumadora mayoría de los homicidios y los heridos se producen en barriadas (menos del 5 y del 10% en 2013 y 2014 ocurrieron en la zona centro), que es donde la precariedad se padece como en ninguna otra geografía. Pero aun así resulta poco sustentable, aunque tranquilizador, ligar únicamente a las carencias materiales

la conformación de ese campo de fuerzas destructivas y, cada vez más, letales. Se torna indispensable anudar también otros procesos como la transformación de los barrios periféricos en territorios neurálgicos de negocios rentísticos y extractivos. La especulación inmobiliaria iniciada fundamentalmente a partir de la devaluación de la moneda en el 2002 y el boom de la exportación de commodities fue el primer antecedente. La construcción de barrios privados de alta gama inaugura una valorización mercantil de geografías antes únicamente reservadas para los migrantes expulsados del norte santafesino, Chaco, Corrientes y Formosa. Otro proceso de resignificación de los márgenes es la expansión del narcotráfico no sólo como un hiperrentable negocio económico sino como una nueva autoridad territorial. Este último aspecto es el punto de inflexión respecto a otros períodos en los que, evidentemente, también había comercialización de drogas. Ahora los diferentes eslabones de la cadena narco devienen en protagónicos –aunque no únicos– reguladores de los barrios populares. A diferencia de la especulación inmobiliaria, este mercado requiere de los pobladores ya no sólo como mano de obra sino como un segmento de consumo. La vinculación no es por expulsión sino por control y regulación. Un tercer elemento es la creciente financierización de la vida de los sectores populares. El mercado financiero ha ampliado sus fronteras hacia territorios y poblaciones claramente excluidas de sus intereses en el pasado. El endeudamiento a partir de préstamos usurarios otorgados por bancos, entidades financieras, cadenas comerciales, es la vía encontrada también en las barriadas para alcanzar los estándares de consumo actuales.

Estas transformaciones territoriales, sociales, económicas y subjetivas inauguran intentos permanentes por fijar nuevas autoridades aunque sin lograr hasta el momento que alguna se

imponga definitivamente sobre la otra; a la vez que desatan tensiones y conflictos violentos. Hay mucho en juego en los bordes urbanos. De allí el imperativo estatal y para-estatal de regularlos y controlarlos. Mucho más cuando la valorización mercantil de las periferias y sus habitantes se ensambla con las altas finanzas. A la vez que se desdibuja el empleo como recurso central para el acceso al dinero y a los objetos de consumo, se desarticulan las mediaciones comunitarias e institucionales que durante décadas supieron regular los conflictos interpersonales, y se reduce la vida social al calor de los conflictos armados, el control ejercido por las fuerzas de seguridad y el securitismo vecinal.

Me pregunto: ¿cómo fue que al mismo tiempo que avanzaban durante la última década las mejoras económicas, sociales y la ampliación de derechos, se consolidaron subjetividades capaces de desatar conflictos letales como los contemporáneos? ¿Qué consecuencias tiene haber desconocido con cinismo que no eran noticias mediáticas aisladas de un mundo popular sino los signos trágicos, inapelables, de un tipo de funcionamiento social que prontamente se convertiría en hegemónico?

La parte de Ulises

“El viaje a Bariloche estuvo buenísimo”, me dijo apenas nos sentamos en un escalón junto a la puerta del Centro de la Juventud. Hacía más de dos meses que no nos veíamos. Ulises estaba radiante, con la mirada luminosa y ya no tan flaco. A unos metros se encontraba Daniel con sus clásicos auriculares blancos Sony y unos anteojos verdes que combinaban con el verde de su gorra y el rojo de las zapatillas Nike. Me sorprendí cuando me contó que no habían salido a bailar durante todo el viaje. “Es que más que nada

nos quedábamos boludeando en la casa. No fuimos tanto de salir. Estuvimos en una casa de los salesianos, esas que tienen ellos por todos lados. Era re grande, estaba buenísima”, me aclaró y sonrió como si en ese momento hubiera recordado un hecho importante. “¿Algún amor en el viaje? ¿Pasó algo?”, le pregunté. “Algo, sí... puede ser”, me respondió pero no me contó más nada; después me aclaró que había rendido bien unas pruebas en el colegio: “Creo que ya levanté las materias pero todavía no vino la libreta. Ahora con mi mamá estoy mucho mejor. No sé qué me pasó pero me dejé estar y mirá que no eran difíciles”, me respondió y sacó el celular para mostrarme unas fotos del viaje en las que se lo veía feliz, haciendo morisquetas, junto a sus compañeros y compañeras, con las montañas nevadas de fondo. Mientras me relataba contratiempos menores, dudé cuándo debía hablar sobre el concurso de poesías. Recién cuando se abrió un bache de silencio, me animé a decirle: “¿Viste el concurso...?”. Antes de que completara la idea, me interrumpió: “No llegamos ni a palos, ¿no? Yo sabía. Pasó un montón de tiempo”. “No, ya cerró la inscripción”, le aclaré. Me miró con esa calma habitual con la que solía andar por el mundo y me preguntó si podíamos pedir una prórroga. “No, imposible, pasaron varias semanas desde el vencimiento y a nosotros nos falta mucho laburo”. “Bueno, total yo escribo siempre, desde chiquito, porque me hace bien”, me respondió y le gritó algo a Daniel.

La pasión, la creatividad y la disciplina habían pasado exclusivamente por el riguroso proceso de experimentación corporal que había abierto a través de breakdance y el resto de los talleres desde finales del 2012 y durante todo ese 2013. La escritura era una herramienta indispensable a la que recurría desde chico pero relegada ese año a un segundo plano una vez que decidió que su propio cuerpo –cuerpo temeroso, ansioso, aunque siempre predisposto y con curiosidad– sería la superficie de

inscripción de sus exploraciones más profundas. Ulises había decidido moldearlo de acuerdo a exigentes criterios propios para convertirlo en un territorio destinado a la creatividad artística y en una trinchera desde la cual se abrió a nuevos escenarios. Durante aquel año había sostenido una tenaz desafección respecto de lo que se esperaba de él en la escuela, en su familia y en su medio social. No cursó un taller de arte: se dedicó prácticamente a tiempo completo al trabajo artístico. Sus usos del tiempo y sus laburos debían ser otros desde los discursos dominantes. Como se verá más adelante, esa apasionada experimentación, a la vez individual y colectiva, tuvo serias repercusiones en su cuerpo. Tal vez ése sea el riesgo que asumen aquellos jóvenes anónimos que, aunque sea mínimamente, temporariamente, se niegan a aceptar las posiciones subordinadas que las instituciones les asignan a sus cuerpos y sensibilidades.

Después de contarme nuevos pormenores del viaje de estudio, escuchamos que Daniel le gritaba que se apurara porque ya estaba por empezar la clase. “Me tengo que ir”, me dijo y se puso de pie. “Dale, yo también, ya hablaremos”, le respondí creyendo que estaríamos un tiempo largo sin comunicarnos.

La parte de Aaron

Si se sumaban los meses de la primera internación, ya estaba cerca de cumplir un año de convalecencia. Durante noviembre se había escapado del Hospital para volver a Ludueña. En una oportunidad cubrió a pie no menos de treinta cuadras utilizando las muletas. En la otra, le pidió a un taxista que lo alcanzara. Lo encontraron en las inmediaciones de Felipe Moré y Junín. Ese día

cumplía años Sandra, por lo que pidió encarecidamente que le permitieran comprar un globo que decía *Mamá Te amo*.

Desde el inicio de la recuperación, su deseo de vivir había sido irrenunciable. Nadie fue capaz de anticipar –sobre todo los médicos– esa potencia física y anímica que le permitió sobrevivir a dos ataques de semejante magnitud y a un tortuoso proceso de recuperación. Quienes regenteaban los dos búnkeres que protagonizaron los ataques fracasaron en su objetivo de ultimarlos pero lograron transformar a ese cuerpo flaco con secuelas crónicas en un intimidante mensaje para el sector de Ludueña en donde operan. Hoy recuerdo menos las palabras de Aaron que sus extendidos silencios mientras conversábamos sobre las alternativas posibles para su externación, o cuando se le insistía sobre los riesgos a los que podía exponerse si no cambiaba de vida. Había sido implacable en un punto: no actuaba el rol de *rescatado* ni de *arrepentido*. Tampoco prometía transformaciones personales redentoras. Ni siquiera a modo de estrategia disuasiva. Escuchaba en silencio y fumaba.

En nuestra última visita al Hospital Carrasco, lo encontramos más locuaz y con mayor capacidad de movimiento. A diferencia de los encuentros anteriores, esa vez rechazó cualquier propuesta de internación, en especial si incluía la alternativa de mudarse a otra ciudad. Sandra ratificó los dichos de su hijo: “Ya está, no quiere y no podemos obligarlo. Él tiene que aprovechar la posibilidad de vivir de otra manera. Nosotros estamos para acompañarlo como hasta ahora pero tiene que colaborar”. En un momento, mientras tomábamos algo, le pregunté si había conocido a Cache y a Joroba, recientemente asesinado. Aaron me miró confundido y me respondió: “¿Qué decís? Si la primera caí en la casa de la mamá de Cache y en la segunda en la casa que tenía con la novia”. De ahí en más relató en forma cruda los acontecimientos del segundo ataque: “Yo miraba re cagado desde el baño a través de la puerta

que estaba un poco abierta. Los tipos tenían los cascos de la moto puestos, todo así, y lo apuntaban al Cache y le preguntaban en dónde andaba yo. Me la querían re dar. Cuando vinieron pa el baño me quedé quieto y pensé que me daban vuelta ahí nomás. El tipo me apuntó con un fierro re grande. Sabés el cagazo que tenía, ni lo quería mirar porque me boleteaba al re toque”, dijo en un pasaje de su minuciosa narración y separó las manos para mostrarnos el temible tamaño del arma con la que finalmente le dispararon.

Cuando terminó el relato, escupió al suelo y ya no volvió a hablar durante un largo rato. Recién lo hizo cuando la conversación cambió hacia otro tema y se enojó por algo que había dicho Georgina. “Déjenlo, ya se le va a pasar, se enchinchó, le pasa seguido”, nos dijo sonriendo cuando su primo se puso de pie y se fue hacia otro sector del patio. A continuación Sandra nos contó que la Secretaría de los Derechos de la Niñez, Adolescencia y Familia, les había ofrecido alquilarles una casa en otro barrio. “Ya dijo que sí”, se anticipó a responder Georgina. “Tiene que ir a la escuela y a un centro de día. Hoy a la tarde tengo que ver una casa por acá nomás. Si está todo bien, ya le doy para adelante y dejo el rancho. El tema es que aquel no vuelva al barrio porque yo tampoco lo puedo tener preso, por más que me vaya a vivir al lado del casino si quiere se toma un colectivo o lo que sea y llega a Ludueña. Pero ahora ya está, nos queda probar con la casa. Hablé con el Mono y me dijo que él se viene con nosotros”, dijo Sandra y largó el humo del cigarrillo. “Lo va a tener que entender porque ya se salvó dos veces y no va a tener una tercera. Es corta la bocha. Por ahí una vivió todo esto y se cansa, fue re difícil para todos lo que pasó, es muy largo este proceso, fueron muchos meses”, dijo Georgina con la voz entrecortada y se sirvió agua en un vaso de plástico. “¿Cuándo le dan el alta los médicos?”, le pregunté. “Cuando consigamos la casa, nos vamos. Por lo menos así me dijeron el otro día”, me

respondió Sandra y señaló a Aaron que se acercaba a paso rápido, moviendo con agilidad las muletas.

Lo esperamos de pie junto a la puerta de ingreso para despedirnos. Llegó agitado, con un cigarrillo prendido en la boca. “Cuidate, loco, no hagas giladas”, le dije muy serio y después sonreí. Aaron se mordió el labio, movió la pera hacia adelante, y se rió con picardía. Parecía ya recuperado del enojo.

La parte de Lautaro

“Mirá, traté de hablar con él... me dijo que iba a ir en varias oportunidades pero finalmente no lo hizo y no quise seguir insistiendo. No tenía sentido. Hubiera preferido que explicara la situación... ahora hace ya un tiempo largo que no lo veo... pero él está con sus búsquedas... se lo veía bien, contento con la cocina... tal vez por eso se colgó... es una pena que no fue para la escuela... hubiera sido mejor pero él...”, quise explicarle pero el profesor me puso una mano en el hombro para interrumpirme. “Tranquilo, mirá que vino hace un mes y medio o dos y arregló todo. Pidió disculpas por la demora, nos pasó todos los tickets adeudados y nos aclaró que no pensaba seguir el taller de electricidad porque prefería el curso de cocina. Le dijimos que sí, que estaba todo bien, porque total la beca es hasta fin de año”. “¿En serio? ¿Ya lo resolvió?”, le respondí perplejo. “Sí, ya está, por suerte se le liberaron los pagos que estaban retenidos y por ahora viene cumpliendo con todas las nuevas rendiciones”, me respondió todavía con la mano en el hombro.

Me sentí tan ridículo pero al mismo tiempo aliviado que me despedí simulando el recuerdo de un compromiso impostergable. No sé si me pesaba más el hecho de no haber confiado en él o

que la decisión de alejarme había sido efectiva. Aquella tarde tuve ganas de llamarlo pero no lo hice. Pensé después en un mensaje en Facebook y tampoco le escribí. “Qué bueno cómo la manejó, se plantó muy bien, con sus tiempos y sin resignar nada”, me dijo Patricia y recordó la velocidad con la que se había movido cuando su padre había salido de la cárcel.

El paso por los talleres de cocina le había permitido a Lautaro combinar dos tipos de saberes diferentes: por un lado, desplegar los conocimientos forjados en su trayectoria institucional (talleres de oficio en Ludueña, escuela secundaria en el asentamiento) y sumar nuevos aprendizajes en cocina que era lo que deseaba desde hacía un largo tiempo; por su parte, las excursiones al centro junto a su amigo Marquitos le permitieron ampliar saberes callejeros en el marco de una geografía casi desconocida para él. A las habituales caravanas festivas en la cancha de Rosario Central o los encuentros con sus amigos en la cancha de fútbol del club La Gloria y en las esquinas (todo eso que el mundo institucional desvaloriza y teme), se le sumaron las caminatas por las calles comerciales, las recorridas para conseguir tickets y facturas en librerías y perfumerías que les sirvieran para rendir los gastos (zapatillas, ropa, salidas nocturnas) que realizaba con la plata de la beca pero que el banco Francés no admitía, o hacerle el aguante a su amigo para vender alguna revista. Ese currículum oculto –tal como lo llama el colectivo Juguetes Perdidos– se entrelazó de manera virtuosa con su renovado currículum institucional y le permitió, por ejemplo, resolver tensas situaciones como las vividas a partir de la reaparición espectral de su padre o la continuidad del pago de la beca que recibía en Ludueña.

Tardíamente fui capaz de reconocer la relevancia de una imagen que compartió en una de nuestras últimas charlas: el tiempo de ocio que privilegiaba para contemplar en soledad el río y las

islas cada tarde, antes o después de cursar el taller de repostería, en la barranca del Parque de las Colectividades. Esas situaciones aparentemente triviales tal vez condensen como ninguna otra allí cuando jóvenes como Lautaro son capaces de construir y hacerse respetar tiempos y espacios propios disonantes respecto a lo que se espera de ellos.

Dos semanas después de haberme enterado de cómo había resuelto su situación el colegio, me llegó un mensaje de texto mientras viajaba en un colectivo: “Soy Lautaro. Es mi nuevo celu. Te cuento que hoy termine el curso de repostería y el lunes es la entrega de diplomas!! Espero que vos andes bien!!”. Le respondí al instante: “Felicitaciones! A qué hora y en dónde es la entrega? Vamos a ir con Patricia”.

La parte de Ulises

Ulises estaba en cuero, sentado en la cama, con la cara muy pálida y el pelo revuelto. Me impactó su delgadez extrema, todavía mucho más pronunciada que en los meses anteriores. “Estuvo mal, ahora le digo que engordó un poquito, pero la pasó feo, fue bastante peligroso”, me aclaró Griselda en una habitación del Hospital de Emergencias Clemente Álvarez y notó que Ulises la miraba como pidiendo autorización para hacerse cargo del relato. “Hace como un mes la estaba ayudando a llevar una bolsa arpillera llena de frutas y me hice el vivo porque esa mañana andaba medio mal, como embroncado; tenía la bolsa cargada hasta el tope y la tiré bien para arriba y la dejé caer sobre el hombro derecho. Eran como cinco kilos que ella usa para hacer las ensaladas que vende en la plaza de Pocho”, relató con esa puntilliosidad propia

de los convalecientes que tienen que transformar en relato una vivencia corporal traumática. Aquella mañana no tuvo molestias pero a los pocos días sintió un intenso ardor en el hombro. Dos días después el dolor ya no le dejaba mover la parte superior del cuerpo. Recién ahí Griselda supo lo que estaba ocurriendo y lo llevó a una sala de salud. El médico le dijo que no tenía ningún problema óseo y que dejaran pasar el tiempo. A la madre no la convenció pero no quiso insistir. Setenta y dos horas más tarde la hinchazón y los hematomas empezaban en el hombro izquierdo y llegaban hasta prácticamente la cintura. Una médica le hizo un nuevo chequeo y le ordenó que lo trasladaran de manera urgente al hospital. Apenas lo revisaron en la guardia, los médicos ordenaron una operación inmediata ante la importante acumulación de pus en el costal izquierdo de la espalda. Esa tarde, cuando le avisaron que había docentes de la escuela y amigos en la recepción, Ulises rompió en llanto en la entrada del quirófano. “Yo no sabía que iba a venir tanta gente a apoyarme, por eso me puse a llorar”, me aclaró y nuevamente se le llenaron los ojos de lágrimas. “Encima ahora estás de novio, ya me enteré”, le dije y le aclaré que me lo había dicho Lisandro Avetta. Brenda había sido alumna de Patricia y Violeta el año anterior. Era alta, flaca, morocha y de pelo lacio. Tocaba el chelo en la orquesta de la escuela. “Es para él, todo el mundo lo dice”, acotó Griselda y Ulises se puso colorado. “Se salvó de una segunda operación, pero le están haciendo drenaje en el lado derecho. Si sale todo bien, en unos días ya le dan el alta. Si no, lo van a tener que operar de nuevo”, me explicó Griselda con el rostro pálido y unas ojeras marcadas. Semanas después sabríamos que había padecido una anemia aguda.

Le pregunté por qué había dejado breakdance. “¿Te contó el Eze? ¡Qué pibe! Es que ya no nos gustaba el ambiente. Había como mucha competencia. Capaz que algunos te decían: yo lo

hago mejor que todos o bailo mejor que vos, y a nosotros no nos gustaba esa onda”, me respondió con esa gravedad que solía anteponer para narrar sus sensaciones. “Igual nos seguimos juntando a bailar en la plaza. Ahora se sumaron otros pibitos que se bailan todo. Estamos mientras ella y mi abuela venden en la feria”, agregó y me mostró una foto en el celular en la que se veía la impresionante cicatriz que le había quedado después de la operación. “Diecisiete puntos le dieron”, me aclaró Griselda ante mi cara de espanto. “Me imagino que no la subiste al Facebook”, atiné a decirle. “¡Qué no! La publiqué apenas me desperté de la anestesia”, me respondió y rápidamente se conectó con el teléfono para mostrarme el posteo.

Un desafío mayúsculo se impone en un contexto de avance vertiginoso de las economías violentas: para evitar los riesgos mortales a los que pueden exponerse los pibes se fomenta su inclusión (inevitablemente la subordinación) a empleos y capacitaciones destinadas exclusivamente a los sectores populares. Un libro de investigación canónico en el estudio de la vida de los jóvenes de las periferias, como es *En busca de respeto*, de Philippe Bourgois, admite con incomodidad esta posición: “En un principio, mi propia ‘actitud’ ante la idea de manipular a las personas para animarlas a aceptar puestos mal pagos y tediosos era la de un completo escepticismo. Sin embargo, la violencia y la autodestrucción de las que fui testigo en el Salón de Juegos paulatinamente me convencían de que la explotación en la economía legal era mejor que la exclusión total y completa”. Cada situación, cada coyuntura, contiene dilemas y conflictos singulares. Determinar una estrategia única sería caer en la abstracción y en la superficialidad a la que siempre conduce el pensamiento ideologizado. Quizás el ingreso en un empleo precario puede ser la llave para zafar y abrirse a otros escenarios vitales. No lo sabemos. Pero lo que pretendo remarcar es que, aún en medio de este grave conflicto social que sacude a las ciudades, sostener la pregunta sobre qué implica transgredir aquello que los mercados legales e ilegales (cada vez más entrelazados entre sí), e incluso las propias instituciones estatales, determinan como

caminos ineludibles para los jóvenes, puede transformarse en un fundamento promisorio para construir una experiencia de co-investigación con ellos.

Las organizaciones construyen novelas para dar cuenta de su historia. Esos relatos –rígidos, persistentes en el tiempo– incluyen aspectos reales, materiales, a la vez que míticos e imaginarios. Los pibes también generan novelas a la hora de narrar sus vidas; solo que esos discursos varían permanentemente, de manera estratégica, activa, oportunista, de acuerdo a los interlocutores (maestros, directivos, trabajadores sociales, psicólogos, investigadores universitarios, médicos, activistas) con los que se vinculan a diario. Si algo detectan con rápida lucidez es lo que las instituciones pretenden escuchar sobre sus vidas y el lugar en el que viven. Recuerdo un comentario que nos hizo Lautaro después de acompañarlo a una entrevista con un trabajador de la municipalidad que debía aprobarle una ayuda económica: “Me preguntó un par de giladas de mi familia, de mi casa, si estudiaba, si teníamos ingresos, cómo era mi barrio, lo de siempre pa las becas, ya estoy re acostumbrado, me sé todas las respuestas, no es difícil”.

La asunción de roles sacrificiales, por su parte, tiene un origen inequívoco: el vínculo se nutre de la compasión y la fijación de los pibes en un lugar de meras víctimas. La figura del sufriente actual de la violencia, de la pobreza y de las instituciones toma el centro, dejando en las sombras los recursos y estrategias que ellos van desplegando en sus territorios. Abandonar las posiciones abnegadas, compasivas, voluntaristas, abre potencialmente la alternativa de que los jóvenes establezcan también una pausa en su pragmática actuación del rol de sujetos indefensos que necesitan ser asistidos y contenidos. Esto no desconoce sus padecimientos y conflictos sino que rechaza una supuesta pasividad que se les suele atribuir con el único objetivo de sostener una imagen cada

vez más frágil: los adultos comprendidos como figuras tutoras indispensables para apuntalar aquellas vidas desamparadas.

El trasvasamiento de legados (familiares, educativos, militantes, culturales, barriales), uno de los ejercicios que constituyen a la condición adulta, ha sido atropellado, mayormente destituido, por esa energía indómita que impulsan los pibes, particularmente desde las periferias. La dependencia respecto a los mayores parece ya no operar más que en los imaginarios, marcando una ruptura, por momentos definitiva, entre las generaciones. Si ese saber ha perdido su carácter de experiencia válida es porque no garantiza recursos adecuados para habitar y lidiar con las fuerzas en pugna en la vida social. Resulta tentador afirmar, de manera contraria, que son ahora los pibes quienes detentan las llaves para atravesar los paisajes contemporáneos. Se trata, sin embargo, de un problema en común más que del surgimiento de un nuevo sujeto joven que acapara dichos saberes estratégicos.

La pobreza de experiencia, escribe Benjamin, es una nueva barbarie, de carácter positiva, en tanto obliga a comenzar de nuevo y desde el principio, a tener que arreglárselas con poco y mirando hacia adelante. Una adultez bárbara implica la predisposición a dejar en suspenso los conocimientos acumulados y la reivindicación del principio de autoridad. Esto no significa desecharlos, puesto que ante determinadas situaciones tal vez funcione ponerlos en juego, sino aceptar que a priori no orientan ni iluminan. Los encuentros con los pibes se abren entonces a un desafío en común: configurar experiencias, trazarles contornos consistentes, para desde allí investigar nuevos sentidos y perspectivas no subordinadas a los consensos de la época.

¿Docentes? ¿Trabajadores sociales? ¿Investigadores haciendo el trabajo de campo? ¿Talleristas? ¿Cronistas militantes? Durante los años compartidos con Ulises, Lautaro y Ariel II, aunque

también en el trabajo con Aaron, Francisco, Tuqui, Santi, seguramente hayamos asumido transitoriamente algunas de estas figuras. Pero lo más inquietante fue otro proceso: cada vez que los encuentros nos arrojaron a lugares y posiciones innombrables, desconocidas (para nosotros y para ellos), como si perder nos más que una anomalía hubiera sido la condición indispensable para pensar juntos más allá de posiciones instituidas. Fue durante esos pasajes cuando logramos olvidarnos, y por qué no derrumbar, las novelas que anteponíamos con automatismo como carta de presentación en otros espacios de nuestras vidas e incluso entre nosotros mismos.

De esos viajes compartidos a tierras remotas, aún si breves, me atrevo a decir que nunca volví siendo el mismo.

Agradecimientos

A todos los compañeros y compañeras de la escuela en Ludueña. Por lo que pudimos pensar y hacer juntos desde mayo del 2009 a diciembre de 2012. Especialmente a Cecilia, Maricel, Pomelo, Pablo, Germán, Andrea, Adriana, María Inés, Graciela, Antonio, Isabel, Soledad, Néstor I, Néstor II, Ayelén y Micaela. A la memoria de Aldo, una persona enorme.

A los pibes con los que compartimos aquel 2012 en las aulas. Por obligarnos, sin concesiones, a pensar todo de nuevo para estar con ellos. A Ulises y Lautaro, por tantas charlas y acompañamientos en estos años. También a sus familias.

A Aaron por tantas ganas de vivir.

A los entrañables amigos y amigas del Bodegón Cultural Casa de Pocho por las enseñanzas y luchas compartidas.

A los queridos amigos y amigas del Club de Investigaciones Urbanas. Este libro no hubiera sido posible sin lo que hemos podido hacer y elaborar juntos en estos años.

Al Instituto de Investigación y Experimentación Política, por el trabajo en común.

A la editorial Tinta Limón, por darle lugar a esta segunda publicación y por la valentía de editar tantos libros a contramano de los consensos políticos y editoriales de la época.

A Mario Antonio Santucho e Ignacio Gago por la infinita paciencia en la lectura y corrección de las diferentes versiones. Y por la pasión en los intercambios.

A Ezequiel Gatto, hermano de la vida, por su lucidez que siempre invita. Por tantísimas, indispensables, conversaciones diarias.

A Patricia Ventrici por la paciencia inagotable y la imprescindible corrección de los borradores.

A Vanesa Molina por su lectura sensible y los aportes para mejorar “La parte de Aaron”.

A Lucas Villca por leer algunos borradores y contarme tantas historias de los grupos juveniles que armó el querido Pocho.

A Bichito Gauna por su extrema generosidad. Por ayudarme a comprender parte de la vida de Cache, Joroba y Gaby.

A Sandra Molina, por su inteligencia y sentido del humor, aún en momentos tan dolorosos.

A Raquel, por haberse sentado valientemente a contarme de su vida y la de su hijo.

A los trabajadores del ILAR por abrirme las puertas.

A la Colo C., Verónica R., Luciana C., Luciana R., Guillermo M. y las demás compañeras y compañeros del Programa Mini-Equipos.

Al Servicio Público Provincial de la Defensa Penal por aquel año de monitoreos de las cárceles de la provincia de Santa Fe. Especialmente a Gabriel Ganón.

Al queridísimo Alberto Ascolani, maestro (chamán) de mi vida y la de tantos otros.

Al Mercado Solidario, al Centro de Psicodrama Rosario, a los obreros de las empresas recuperadas de la ciudad, a las mujeres de San Cayetano, al querido Edgardo Montaldo.

Rosario mayo de 2009 - julio de 2015

OTROS TÍTULOS DE LA EDITORIAL

Sociología de la imagen. Miradas ch'ixi desde la historia andina
de Silvia Rivera Cusicanqui, 2015

La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular
de Verónica Gago, 2014

¿Quién lleva la gorra? Violencia, nuevos barrios, pibes silvestres
del Colectivo Juguetes Perdidos, 2014

La cocina de Marx. El sujeto y su producción
de Sandro Mezzadra, 2014

Capital y lenguaje. Hacia el gobierno de las finanzas
de Chistian Marazzi, 2014

Saraus. Movimiento. Literatura. Periferia. São Pablo
de VVAA (antología de Lucía Tennina), 2014

La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez
de Rita Laura Segato, 2013

Redondos. A quién le importa. Biografía política de Patricio Rey
de Perros Sapiens, 2013

Acá no, acá no me manda nadie. Empresas recuperadas por obreros 2000-2010
de Juan Pablo Hudson, 2011

www.tintalimon.com.ar

Esta edición de 1000 ejemplares se terminó
de imprimir en Gráfica MPS SRL, en
setiembre de 2015 en Santiago del Estero
338, Gerli, Lanús, Argentina.